

A man with a nose ring, wearing a light-colored cowboy hat and an open, light-colored button-down shirt, leans against a weathered wooden post. He is wearing blue jeans with a large, ornate silver belt buckle. The background is a soft-focus landscape of rolling hills and fields under a warm, golden sky, suggesting a sunset or sunrise. The overall mood is romantic and rustic.

OLIVIA DARCY

**DESATA
MI
DESEO**

RANCHO BLACKWOOD

DESATA MI DESEO

COWBOYS IRRESISTIBLES

LIBRO 2

OLIVIA DARCY

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[EPÍLOGO](#)

Copyright © 2024 por Olivia Darcy

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Me gusta escribir y me gusta que me lean, y me encantaría que me siguieras en Amazon para estar al tanto de mis lanzamientos.

Y millones de gracias por tener este libro entre tus manos.

Escanea el código QR



O pulsa [AQUI](#)

PRÓLOGO

SOFÍA

¿Realmente le he querido alguna vez?

No. Si soy sincera conmigo misma nunca he llegado a quererlo.

¿Me ha hecho sentir él alguna vez amada o deseada?

Jamás. En esto tampoco puedo mentirme.

Entonces, ¿por qué llevo seis meses bloqueada sin poder escribir solo porque me haya plantado en el altar?

En el fondo me ha hecho un favor poniéndome los cuernos con su asistente. En el fondo, si me hubiera casado habría cometido el mayor error de mi vida.

Así qué, ¿por qué no empiezo a teclear de una vez y escribo la novela que tengo que entregar en cuatro meses o mi agente literario me asesinará?

Puf. Quizás porque se trata de mi novena novela romántica y me he dado cuenta, con el plantón de la boda y eso, que no he estado enamorada nunca. ¿Cómo se supone que voy a lograr que otros sientan algo que yo no soy capaz de sentir? Algo que ni siquiera sé cómo es.

Quizás es por eso, porque me encuentro en un momento desastroso que llamo a mi mejor amiga. Igual ella, que acaba de encontrar el amor, a un hombre de verdad que sí que sabe amarla, me puede ayudar. Si es que no me muero de envidia antes quiero decir.

Suspiro y marco el número de Megan. Después de tres tonos, escucho su voz alegre al otro lado de la línea.

—¡Sofía! Justo iba a llamarte. No te vas a creer lo que ha pasado.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —pregunto, intrigada por su tono emocionado.

—¡Ethan me ha propuesto matrimonio! —exclama Megan, y puedo imaginarla dando saltitos de alegría.

Por un momento, siento una punzada de envidia, seguida inmediatamente por una oleada de felicidad por mi amiga.

—Oh, Dios mío, ¡Megan! ¡Eso es maravilloso! —grito, genuinamente emocionada—. Estoy tan feliz por ti. Cuéntamelo todo, ¿cómo ha sido?

Mientras Megan me relata los detalles de la propuesta, no puedo evitar pensar en mi propia experiencia fallida. Jake nunca me hizo sentir ni la mitad de emocionada que Megan suena ahora. De hecho, recuerdo con amargura, que solía decirme que era frígida en la cama. «Es como hacer el amor con un témpano de hielo», me dijo una vez después de una noche particularmente decepcionante.

Sacudo la cabeza, intentando alejar esos pensamientos.

—Megan, en serio, estoy tan feliz por ti —digo cuando termina su relato—. Tú y Ethan... es como si hubierais nacido el uno para el otro.

—Gracias, Sofía —responde Megan, y puedo oír la sonrisa en su voz—. Oye, ¿y tú? ¿Cómo va esa novela?

—Fatal —gruño, volviendo a la realidad—. Estoy más bloqueada que una cuenta de Twitter de un político corrupto.

Megan se ríe, y no puedo evitar sonreír. Su risa siempre ha sido contagiosa.

—Vaya, eso suena grave. ¿Quieres hablar de ello?

—La verdad es que sí —admito—. Megan, creo que estoy acabada como escritora de novelas románticas. ¿Cómo se supone que voy a escribir sobre el amor cuando ni siquiera sé cómo es?

—Oh, Sofía... —su voz se suaviza—. No digas eso. Eres una escritora increíble.

—Una escritora increíble que fue plantada en el altar y que no ha podido escribir una sola palabra decente en seis meses —replico, dejándome caer dramáticamente en mi sillón—. Dime,

¿cómo lo haces? ¿Cómo es estar realmente enamorada?

Hay un momento de silencio y puedo imaginar a Megan sonriendo al pensar en Ethan.

—Es... difícil de explicar —dice finalmente—. Es como si todo fuera más brillante, más intenso. Como si hubieras estado viviendo en blanco y negro y de repente todo fuera en color.

—Genial, ahora me siento aún peor —murmuro.

—Oye, tengo una idea —dice Megan de repente—. ¿Por qué no vienes al rancho? Un cambio de aires te vendría bien, y podrías ver de primera mano cómo es una relación real.

Me incorporo, intrigada.

—¿Al rancho? ¿Con todos esos vaqueros *sexys* y musculosos?

Megan se ríe.

—Sí, incluido mi cuñado Luke. Es el *sheriff* del pueblo, ¿sabes? Muy *sexy* con su placa y su sombrero.

De repente, una idea comienza a formarse en mi mente.

—Espera, ¿has dicho *sheriff*? Megan, eres un genio.

—¿Lo soy? —pregunta, confundida.

—Sí, mi próxima novela. Podría ser una historia de amor con un toque de misterio policial. Y Luke podría ser mi inspiración.

—¿Quieres usar a mi cuñado como inspiración para tu próximo protagonista?

—¡Mejor aún! —exclamo, emocionada por primera vez en meses—. Podría seguirlo en su rutina diaria. Ya sabes, como investigación para el libro.

Hay un momento de silencio y luego Megan suelta una carcajada.

—Oh, Dios mío, Luke va a odiar esto. Es perfecto.

—Entonces, ¿puedo ir? —pregunto, cruzando los dedos.

—Por supuesto —responde Megan—. Te vendrá bien salir de la ciudad, y quién sabe, tal vez encuentres más que inspiración para tu libro.

Decido ignorar la insinuación en su voz.

—Gracias, Meg. Eres la mejor.

Mientras cuelgo el teléfono, siento que la esperanza florece en mi pecho por primera vez en meses. Quizás este viaje sea exactamente lo que necesito. Nuevos aires, nueva inspiración y quién sabe... tal vez incluso una nueva perspectiva sobre el amor.

Mientras empiezo a hacer las maletas para el viaje al rancho, no puedo evitar pensar en todo lo que ha pasado. La felicidad de Megan, tan palpable incluso a través del teléfono, me hace darme cuenta de lo mucho que me he estado perdiendo.

Nunca he sentido esa pasión, ese deseo ardiente del que escribo en mis novelas. Jake solía decir que era culpa mía, que era fría, incapaz de sentir. Pero ahora me pregunto si el problema no era yo, sino que simplemente no había encontrado a la persona adecuada.

Miro el bloc de notas donde he garabateado ideas para mi nueva novela. Un *sheriff sexy*, una escritora en busca de inspiración... Sonríe para mí misma. Quizás este viaje sea exactamente lo que necesito, no solo para mi libro, sino para mí misma.

Aunque, por supuesto, solo es por el bien de mi novela. No es como si fuera a descubrir de repente que soy una mujer apasionada y sensual capaz de volver loco a un *sheriff* cowboy.

¿Verdad?

CAPÍTULO 1

LUKE

El móvil vibra sobre la mesita de noche, sacándome de un sueño profundo. Abro un ojo y miro el reloj, son las tres y veinte de la madrugada. Genial. Justo cuando por fin había logrado conciliar el sueño después de dar vueltas en la cama durante horas.

—Blackwood —gruño al descolgar, mi voz ronca por el sueño y la irritación.

—Jefe, tenemos un problema en el rancho de los Wilkinson —dice la voz de Oliver, mi ayudante. Suena nervioso, como si temiera mi reacción. Y tiene razón en temerla—. Parece que alguien ha soltado a todas sus vacas.

Me incorporo de golpe, frotándome los ojos con tanta fuerza que veo estrellas.

—¿En serio? ¿Vacas sueltas? ¿Para esto me despiertas? —No puedo evitar que mi voz suene más cortante de lo que pretendo, pero por el amor de Dios, son las tres de la mañana.

—Lo siento, jefe, pero el viejo Wilkinson está que echa humo. Dice que es vandalismo —Oliver hace una pausa, y puedo imaginármelo mordiendo el labio, dudando si continuar—. Amenaza con tomar la justicia por su mano si no aparecemos pronto.

Suspiro profundamente mientras me levanto. Vandalismo. Claro. Seguro que el borracho de su hijo ha vuelto a dejar la puerta del establo abierta. Y conociendo al viejo Wilkinson, es muy capaz de salir con su escopeta a buscar a los supuestos vándalos.

—Vale, voy para allá —digo, resignado—. Intenta mantener a Wilkinson calmado hasta que llegue. Y Oliver, la próxima vez que me despiertes a estas horas más vale que sea por algo más grave que unas vacas perdidas.

—Sí, jefe. Lo siento, jefe —tartamudea Oliver antes de colgar.

Me quedo mirando el teléfono por un momento, tentado de volver a la cama y fingir que esta llamada nunca ocurrió. Pero no, el deber me llama. Aunque sea un deber ridículo.

Mientras me visto, no puedo evitar pensar en lo absurdo de la situación. Me hice *sheriff* para proteger a la gente, para marcar la diferencia. Soñaba con perseguir a criminales peligrosos, resolver casos complicados, ser el héroe que este pueblo necesitaba. Y aquí estoy, en medio de la noche, listo para perseguir vacas.

—Menuda carrera, Blackwood —murmuro para mí mismo mientras me pongo la placa—. De niño querías ser como John Wayne, y has acabado siendo el pastor del pueblo.

Salgo de casa y el frío de la madrugada me golpea la cara como una bofetada. Septiembre en Montana no es precisamente cálido, y menos a estas horas. Tirito mientras cierro la puerta, maldiciendo internamente al hijo de Wilkinson y su incapacidad para cerrar un simple pestillo.

Antes de subir a la patrulla, mi mirada se desvía hacia la ventana de Ethan y Megan, donde una tenue luz indica que siguen despiertos. La casa de mi hermano y su flamante prometida está a unos metros de la principal, pero, aun así, casi puedo imaginar la escena. Seguro que están acurrucados juntos, hablando de sus planes de boda o simplemente disfrutando de su compañía. Quizás Megan esté leyendo uno de esos libros de romance que tanto le gustan, mientras Ethan la abraza por detrás, besándole el cuello de vez en cuando.

Una punzada de envidia me atraviesa el pecho, tan aguda que casi me deja sin aliento. No es que no esté feliz por mi hermano, pero... ¿por qué él sí y yo no? ¿Qué tiene Ethan que yo no tenga? Ambos crecimos en el mismo rancho, con los mismos padres, la misma educación. Ambos sufrimos cuando mamá nos abandonó por ese tipo de la ciudad. Entonces, ¿por qué Ethan ha sido capaz de superar eso y encontrar el amor, mientras yo sigo aquí, solo y amargado?

A mis treinta y cuatro años, empiezo a pensar que quizás no estoy hecho para eso del amor. Quizás hay algo fundamentalmente roto en mí, algo que me impide confiar, abrirme, amar. O quizás

simplemente estoy destinado a estar solo. Después de todo, alguien tiene que quedarse soltero para cuidar de la abuela Rose, ¿no?

—Venga ya, Luke —me regaño en voz baja mientras subo a la patrulla—. Céntrate en el trabajo. Tienes vacas que perseguir, ¿recuerdas?

El camino hasta la comisaría es corto, apenas unos minutos por las calles desiertas de Pine Ridge. Es una de las ventajas de vivir en un pueblo tan pequeño: nunca hay tráfico. Aunque a veces, en noches como esta, desearía que el trayecto fuera más largo. Me vendría bien más tiempo para despejarme antes de enfrentarme a lo que sea que me espera.

Al entrar en la comisaría, Olivia, mi secretaria, ya está allí. ¿Cómo demonios ha llegado tan rápido? ¿Acaso vive aquí? Lleva una blusa que me parece demasiado escotada para el trabajo, y una sonrisa demasiado amplia para esta hora de la madrugada.

—Buenos días, *sheriff* —ronronea, inclinándose sobre el mostrador de una manera que estoy seguro que cree seductora—. Te he preparado café.

—Gracias, Olivia —respondo secamente, cogiendo la taza sin mirarla dos veces. El café está demasiado dulce, como siempre. Olivia nunca ha entendido que me gusta negro, sin azúcar. O quizás lo sabe y simplemente ignora mis preferencias, como ignora todas mis otras señales.

Su sonrisa flaquea un poco ante mi falta de entusiasmo, pero no se rinde. Nunca se rinde.

—Oye, Luke, estaba pensando... —comienza, jugando con un mechón de su pelo—. ¿Quizás podríamos tomar algo después de tu turno? Conozco un bar nuevo en la ciudad que...

Suspiro internamente. Llevamos meses con esta danza. Olivia insinuándose, yo rechazándola. Una y otra vez.

—Lo siento, Olivia —la interrumpo, intentando sonar firme pero no demasiado brusco—. Ya sabes que no me parece apropiado salir con alguien del trabajo.

Es una excusa, por supuesto. La verdad es que no me fío de nadie lo suficiente como para abrirme de esa manera. No después de... bueno, de todo. No después de ver cómo el amor destrozó a mi padre cuando mamá se fue. No después de ver a tantas parejas en este pueblo jurarse amor eterno para luego acabar odiándose. No después de darme cuenta de que, al final, todos estamos solos.

Olivia parece querer decir algo más, pero en ese momento Oliver entra corriendo, salvándome de tener que inventar otra excusa.

—¡Jefe! El viejo Wilkinson acaba de llamar otra vez. Dice que ha visto a alguien merodeando cerca de su propiedad. Cree que pueden ser los vándalos que soltaron a sus vacas.

Asiento, agradecido por la interrupción.

—Voy para allá. Oliver, tú vienes conmigo. Olivia, quédate aquí por si hay más llamadas.

Salgo de la comisaría sin mirar atrás, ignorando la mirada decepcionada de Olivia. Ya lidiaré con eso más tarde. O quizás no. Quizás si la ignoro el tiempo suficiente, finalmente se dará por vencida.

El resto del día transcurre de forma surrealista, como si el universo hubiera decidido compensar meses de aburrimiento con un maratón de locura. Después de las vacas de Wilkinson (efectivamente, culpa de su hijo borracho que dejó la puerta abierta), tengo que mediar en una disputa entre vecinos por un árbol que cruza la línea de la propiedad.

—¡Ese árbol está en mi terreno, Stevens! —grita la señora Patterson, una anciana que parece capaz de derribar el árbol con la pura fuerza de su ira—. ¡Tus malditas manzanas caen en mi jardín!

—¡El tronco está en mi lado, Patterson! —responde el señor Stevens, rojo de furia—. ¡El árbol es mío y haré lo que me dé la gana con él!

Me masajeo las sienes, sintiendo que se avecina una migraña.

—Señores, por favor...

Pero mis palabras se pierden en el griterío. Al final, tengo que amenazar con arrestarlos a ambos por alteración del orden público para que se calmen. Prometen llegar a un acuerdo, pero tengo la sensación de que volveré a oír hablar de este árbol muy pronto.

Apenas he terminado con los vecinos cuando recibo una llamada urgente de la iglesia. Aparentemente, el gato de la señora Johnson se ha quedado atrapado en el tejado. ¿Cómo ha llegado allí? Nadie lo sabe. ¿Por qué me llaman a mí en lugar de a los bomberos? Porque Pine Ridge es demasiado pequeño para tener un cuerpo de bomberos propio.

Así que ahí estoy yo, el *sheriff* Luke Blackwood, subido a una escalera prestada, intentando convencer a un gato asustado de que venga conmigo. El animal me bufa y me araña, pero finalmente logro bajarlo. La señora Johnson me abraza llorando, como si hubiera salvado a su hijo en lugar de a su gato, y yo solo puedo pensar en lo ridícula que es toda esta situación.

—Oh, *sheriff*, es usted un héroe —dice la señora Johnson entre lágrimas—. No sé qué haríamos sin usted.

Fuerzo una sonrisa.

—Solo hago mi trabajo, señora Johnson.

«Mi trabajo», pienso mientras me alejo. ¿Es esto realmente mi trabajo? ¿Para esto me entrené? ¿Para rescatar gatos y mediar en disputas por árboles frutales?

El día aún me depara una sorpresa más. Estoy a punto de terminar mi turno cuando la señora Johnson vuelve a llamar, esta vez histérica.

—¡*Sheriff*! ¡Los extraterrestres están robando mi ropa interior!

Cierro los ojos y cuento hasta diez. Luego hasta veinte.

—Señora Johnson, le aseguro que no hay extraterrestres robando su ropa...

—¡Pero *sheriff*! ¡Mis bragas desaparecen! ¡Y anoche vi luces extrañas en el cielo!

Me toma casi una hora convencer a la señora Johnson de que las «luces extrañas» eran probablemente el reflejo de los faros de algún coche, y que sus bragas desaparecen porque su gato tiene la costumbre de esconderlas. Al parecer, no es la primera vez que ocurre.

Para cuando regreso al rancho, la luna está alta en el cielo y todas las luces están apagadas. Entro en silencio, sintiendo el peso de la soledad más que nunca. La casa está en completo silencio, pero casi puedo sentir la felicidad emanando de la casa de Ethan y Megan.

Me dejo caer en la cama, exhausto pero incapaz de dormir. El día ha sido una locura, pero al menos ha mantenido mi mente ocupada. Ahora, en la quietud de la noche, mis pensamientos vuelven a girar en torno a mi soledad.

Pienso en Ethan y Megan, en su felicidad, en cómo se miran. Pienso en cómo Megan ha logrado derribar los muros que mi hermano construyó tras el abandono de nuestra madre. Pienso en cómo se complementan, en cómo parecen más fuertes juntos.

Y por un momento, solo por un momento, me permito imaginar cómo sería tener eso. Cómo sería despertar cada mañana junto a alguien que me ame, alguien en quien pueda confiar plenamente. Cómo sería tener a alguien que me esperara en casa después de un largo día persiguiendo vacas y rescatando gatos. Alguien que me hiciera reír de las locuras de este pueblo en lugar de frustrarme por ellas.

Pero luego sacudo la cabeza, desechando esos pensamientos. No, ese tipo de cosas no son para mí. Soy Luke Blackwood, el *sheriff* solitario de Pine Ridge. El hombre que todos respetan, pero nadie realmente conoce. El protector del pueblo, siempre dispuesto a ayudar, pero incapaz de dejar que alguien lo ayude a él.

Y así es como siempre será. ¿Verdad?

Cierro los ojos, intentando dormir, pero una pequeña voz en el fondo de mi mente susurra: «¿Y si te equivocas? ¿Y si hay alguien ahí fuera capaz de derribar tus muros, como Megan hizo con los de Ethan?»

Intento ignorar esa voz, pero sigue ahí, persistente. Y mientras finalmente me dejo llevar por el sueño, no puedo evitar preguntarme: ¿y si...?

CAPÍTULO 2

SOFÍA

Respiro hondo y marco el número de Tom. Es ahora o nunca. Mis dedos tiemblan ligeramente mientras sostengo el móvil, y me pregunto si es por los tres expresos que me he tomado o por el pánico que siento ante la conversación que estoy a punto de tener.

—Sofía, cariño, dime que tienes buenas noticias —la voz de mi agente suena tensa, como si ya supiera que no le va a gustar lo que voy a decir. Conozco ese tono. Es el mismo que usa cuando está a punto de gritarle a algún editor o cuando descubre que he rechazado otra invitación a una firma de libros.

—Define *buenas noticias* —respondo, intentando sonar despreocupada mientras hago malabarismos con el teléfono y mi maleta. La maleta, por cierto, pesa como si llevara piedras en lugar de ropa. ¿En qué momento decidí que necesitaba tantos jerséis para ir a Montana?

—El manuscrito, Sofía. Dime que está listo —hay un deje de desesperación en su voz que casi me hace sentir culpable. Casi.

Cierro los ojos y suelto la bomba.

—Me voy a Montana.

Silencio. Puedo imaginar a Tom pellizcándose el puente de la nariz, conteniendo un grito. Casi puedo oír cómo los engranajes de su cerebro intentan procesar lo que acabo de decir.

—¿Montana? —repite finalmente, como si la palabra fuera un insulto—. ¿Qué coño pintas tú en Montana?

—Voy a escribir mi manuscrito allí —explico, intentando sonar más segura de lo que me siento—. Y he decidido que será un suspense romántico sobre una escritora y un *sheriff* de pueblo.

—¿Qué? —ahora sí que grita, y tengo que apartar el teléfono de mi oreja—. Sofía, el libro ya tenía que estar escrito. Tienes un contrato multimillonario, por el amor de Dios. ¿Te has vuelto loca? ¿Un *sheriff* de pueblo? ¿Qué pasa con la saga de vampiros que habíamos planeado?

—Sí quieres que pinte mi creatividad, está muerta y enterrada en Nueva York —replico, sintiendo cómo la frustración de meses sale a borbotones—. Necesito esto, Tom. Necesito aire fresco, nuevas ideas, algo que me haga sentir viva otra vez.

—Sofía, escúchame bien —su voz se ha vuelto peligrosamente baja—. Tienes responsabilidades, contratos que cumplir. No puedes simplemente largarte a la otra punta del país porque te ha dado un ataque de pánico creativo.

—¿Un ataque de pánico creativo? —repito, incrédula—. Tom, llevo seis meses sin escribir una maldita palabra. Seis meses mirando una pantalla en blanco, odiándome a mí misma y a todo lo que he escrito. Necesito un cambio, algo que sacuda mi mundo. Y si eso significa irme a Montana y perseguir a un *sheriff* cowboy, pues que así sea.

—Ni se te ocurra largarte —advierte, y puedo imaginarle apretando el teléfono con tanta fuerza que sus nudillos se han puesto blancos.

—Es tarde —miento descaradamente, mirando a mi alrededor en el ajetreado aeropuerto—. Te llamo ya desde Montana.

Justo en ese momento, como si el universo quisiera joderme (más), suena la megafonía del aeropuerto de Nueva York. «El vuelo 1852 con destino a Bozeman, Montana, comenzará su embarque en 15 minutos por la puerta 7.»

Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—¿Eso es la megafonía del JFK? —Tom suena incrédulo, y puedo sentir cómo su ira crece a través del teléfono—. ¡Me estás mintiendo! Aún estás en Nueva York, ¿verdad? Sofía, si subes a ese avión, te juro que...

—Oh, vaya, hay interferencias —digo rápidamente, haciendo ruidos de estática con mi boca como una niña de cinco años—. Te llamo luego, ¡adiós!

Cuelgo antes de que pueda decir nada más y apago el móvil. Ya lidiaré con su furia más tarde. Preferiblemente desde la seguridad de Montana, donde no pueda alcanzarme.

Mientras espero a que llamen a mi vuelo, paseo nerviosa por las tiendas del aeropuerto. Mis libros están en todos los escaparates, sus portadas brillantes llamando la atención de los viajeros. «El beso del vampiro», «Pasión bajo la luna llena», «Colmillos de deseo»... Títulos que antes me llenaban de orgullo y que ahora solo me provocan una sensación de vacío.

Veo a un par de personas leyéndolos mientras esperan sus vuelos, y siento una mezcla de orgullo y pánico. Una chica, que no debe tener más de dieciséis años, devora las páginas con avidez, sus ojos brillantes de emoción. Por un momento, me pregunto qué pensaría si supiera que la autora de esas historias de amor apasionado está a punto de huir a Montana porque no tiene ni idea de cómo escribir sobre el amor real.

«Voy a escribir ese maldito libro romántico», me juro a mí misma, apretando los puños. «Aunque tenga que imaginarme lo que es el amor. Total, ya lo he hecho antes, ¿no?»

Pero una vocecita en mi cabeza me susurra: «Sí, pero antes no sabías que estabas mintiendo. Antes creías en el amor, aunque fuera un poco. ¿Qué ha cambiado?»

Sacudo la cabeza, intentando silenciar esa voz. No puedo permitirme dudar ahora. No cuando estoy a punto de subirme a un avión y dejar atrás todo lo que conozco.

El vuelo se me hace eterno. Intento dormir, pero mi mente no para de dar vueltas. ¿Y si estoy cometiendo un error? ¿Y si voy hasta Montana y sigo sin poder escribir ni una palabra? ¿Y si este *sheriff* resulta ser un idiota y no me inspira en absoluto? ¿Y si Megan se da cuenta de lo perdida que estoy y se arrepiente de haberme invitado?

La azafata me ofrece una copa de vino y la acepto sin pensarlo dos veces. Tal vez el alcohol pueda calmar mis nervios. O al menos, hacerme dormir durante el resto del vuelo.

Cuando por fin aterrizamos en Bozeman, estoy hecha un manojo de nervios. El pequeño aeropuerto es tan diferente del bullicioso JFK que por un momento me siento como si hubiera aterrizado en otro planeta. Un planeta lleno de vaqueros y botas de cuero.

Pero entonces veo a Megan y a su futuro marido esperándome, y no puedo evitar sonreír. Dios, hacía años que no veía a mi mejor amiga en persona. Está radiante, con ese brillo especial que solo da la felicidad verdadera. Por un momento, siento una punzada de envidia, pero la ahogo rápidamente.

—¡Sofía! —grita Megan, corriendo a abrazarme con tanta fuerza que casi me tira al suelo—. ¡Por fin estás aquí! No puedo creer que hayas venido de verdad.

—¿Creías que iba a dejarte plantada en tu momento de gloria? —bromeo, devolviéndole el abrazo—. Alguien tiene que asegurarse de que no te escapes antes de la boda.

Megan se ríe y me da un golpe juguetón en el brazo.

—Como si pudiera escaparme de este.

—Vaya, vaya —digo, mirando al hombre alto y musculoso que la acompaña. Dios mío, ¿es legal ser tan atractivo?—. Así que este es el famoso Ethan. Le has echado el lazo a uno bueno, ¿eh?

Ethan sonríe, y juro que casi puedo oír el suspiro colectivo de todas las mujeres en un radio de diez kilómetros.

—Encantado de conocerte por fin, Sofía —dice, estrechándome la mano—. Megan no para de hablar de ti.

—Espero que solo cosas buenas —respondo, guiñándole un ojo a mi amiga.

—Oh, me ha contado algunas historias bastante interesantes de vuestra época universitaria —dice Ethan con una sonrisa traviesa.

Miro a Megan con horror fingido.

—¡Traidora! Se suponía que esas historias iban a morir con nosotras.

Megan se ríe y me rodea los hombros con un brazo.

—Vamos, vamos, que aún no le he contado lo del incidente con el profesor de literatura y la botella de tequila.

El camino al rancho es largo, pero entre las historias de Megan y las vistas increíbles, se me pasa volando. Montana es... bueno, es impresionante. Kilómetros y kilómetros de tierra salvaje, montañas majestuosas en el horizonte, cielos tan azules que parecen irreales. Es tan diferente de Nueva York que por un momento me pregunto si no me he equivocado de vuelo y he acabado en otra dimensión.

—Es precioso, ¿verdad? —dice Megan, notando mi asombro—. Cuando llegué aquí la primera vez, me quedé sin palabras.

—Es... *wow* —es todo lo que puedo decir, y me siento idiota. Se supone que soy escritora, que tengo un don con las palabras, y todo lo que se me ocurre es «wow».

Cuando llegamos al rancho, ya es tarde y estoy muerta de hambre. El olor a comida casera me golpea en cuanto entramos en la casa, y mi estómago gruñe en respuesta.

—Os he preparado algo rápido para cenar —dice una voz desde la cocina. Una mujer mayor, con el pelo blanco y una sonrisa cálida, sale a recibirnos. Tiene ese aire de abuela de película, de esas que siempre tienen galletas recién horneadas y consejos sabios—. Tú debes de ser Sofía. Soy Rose, la abuela de estos dos.

—Encantada —respondo, estrechando su mano. Hay algo en sus ojos, un brillo travieso que me hace pensar que esta mujer sabe más de lo que aparenta. Me recuerda a esas ancianas de mis novelas, las que siempre están tramando algo para juntar a la pareja protagonista.

Mientras cenamos, no puedo evitar preguntar:

—¿Y dónde está el famoso *sheriff*? Lo necesito para mi historia.

Megan y Ethan intercambian una mirada divertida, de esas que dicen «si tú supieras».

—Luke está de guardia esta noche —explica Ethan, y noto un deje de diversión en su voz—. Lo conocerás mañana.

—Oh, sí —dice la abuela Rose, y ahí está otra vez ese brillo en sus ojos. Me pregunto si debería empezar a preocuparme—. Estoy segura de que a Luke le encantará ser tu... inspiración.

Todos se ríen, y tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo. ¿Tan malo es este Luke? ¿O tan bueno? Un escalofrío me recorre la espalda, y no sé si es de anticipación o de miedo.

Cuando por fin me acuesto, en una habitación que huele a lavanda y a madera, siento un nudo en el estómago. Necesito un milagro que me ayude a escribir, y lo necesito ya. Mi carrera, mi futuro, todo depende de este libro. Y de alguna manera, siento que también depende de este misterioso Luke.

Cierro los ojos e intento dormir, pero no puedo evitar preguntarme: ¿qué me deparará mañana? ¿Y será este *sheriff* cowboy la clave para desbloquear mi creatividad? ¿O será mi perdición?

Solo el tiempo lo dirá. Pero una cosa es segura: no me iré de Montana sin mi libro. Aunque tenga que perseguir a un *sheriff* cowboy por todo el condado para conseguirlo. Aunque tenga que inventarme lo que es el amor. Aunque tenga que enfrentarme a mis propios demonios en el proceso.

Porque si hay algo que Sofía Vega sabe hacer, es crear historias de amor. Aunque ella misma no crea en él.

¿Verdad?

CAPÍTULO 3

SOFÍA

Me despierto de golpe, con una urgencia que no puedo ignorar. Maldita sea, tengo que hacer pis. Y no un pis cualquiera, sino uno de esos que amenazan con convertirse en catástrofe nacional si no lo atiendo de inmediato.

«No deberías haber bebido tanto té, por muy bueno que estuviera», me regaño mentalmente mientras me preparo para levantarme. La abuela Rose hace un té delicioso, pero ahora estoy pagando las consecuencias. Miro el reloj en la mesita de noche. Las dos de la madrugada. Genial.

Intento moverme con sigilo, lo cual, a decir verdad, no se me da nada bien. En Nueva York, mi torpeza nocturna solo molestaba a mis vecinos. Aquí, en el silencio absoluto del rancho, cada paso suena como un elefante en una cacharrería.

La oscuridad es casi total. En la ciudad, siempre hay alguna luz colándose por las ventanas, pero aquí... aquí la noche es tan negra que casi puedo sentirla pegada a mi piel. Extiendo las manos frente a mí, tanteando el aire como una mimo torpe.

Y, por supuesto, porque el universo me odia, me choco contra la esquina de algo que no logro identificar en la oscuridad. El dolor es instantáneo y agudo, como si mil agujas se clavaran en mi dedo gordo del pie.

—¡Mierda, joder, me cago en...! —una ristra de maldiciones escapa de mis labios antes de que pueda contenerme. Me agarro el pie, saltando a la pata coja, y me quedo quieta, conteniendo la respiración. Por favor, que no haya despertado a nadie. Lo último que necesito es que la abuela Rose me encuentren así, en camiseta y haciendo el ridículo.

Es entonces cuando lo siento. Esa sensación inequívoca de que alguien está detrás de mí. Un escalofrío me recorre la espalda y, antes de que pueda pensar en ser racional o valiente, hago lo único que se me ocurre: grito como una loca.

—¡No se mueva o disparo! —una voz profunda y autoritaria corta mi grito.

Me giro lentamente y, en la penumbra, distingo la silueta de un hombre. Un hombre grande, musculoso, que me está apuntando con lo que parece ser un arma. Oh, Dios mío.

—Yo... yo solo quería ir al baño —balbuceo, levantando las manos en un gesto de rendición.

—He dicho que no se mueva —repite la voz, y hay algo en su tono que me hace estremecer, y no solo de miedo.

Por un momento, nos quedamos así, mirándonos fijamente. Yo, con el corazón latiendo a mil por hora, dividida entre el miedo y una inexplicable atracción. Él, con esa postura firme y esos ojos intensos que parecen atravesarme.

Y entonces, como si alguien hubiera encendido un foco, la luz del pasillo se enciende. Parpadeo, momentáneamente cegada, y cuando mis ojos se ajustan, casi deseo que la oscuridad vuelva. Porque lo que tengo delante es, sin duda, el hombre más atractivo que he visto en mi vida.

Alto, musculoso, pero no exageradamente, con un rostro que parece esculpido por los dioses. Tiene el pelo revuelto, como si acabara de levantarse (lo cual, probablemente, es el caso), y una barba de tres días que le da un aire peligrosamente *sexy*. Va sin camisa, y juro que puedo contar cada uno de sus abdominales. ¿Es esto legal? ¿Debería haber alguna ley contra ir por ahí con ese cuerpo?

Pero lo que realmente me deja sin aliento son sus ojos. De un verde intenso, me miran con una mezcla de confusión, cautela y algo más... ¿curiosidad, tal vez?

—¿Quién demonios eres tú? —pregunta, y su voz, Dios, su voz. Profunda, ronca, con un ligero acento sureño que hace que me tiemblen las rodillas. Si las voces pudieran acariciar, la suya sería como seda sobre piel desnuda.

Trago saliva, intentando recordar cómo se habla.

—Soy... soy Sofía. La amiga de Megan. Estoy de visita.

Su expresión cambia, pasando de la cautela a la comprensión y luego a algo que parece... ¿irritación? Pero el arma sigue firme en su mano, apuntándome.

—No me han avisado de ninguna visita —dice, su voz aún cargada de autoridad.

Nos quedamos así, mirándonos fijamente, durante lo que parecen horas, pero probablemente sean solo segundos. La tensión en el aire es tan densa que casi podría cortarla con un cuchillo. Una parte de mí quiere huir al baño y esconderse allí hasta que amanezca. Otra parte, una parte que no sabía que existía hasta este momento, quiere dar un paso adelante y...

—¡Luke! —la voz de la abuela Rose rompe el hechizo—. ¿Qué estás haciendo? Baja ese arma ahora mismo.

LUKE

Me despierto de golpe, alerta. Años de entrenamiento como *sheriff* han afinado mis sentidos. Algo no va bien. Escucho unos ruidos, seguidos de unas maldiciones ahogadas. Mierda, hay alguien en la casa.

Sin pensarlo dos veces, agarro mi arma de la mesita de noche y me levanto sigilosamente. El suelo de madera cruje bajo mis pies descalzos mientras me dirijo hacia el origen del sonido. La adrenalina corre por mis venas, agudizando cada uno de mis sentidos. He hecho esto cientos de veces, pero nunca en mi propia casa.

Y entonces la veo.

Joder.

Hay un maldito ángel en mi casa.

La mujer más hermosa que he visto en mi jodida vida está de pie en medio del pasillo, con las manos levantadas en señal de rendición. Lleva una camiseta holgada que se le ha deslizado por un hombro, dejando al descubierto una piel que parece de porcelana. Mis ojos siguen el recorrido de sus piernas, jodidamente interminables, apenas cubiertas por unos shorts minúsculos.

«Concéntrate, Blackwood», me regaño mentalmente, obligándome a mantener el arma firme. Pero es difícil, joder si lo es, cuando todo lo que quiero hacer es bajar el arma y acercarme a ella.

—¿Quién demonios eres tú? —pregunto, mi voz más ronca de lo que me gustaría admitir. Intento sonar autoritario, como el *sheriff* que soy, pero temo que mi voz me traicione.

Ella parpadea, sus grandes ojos marrones llenos de sorpresa y... ¿es eso admiración? No, seguro que es miedo. Tengo un arma apuntándola, por el amor de Dios. Pero una pequeña parte de mí, una parte que intento ignorar, espera que sea admiración.

—Soy... soy Sofía —tartamudea—. La amiga de Megan. Estoy de visita.

Su voz es suave, con un ligero acento que no puedo ubicar. Nueva York, tal vez. Definitivamente no es de por aquí. ¿Qué demonios hace una chica como ella en Montana?

Antes de que pueda procesar esta información, la abuela Rose aparece, encendiendo la luz del pasillo. La repentina luminosidad me hace parpadear, pero no aparto la mirada de la intrusa. De Sofía.

—¡Luke! —exclama la abuela—. ¿Qué estás haciendo? Baja ese arma ahora mismo.

Bajo el arma lentamente, pero no la guardo. Años de experiencia me han enseñado a no bajar la guardia hasta estar seguro de la situación.

—Abuela, ¿qué está pasando? —pregunto, sin apartar los ojos de Sofía—. ¿Quién es ella y por qué está aquí?

—Oh, cielos —suspira la abuela—. Ethan debió olvidar mencionártelo. Sofía es la amiga de Megan, va a quedarse con nosotros una temporada.

Frunzo el ceño. Típico de Ethan, *olvidarse* de algo tan importante.

—¿Y por qué es la primera vez que oigo hablar de esto?

La abuela me mira con esa expresión suya que dice «no empieces».

—Luke, cariño, ¿por qué no vas a llamar a tu hermano mientras yo me ocupo de nuestra invitada?

Asiento secamente y me dirijo a mi habitación, no sin antes echar una última mirada a Sofía. Está temblando ligeramente, y por un momento siento el impulso de envolverla en mis brazos para calmarla. Sacudo la cabeza, alejando ese pensamiento. ¿Qué demonios me pasa?

Una vez en mi habitación, marco el número de Ethan. Contesta al tercer tono, su voz somnolienta.

—¿Luke? ¿Qué pasa? Son las... —hace una pausa, probablemente para mirar la hora— tantas de la mañana.

—Eso me pregunto yo, hermanito —gruño—. ¿Te importaría explicarme por qué hay una desconocida en nuestra casa?

—Oh, mierda —murmura Ethan—. Sofía. Me olvidé por completo de decírtelo.

—No me digas —respondo, el sarcasmo goteando de cada palabra—. Casi le disparo, Ethan. ¿Tienes idea de lo que podría haber pasado?

—Lo siento, Luke —dice, y puedo oír la culpabilidad en su voz—. Con todos los preparativos de la boda, se me fue completamente de la cabeza. Megan me lo recordó esta noche, pero pensé que podía esperar hasta mañana para decírtelo.

Suspiro, pasándome una mano por el pelo.

—Bien, ya está hecho. Pero la próxima vez que invites a alguien a quedarse en nuestra casa, apreciaría que me lo dijeras con antelación.

—Claro, por supuesto —asiente Ethan—. Oye, ya que estamos... hay algo más que deberías saber.

Oh, genial. Más sorpresas.

—Suéltalo —digo, preparándome para lo peor.

—Verás, Sofía es escritora. Está aquí para inspirarse para su próximo libro. Y pensamos... bueno, Megan y yo pensamos que sería una buena idea si tú fueras su acompañante mientras está aquí. Ya sabes, mostrarle cómo es el día a día de un *sheriff*.

Me quedo en silencio durante unos segundos, procesando lo que acaba de decir. Cuando por fin encuentro mi voz, es para soltar un rotundo:

—Ni de coña.

—Vamos, Luke —insiste Ethan—. Solo serán unas semanas. Además, te vendría bien algo de compañía.

—No necesito compañía —gruño—. Y definitivamente no necesito a una escritora de ciudad siguiéndome a todas partes.

—Luke... —empieza Ethan, pero lo corto.

—He dicho que no, Ethan. Búscale otro guía. Yo tengo trabajo que hacer.

Y con eso, cuelgo. Sé que no es justo descargar mi frustración en Ethan, pero toda esta situación me tiene al límite.

Me tumbo en la cama, pero el sueño no llega. Todo en lo que puedo pensar es en ella. En Sofía. En sus ojos grandes y asustados. En su piel suave. En esas piernas que parecen no tener fin. En cómo se veía bajo la luz tenue del pasillo, como una aparición.

Joder.

¿Cómo esperan que esté cerca de ella sin volverme loco? ¿Sin querer tocarla, abrazarla, besarla hasta que ambos nos quedemos sin aliento?

No. Ni siquiera voy a ir por ahí. Es la amiga de Megan. Una invitada. Probablemente una chica de ciudad que no aguantará ni un día en Montana. Seguro que está acostumbrada a cafés de lujo y fiestas elegantes, no a perseguir a animales por el bosque o lidiar con borrachos en el bar local.

Me doy la vuelta, hundiendo la cara en la almohada. Mañana. Mañana me ocuparé de todo esto.

Hablaré con la abuela, le explicaré que no puedo ser el guía de Sofía. Encontraremos otra solución. Tal vez Oliver pueda hacerlo. Sí, eso sería perfecto. Oliver es joven, soltero, probablemente estaría encantado de pasar tiempo con una chica guapa de la ciudad.

Pero incluso mientras pienso en esto, una parte de mí se rebela ante la idea de Oliver cerca de Sofía. De cualquier hombre cerca de Sofía, en realidad.

Gruño de frustración. ¿Qué demonios me pasa? Ni siquiera la conozco. Solo la he visto una vez, por el amor de Dios. Y la estaba apuntando con un arma.

Cierro los ojos, intentando forzarme a dormir. Pero cada vez que los cierro, la veo a ella. Sofía. La pequeña ladrona que ha irrumpido no solo en mi casa, sino también en mis pensamientos.

Joder. Como si mi vida no fuera ya lo suficientemente complicada.

Mañana. Mañana lo arreglaré todo. Me mantendré alejado de ella, me centraré en mi trabajo, y en unas semanas todo volverá a la normalidad.

Pero incluso mientras me digo esto, sé que es una mentira. Porque algo me dice que Sofía no es el tipo de mujer que se olvida fácilmente. Y yo no soy el tipo de hombre que deja pasar un desafío.

Vaya mierda de noche. Y algo me dice que los próximos días no van a ser mucho mejores.

CAPÍTULO 4

SOFÍA

Me despierto con la emoción de una niña en Navidad, el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Hoy es el día. Hoy empiezo mi «investigación» con el *sheriff* más sexy del Oeste. O de cualquier parte, si soy honesta. Anoche apenas pude dormir, mi mente repitiendo una y otra vez el encuentro nocturno con Luke. Esos ojos verdes, esa voz profunda, ese torso desnudo... Dios, ¿cómo se supone que voy a mantener la compostura trabajando con él?

Me levanto de un salto, tropezando con las sábanas en mi prisa por empezar el día. Me visto con cuidado, eligiendo unos vaqueros que sé que me quedan bien y una blusa que resalta mis curvas sin parecer demasiado provocativa. Después de todo, se supone que estoy aquí por trabajo, ¿no? Aunque mi definición de «trabajo» probablemente difiera bastante de la del *sheriff* Blackwood.

Bajo las escaleras de dos en dos, el aroma a café recién hecho y a tocino frito llenando mis fosas nasales. Mi estómago gruñe en anticipación, recordándome que anoche estaba demasiado nerviosa para cenar mucho. Entro en la cocina, esperando ver a Luke allí, tal vez tomando café con cara de pocos amigos, esa expresión seria que hace que se me acelere el pulso. Pero la cocina está vacía, salvo por la abuela Rose, que está preparando el desayuno.

—Buenos días, cielo —me saluda con una sonrisa cálida que me recuerda a mi propia abuela—. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco —respondo automáticamente, aunque es una mentira descarada. Mis ojos recorren la cocina, buscando alguna señal del *sheriff* ausente—. ¿Dónde está Luke?

La abuela suspira, y hay algo en ese suspiro que me dice que esto no es nada nuevo.

—Oh, salió temprano, probablemente para evitar esta conversación.

Frunzo el ceño, sintiendo una mezcla de frustración y determinación crecer en mi interior. Oh no, señor *sheriff*. No vas a librarte de mí tan fácilmente. No he venido hasta Montana, dejando atrás mi cómodo apartamento en Nueva York y arriesgando mi carrera, para que me evites como a la peste.

—¿Sabes si va a volver pronto? —pregunto, intentando sonar casual, como si no estuviera planeando ya cómo acosarlo hasta que acceda a ayudarme.

—Conociendo a Luke, probablemente no aparezca hasta la noche —responde la abuela, negando con la cabeza con una mezcla de cariño y exasperación—. Ese chico es más terco que una mula.

Bien. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma. O en este caso, si el *sheriff* no viene a mí, yo iré al *sheriff*. No he llegado a donde estoy en mi carrera siendo tímida o dejando que los obstáculos me detengan.

—Abuela, ¿me prestas tu coche? —pregunto, una idea formándose rápidamente en mi mente.

La abuela me mira con una mezcla de sorpresa y diversión, sus ojos brillando con algo que parece ser aprobación.

—¿Vas a ir tras él?

—Por supuesto —respondo con una sonrisa que espero que transmita más confianza de la que siento—. No he venido hasta Montana para quedarme sentada esperando. Tengo un libro que escribir y un agente que perseguir.

La abuela se ríe, un sonido cálido y reconfortante que llena la cocina.

—Esa es mi chica —dice, lanzándome las llaves del coche—. Ve a por él, cariño. Y no dejes que su ceño fruncido te engañe. Debajo de toda esa fachada de tipo duro, Luke tiene un corazón de oro.

Media hora después, estoy conduciendo por las calles de Pine Ridge, mis manos sudorosas aferrándose al volante. El pueblo es pequeño, pintoresco de una manera que grita «América

profunda». Casas de madera con porches amplios, jardines bien cuidados, y esa sensación de que todos se conocen entre sí. Es el tipo de lugar que solo había visto en películas, tan diferente de la jungla de asfalto de Nueva York que por un momento me pregunto si no me he metido en un plató de cine por error.

No me cuesta mucho encontrar la comisaría. Es un edificio de ladrillo rojo, con un cartel que dice «Oficina del Sheriff» en letras doradas un poco descoloridas. Parece sacado directamente de una película del Oeste, y por un momento me pregunto si voy a entrar y encontrarme con John Wayne en lugar de Luke Blackwood.

Aparco frente a la comisaría, muy consciente de las miradas curiosas de los lugareños. Supongo que no es habitual ver a una chica de ciudad paseándose por aquí, con mis jeans de diseñador y mi blusa de seda. Bueno, que miren todo lo que quieran. Tengo una misión, y ni todas las miradas curiosas del mundo van a detenerme.

Tomo una respiración profunda, recordándome a mí misma quién soy. Soy Sofía Vega, por el amor de Dios. He vendido millones de libros, he estado en las listas de bestsellers, he lidiado con editores exigentes y fans obsesivos. Puedo manejar a un *sheriff* gruñón de un pueblo pequeño, por muy atractivo que sea.

Entro en la comisaría como si fuera la dueña del lugar, el sonido de mis botas sobre el suelo de linóleo resonando en el silencio. El interior es tan anticuado como el exterior, con un mostrador de madera gastada y carteles de «Se busca» en las paredes. Por un momento, me siento como si hubiera viajado en el tiempo.

Hay una mujer en el mostrador, probablemente la secretaria, que me mira con una mezcla de aburrimiento y curiosidad. Tiene el pelo rubio recogido en un moño apretado y lleva una blusa bonita. Su expresión me dice que las visitas no son muy frecuentes por aquí.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta, sin mucho entusiasmo. Su voz tiene ese tono de quien ha repetido la misma frase mil veces y espera no tener que hacerlo mil veces más.

Sonríó brillantemente, sacando a relucir todo el encanto que he perfeccionado en incontables firmas de libros y entrevistas.

—Sí, estoy buscando al *sheriff* Blackwood. Soy su nueva aprendiz.

La mujer arquea una ceja, claramente escéptica. Sus ojos me recorren de arriba abajo, como evaluando si estoy a la altura del trabajo.

—¿Aprendiz? El *sheriff* no mencionó nada sobre una aprendiz.

—Oh, es que es muy reciente —improviso, mi mente de escritora trabajando a toda velocidad para crear una historia creíble—. Acabo de llegar ayer. Soy escritora, ¿sabes? Estoy investigando para mi próxima novela. Un thriller romántico ambientado en un pequeño pueblo del Oeste. El *sheriff* Blackwood accedió amablemente a mostrarme los entresijos del trabajo policial.

La mujer parece a punto de decir algo más, probablemente para cuestionar mi historia, cuando la puerta de una oficina se abre y... oh. Dios. Mío.

Si hay algo más *sexy* que un hombre que esté bueno desnudo, es que lleve un uniforme. Madre santa. Me va a dar un infarto. Creo que no existe un solo hombre en este mundo más *sexy* que el *sheriff* Blackwood.

Luke sale de su oficina, todo músculos y autoridad en su uniforme perfectamente planchado. El cinturón con la pistola a la cadera le da un aire peligroso que hace que me tiemblen las rodillas. Y ese sombrero de *sheriff*... ¿quién iba a pensar que un sombrero podía ser tan condenadamente atractivo? Es como si todos mis fantasías de adolescente sobre vaqueros *sexys* se hubieran materializado de repente frente a mí.

El uniforme se ajusta a su cuerpo de una manera que debería ser ilegal. La camisa caqui se tensa sobre sus hombros anchos y su pecho musculoso, y los pantalones... Dios, esos pantalones. Abrazan sus piernas de una manera que me hace querer escribir sonetos sobre sus muslos. ¿Cómo se supone que voy a concentrarme en escribir cuando tengo semejante espécimen de hombre frente a mí?

Nuestras miradas se encuentran y veo cómo sus ojos se abren con sorpresa y luego se entrecierran con lo que parece ser una mezcla de irritación e... ¿interés? Oh sí, definitivamente hay una chispa de algo allí. Esa mirada intensa, como si quisiera devorarme allí mismo... Me recuerda a nuestro encuentro nocturno, y siento un calor que no tiene nada que ver con la temperatura de la habitación.

—¿Sofía? —pregunta, su voz grave enviando escalofríos por mi columna. Es como si su voz fuera directamente a mis rodillas, amenazando con hacerlas ceder—. ¿Qué haces aquí?

Sonrí, sintiendo una oleada de confianza. Si él puede jugar al tipo duro, yo puedo jugar a la chica segura de sí misma.

—Buenos días, *sheriff*. Estoy lista para empezar mi entrenamiento.

Luke me mira fijamente durante lo que parece una eternidad. Puedo ver el conflicto en sus ojos, la lucha interna entre el deber y el deseo. Es como si una parte de él quisiera echarme de allí, mientras que otra parte... bueno, digamos que esa otra parte parece tener ideas muy diferentes sobre qué hacer conmigo.

Finalmente, suspira profundamente, un sonido que parece venir de lo más profundo de su ser.

—A mi oficina. Ahora —ordena, dándose la vuelta y marchándose sin esperarme.

Sigo a Luke, muy consciente de cómo el uniforme se ajusta perfectamente a su cuerpo musculoso. Cada paso que da es una lección de masculinidad y autoridad. Dios, esto va a ser más difícil de lo que pensaba. ¿Cómo se supone que voy a concentrarme en escribir cuando tengo semejante distracción frente a mí?

Pero hey, soy Sofía Vega. He escrito bestsellers sobre vampiros sexys sin haber visto uno en mi vida. He creado mundos enteros y personajes complejos con nada más que mi imaginación y una taza de café. Puedo manejar a un *sheriff* de carne y hueso, por muy atractivo que sea.

¿Verdad?

Mientras entro en su oficina, cerrando la puerta tras de mí, no puedo evitar pensar que los próximos días van a ser muy, muy interesantes. Y quién sabe, tal vez encuentre más que inspiración para mi libro. Tal vez encuentre algo que ni siquiera sabía que estaba buscando.

LUKE

Estoy en medio de una montaña de papeleo cuando la oigo. Esa voz. Joder, esa voz. Sofía. ¿Qué demonios hace aquí?

Me levanto de un salto, mi corazón latiendo más rápido de lo que me gustaría admitir. Respiro hondo, intentando calmarme antes de abrir la puerta de mi oficina.

Y ahí está ella. Con una sonrisa brillante que parece iluminar toda la maldita comisaría. Lleva unos vaqueros que se ajustan a sus curvas y una blusa que... No, Luke. Concéntrate.

—¿Sofía? —digo, intentando que mi voz suene firme—. ¿Qué haces aquí?

Su sonrisa se ensancha aún más, si es que eso es posible.

—Buenos días, Luke. Estoy lista para empezar mi entrenamiento.

El uso de mi nombre de pila me descoloca por un momento. Es demasiado familiar, demasiado... íntimo.

—A mi oficina. Ahora —ordeno, dándome la vuelta antes de que pueda ver el efecto que tiene en mí.

Entro en mi oficina, sintiendo su presencia detrás de mí como una corriente eléctrica. Cierro los ojos por un momento, intentando recuperar el control. Cuando los abro, ella está ahí, mirándome con esos ojos grandes y expectantes.

—Mira, Sofía —empiezo, mi voz más ronca de lo que me gustaría—. No sé qué te han dicho Ethan o Megan, pero esto no va a pasar.

—¿El qué no va a pasar, Luke? —pregunta, con una inocencia que no me creo ni por un

segundo.

—Esto —digo, haciendo un gesto entre nosotros—. No voy a dejar que me sigas. Mi trabajo no es un juego.

Veo un destello de determinación en sus ojos. Dios, ¿por qué eso me resulta tan atractivo?

—Pero Luke, solo quiero aprender. Para mi libro —insiste, dando un paso hacia mí—. No interferiré con tu trabajo, lo prometo.

Retrocedo, necesitando poner distancia entre nosotros. El aroma de su perfume me está volviendo loco.

—He dicho que no, Sofía. Esto no es una novela romántica. Es la vida real, y es peligrosa.

—¿Crees que no puedo manejarlo? —desafía, sus ojos brillando con una mezcla de irritación y determinación que me hace tragar saliva.

—No se trata de eso —gruño, pasándome una mano por el pelo en frustración—. Se trata de que este es mi trabajo, mi responsabilidad. No puedo estar pendiente de una escritora de la ciudad mientras intento mantener la ley y el orden.

Sofía cruza los brazos, su postura desafiante.

—No necesito que estés pendiente de mí, Luke. Soy perfectamente capaz de cuidarme sola.

—Ah, ¿sí? —me burlo, acercándome a ella sin pensarlo—. ¿Y qué harías si un criminal armado irrumpiera aquí ahora mismo? ¿Lanzarle tu libreta?

Ella no retrocede. Al contrario, da un paso hacia mí, quedando tan cerca que puedo sentir el calor de su cuerpo.

—Tal vez te sorprendería lo que puedo hacer, *sheriff*.

Estamos tan cerca que puedo contar las pecas en su nariz. Tan cerca que sería tan fácil inclinarse y...

No. Para. Esto no puede pasar.

—Si solo has venido al pueblo para esto, ya puedes marcharte —digo, mi voz tensa por el esfuerzo de mantener el control—. No hay forma humana de que cambie de idea.

Espero que se desanime, que se rinda. Pero no. Esa sonrisa vuelve, ahora con un toque de desafío que me hace sentir cosas que no debería.

—No te preocupes, Luke —dice, su voz suave como la seda—. Te haré entrar en razón.

—¿Es eso una amenaza, señorita Vega? —pregunto, mi voz más baja de lo que pretendía.

—Tómalo como quieras, *sheriff* Blackwood —responde, y juro que sus ojos bajan a mis labios por un segundo antes de volver a mis ojos.

Y con eso, levanta la cabeza y se marcha, con una dignidad que me deja sin aliento. La veo salir, cada paso resonando en mi cabeza como un martillo.

Cuando la puerta se cierra, me dejo caer en mi silla, tenso como la cuerda de un arco. Joder. ¿Qué me pasa? Es solo una mujer. Una mujer hermosa, inteligente, determinada... No, Luke. Para. Esto no puede pasar.

Pero mientras intento volver a mi trabajo, todo en lo que puedo pensar es en ella. En su sonrisa, en su voz, en la forma en que me miró antes de irse. En cómo se sentía tenerla tan cerca, en cómo olía, en cómo sus ojos brillaban con desafío.

Esto va a ser un infierno. Un infierno muy, muy tentador. Y lo peor es que una parte de mí, una parte que intento desesperadamente ignorar, está deseando quemarse.

CAPÍTULO 5

SOFÍA

Miércoles

Empiezo la semana con la energía de mil soles. El aire fresco de Montana parece haberme inyectado una dosis extra de determinación. Luke no sabe con quién se ha metido. Soy Sofía Vega, por el amor de Dios. He convencido a editores implacables de publicar mis locas ideas y he domado a fans obsesivos que creían que mis vampiros eran reales. Un *sheriff* gruñón no va a ser mi perdición.

Mi primer intento es simple, casi ingenuo en su simplicidad: me presento en la comisaría con café y donuts. El aroma del café recién hecho llena el aire mientras empujo la puerta con la cadera, equilibrando la bandeja en mis manos.

—Buenos días, Luke —saludo con mi mejor sonrisa, la misma que he usado en cientos de firmas de libros—. Te he traído el desayuno.

Él levanta la vista de su escritorio y me mira como si le hubiera traído una bomba en lugar de un inocente café. Sus ojos se entrecierran con sospecha.

—Gracias, pero no —dice, su voz tan fría como el viento de las montañas.

—Vamos, Luke. Solo es café —insisto, acercándome a su escritorio—. No muerde, lo prometo.

—Y la respuesta sigue siendo no —responde, volviendo a sus papeles como si yo no existiera.

Salgo de la comisaría con la dignidad que me queda, preguntándome si las ardillas de Montana apreciarían unos donuts glaseados.

Jueves

Bien, el enfoque directo no funcionó. Hora del Plan B. Me paso la mañana recopilando información sobre Luke como si fuera una espía en una novela de misterio. Resulta que, en un pueblo pequeño, todo el mundo conoce las costumbres de todos.

Me entero de que Luke siempre almuerza en la cafetería del pueblo, un lugar acogedor llamado «El Tenedor de Plata». Perfecto. Me siento en su mesa habitual justo cuando el reloj marca las 12:30, la hora en que, según mis fuentes (la camarera chismosa), Luke siempre llega.

La campanilla de la puerta suena y ahí está él, puntual como un reloj suizo. Nuestras miradas se cruzan y por un segundo veo la sorpresa en sus ojos antes de que su expresión se endurezca.

—¡Qué casualidad! —exclamo con fingida sorpresa—. Ya que estamos aquí, podríamos hablar sobre...

—No —me corta, y se da la vuelta para irse a otra mesa.

Lo veo sentarse solo en la esquina más alejada, su espalda rígida como si esperara un ataque. Suspiro y me pregunto si todos los hombres de Montana son tan testarudos o si Luke es un espécimen particularmente difícil.

Viernes

Hoy decido seguirlo en su patrulla. Me levanto al amanecer y me escondo (bueno, me siento en un banco) frente a la comisaría. Cuando Luke sale y se sube a su coche, arranco el mío y lo sigo a una distancia que espero sea discreta.

Lo que no anticipé fue que su primera llamada del día sería para rescatar a una vaca atrapada en el barro. Observo desde mi coche cómo Luke se acerca al animal, hablándole suavemente. Hay una gentileza en sus movimientos que me sorprende y, por un momento, me quedo embobada mirándolo.

Sacudo la cabeza. Concéntrate, Sofía. Estás aquí por trabajo, no para babear por el *sheriff*.

Salgo del coche, decidida a demostrar mi utilidad.

—¡Puedo ayudar! —grito, mientras avanzo hacia ellos.

Demasiado tarde me doy cuenta de que el barro es más profundo de lo que parece. En cuestión

de segundos, estoy hundida hasta las rodillas, luchando por mantener el equilibrio.

Luke me mira, y juro que veo un atisbo de diversión en sus ojos antes de que la preocupación tome el control. Suspira profundamente y procede a sacarme a mí en lugar de a la vaca.

Sus manos son fuertes y cálidas mientras me ayuda a salir del lodazal. Por un momento, estamos tan cerca que puedo oler su colonia mezclada con el aroma a cuero de su chaqueta.

—Vete a casa, Sofía —dice suavemente, casi con resignación.

Me alejo, cubierta de barro y con la dignidad por los suelos, preguntándome si esta experiencia contará como «investigación de campo» para mi libro.

Sábado

Mi entusiasmo empieza a flaquear, pero mi determinación sigue firme. Hoy intento el enfoque intelectual. Me paso la mañana en la biblioteca local, investigando sobre la importancia de la policía rural y cómo los medios a menudo la pasan por alto.

Armada con estadísticas y datos, me dirijo a la comisaría. Encuentro a Luke saliendo para su patrulla.

—Luke, piénsalo —empiezo, siguiéndolo hacia su coche—. Mi libro podría ayudar a que la gente entienda mejor el trabajo de la policía rural. Podría ser una herramienta educativa, además de entretenimiento.

Él se detiene y me mira, casi con lástima. Por un momento, creo ver un destello de algo en sus ojos. ¿Interés? ¿Consideración? Pero desaparece tan rápido que me pregunto si lo he imaginado.

—Sofía, la respuesta sigue siendo no —dice, su voz más suave de lo habitual—. Aprecio tu... entusiasmo, pero mi trabajo no es material para novelas.

Lo veo alejarse en su coche, sintiendo como si acabara de perder una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando.

Domingo

Desesperación. Esa es la palabra del día. Me despierto con la sensación de que se me acaba el tiempo, de que estoy perdiendo mi única oportunidad.

Encuentro a Luke fuera de la comisaría, lavando su coche patrulla. El sol brilla sobre su pelo y por un momento me quedo sin aliento. ¿Cómo puede alguien verse tan bien haciendo algo tan mundano?

—Luke, por favor —digo, acercándome—. Haré lo que sea. Limpiaré la comisaría. Haré tu papeleo. ¡Incluso lavaré tu coche patrulla!

Él se detiene, la esponja goteando en su mano. Me mira y por un momento veo algo en sus ojos. ¿Compasión? ¿Culpa?

—Sofía... —empieza, y por un momento creo que lo he logrado. Mi corazón se acelera con esperanza.

Pero entonces niega con la cabeza.

—No. Lo siento, pero no puedo.

Me alejo, sintiendo como si acabara de perder mi última oportunidad.

Lunes

Ya no sé qué más hacer. La desesperación ha dado paso a una especie de resignación apática. Hoy simplemente me siento en un banco frente a la comisaría, esperando... no sé qué. ¿Un milagro? ¿Una epifanía? ¿Que Luke de repente cambie de opinión?

El día pasa lentamente. Veo a Luke salir y entrar varias veces. Cada vez que me ve, niega con la cabeza antes de subir a su coche o entrar en la comisaría.

Me siento como un cachorro abandonado bajo la lluvia, esperando que alguien me rescate. Pero nadie viene. Y Luke sigue siendo una fortaleza impenetrable.

Martes

Me rindo. Oficialmente. Tiro la toalla. Abandono el barco. Elige la metáfora que quieras.

Paso el día en el porche de la casa de la abuela Rose, mi portátil abierto frente a mí. La página en

blanco me mira, burlándose de mi fracaso. El cursor parpadea, como un dedo acusador señalando mi incapacidad para escribir una sola palabra.

No puedo escribir ni una línea. ¿Cómo se supone que voy a escribir una novela sobre un *sheriff* si el único que conozco no me deja ni acercarme? Las palabras se me escapan como agua entre los dedos.

Estoy desesperada. Mi carrera, mi futuro, todo depende de este libro. Y ahora mismo, parece tan inalcanzable como la luna. Casi puedo oír la voz de Tom, mi agente, diciéndome «te lo dije». La idea de volver a Nueva York con las manos vacías me revuelve el estómago.

Cierro el portátil de golpe, frustrada. El sonido resuena en el silencio del porche, como un eco de mi fracaso. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Volver a Nueva York con el rabo entre las piernas? ¿Admitir ante Tom que tenía razón, que este viaje fue una locura?

No. No puedo rendirme. Tiene que haber una manera de hacer que Luke ceda. Tiene que haberla. Soy Sofía Vega, por el amor de Dios. He creado mundos enteros con mi imaginación. He hecho que millones de lectores se enamoren de personajes que solo existían en mi mente. No puedo dejar que un *sheriff* testarudo sea mi perdición.

Pero mientras miro el sol ponerse sobre las montañas de Montana, pintando el cielo de rojo y oro, no puedo evitar sentir que me estoy quedando sin opciones y sin tiempo. La belleza del paisaje contrasta cruelmente con el caos en mi interior.

Estoy desesperada. Y lo peor es que no tengo ni idea de qué hacer a continuación. Cada intento, cada estrategia, cada acercamiento ha sido un fracaso. Es como si Luke tuviera un escudo impenetrable contra mis encantos y mi determinación.

Cierro los ojos y respiro profundamente, dejando que el aire fresco de Montana llene mis pulmones. Tiene que haber algo que no haya intentado. Algún ángulo que no haya considerado. Alguna forma de llegar a Luke que no haya explorado aún.

Pero por más que lo pienso, por más que exprimo mi cerebro en busca de ideas, nada surge. Es como si mi creatividad, esa chispa que siempre me ha sacado de apuros, se hubiera extinguido.

Mientras la noche cae sobre Pine Ridge, me quedo sentada en el porche, sintiéndome más perdida y sola que nunca. El sonido de los grillos y el ulular lejano de un búho son mi única compañía.

Mañana, me digo. Mañana encontraré una solución. Mañana será diferente.

Pero incluso mientras me lo repito, una parte de mí sabe que estoy mintiendo. Y esa parte se pregunta si tal vez, solo tal vez, he encontrado finalmente un desafío que no puedo superar.

CAPÍTULO 6

SOFÍA

Me harto de estar sentada en el porche mirando a la nada como una idiota. Necesito hablar con alguien o voy a volverme majara. Cojo el móvil y le escribo a Megan: «¿Cenamos juntas? Necesito desahogarme o me va a dar algo».

Su respuesta no tarda ni dos minutos en llegar: «Claro, ven a casa. Prepararé pasta».

Media hora después, estoy en la cocina de Megan, cortando tomates mientras ella remueve la salsa. El aroma a albahaca y ajo llena el aire, pero ni siquiera eso mejora mi humor.

—Es que no lo entiendo, Meg —digo, atacando un tomate con más fuerza de la necesaria—. ¿Tan difícil es dedicarme un poco de su tiempo? ¡Que no le estoy pidiendo un riñón, joder!

Megan me mira de reojo, con una sonrisa divertida en los labios.

—Bueno, conociendo a Luke...

—¡Es un cabezota! —la interrumpo—. Un cabezota egocéntrico que se cree demasiado importante como para ayudar a una pobre escritora en apuros.

—Sofía...

—¡Lo odio! —exclamo, y en el fondo sé que estoy siendo dramática, pero me da igual—. Lo odio con toda mi alma.

Megan suelta una carcajada.

—No, no lo odias.

—Vale, puede que no lo odie —admito a regañadientes—. Pero ahora mismo no es precisamente mi persona favorita en el mundo.

Nos sentamos a cenar y le cuento a Megan todos los intentos fallidos de la semana. Ella escucha pacientemente, asintiendo y haciendo preguntas de vez en cuando.

—¿Y has probado a...? —empieza a sugerir.

—Sí —la corto—. He probado de todo, Meg. Le he llevado café, le he seguido en su patrulla, incluso me ofrecí a lavar su coche. Nada funciona.

Megan me mira pensativa mientras remueve su pasta.

—Quizás estás siendo demasiado... intensa.

—¿Intensa yo? —exclamo, fingiendo indignación—. ¿Cómo te atreves?

Ambas nos echamos a reír. Es la primera vez que me río en toda la semana y se siente bien.

—En serio, Sofía —dice Megan cuando recuperamos el aliento—. Tal vez deberías darle un poco de espacio.

Suspiro profundamente.

—No puedo, Meg. No tengo tiempo. Si no consigo material para este libro, mi carrera está acabada.

Megan me mira con preocupación.

—No digas eso. Eres una escritora increíble. Encontrarás una solución.

—Ojalá tuviera tu confianza —murmuro, jugando con los restos de pasta en mi plato.

Terminamos de cenar en un silencio cómodo. Mientras fregamos los platos, Megan sugiere: —¿Y si salimos a tomar algo? Quizás un cambio de aires te venga bien.

La miro, sorprendida. Megan no suele ser de las que propone salir entre semana.

—¿Estás segura?

Ella se encoge de hombros.

—¿Por qué no? Una copa no nos hará daño.

Una hora después, estamos sentadas en la barra del «Coyote Loco», el bar local. Sarah, la camarera, nos saluda con una sonrisa mientras nos sirve nuestras bebidas.

—¿Qué os trae por aquí un martes? —pregunta, curiosa.

—Estamos ahogando las penas de Sofía —responde Megan antes de que yo pueda abrir la boca.

Sarah arquea una ceja, intrigada.

—¿Problemas de amores?

Suelto una risa amarga.

—Qué va. Problemas de *sheriff*.

Y antes de que pueda detenerme, estoy contándole toda la historia a Sarah. Megan interviene de vez en cuando, añadiendo detalles o corrigiéndome cuando exagero demasiado.

—...y lo peor es que el muy capullo ni siquiera parece darse cuenta de que me está arruinando la carrera —concluyo, vaciando mi segundo whisky.

Sarah me escucha con paciencia, rellenando mi vaso cada vez que lo vacío. Megan me lanza miradas preocupadas, pero no dice nada.

—Es que no lo entiendo —continúo, sintiendo cómo las palabras se me empiezan a enredar en la lengua—. ¿Se cree demasiado guapo para sonreír? ¿Demasiado importante para ayudar a los demás?

Sarah suelta una risita.

—Luke es muchas cosas, pero no creo que «demasiado guapo» sea una de ellas.

—Oh, por favor —resoplo—. Tú también lo has visto. Con esos ojos y esa mandíbula... —me interrumpo, dándome cuenta de lo que estoy diciendo—. Pero eso no importa. Lo que importa es que es un... un...

—¿Capullo? —sugiere Megan, divertida.

—Exacto —asiento con vehemencia—. Un capullo que me va a costar mi carrera solo porque no quiere cooperar.

Apoyo la frente en la barra, sintiendo cómo el mundo da vueltas a mi alrededor.

—No sé qué voy a hacer —murmuro—. Si no consigo escribir este libro, estoy acabada.

Siento la mano de Megan en mi espalda, reconfortante.

—Vamos, Sofía. No es el fin del mundo. Encontraremos una solución.

Levanto la cabeza y las miro, con los ojos nublados por el alcohol y la desesperación.

—¿Y si no la encuentro? ¿Y si Luke gana y yo pierdo todo por lo que he trabajado?

Sarah y Megan intercambian una mirada de preocupación.

—Eso no va a pasar —dice Sarah con firmeza—. Seguro que se te ocurrirá algo.

Asiento débilmente, deseando poder creerlas. Pero mientras el bar gira a mi alrededor y el sabor del whisky se mezcla con el de la derrota en mi boca, no puedo evitar pensar que tal vez, solo tal vez, he encontrado finalmente un desafío que no puedo superar.

Y todo por culpa de un *sheriff* cabezota con ojos demasiado verdes y una sonrisa que se niega a mostrar.

LUKE

El resplandor de la pantalla de mi teléfono ilumina mi rostro en la penumbra de la oficina. El silencio de la noche solo se ve interrumpido por el zumbido ocasional de la nevera en la esquina y el suave clic de mi dedo deslizándose por la pantalla del móvil. Debería estar revisando informes, la pila de papeles en mi escritorio es un recordatorio constante de mis responsabilidades, pero en vez de eso, me encuentro perdido en el perfil de Instagram de Sofía Vega.

Deslizo el dedo por la pantalla, pasando de una foto a otra. Aquí está ella, sonriendo radiante en una firma de libros, sus ojos brillando con una mezcla de emoción y cansancio. Allá, posando con fans emocionados, sus brazos rodeando a lectores que parecen al borde de las lágrimas de felicidad. Cada imagen es como un cuadro, una ventana a un mundo que no conozco, tan diferente de las calles tranquilas y los campos abiertos de Pine Ridge.

«Vaya, Blackwood, si algún juez te viera ahora, seguro que pensaría que eres el acosador más patético del condado», me digo a mí mismo, riendo por lo bajo. El sonido de mi propia risa en la oficina vacía me sobresalta un poco. Imagino el titular: «*Sheriff* local arrestado por *stalkear* a famosa escritora en Instagram». Menuda carrera más brillante, sí señor. Casi puedo ver la cara de decepción de mi padre.

Pero no puedo evitarlo. Es como si sus fotos tuvieran algún tipo de hechizo. Miro la hora en la esquina de la pantalla: llevo dos horas perdidas en su perfil. Dos horas. Si esto no es dedicación a la *investigación*, no sé qué lo es. Me froto los ojos, cansados por la luz de la pantalla, pero no puedo apartar la mirada.

Leo los comentarios bajo sus fotos. Palabras de admiración, de amor incondicional de sus lectores. «Eres mi inspiración», dice uno. «Tus libros me salvaron la vida», reza otro. Joder, ¿cómo puede alguien tener tanto impacto? Y aquí estoy yo, babeando sobre mi móvil como un adolescente, fascinado por una mujer que apenas conozco pero que ha puesto mi mundo patas arriba en menos de una semana. Patético, Blackwood, patético.

El timbre del teléfono me sobresalta, el sonido estridente rompiendo el silencio de la noche. Es Sarah, del Coyote Loco. El nudo en mi estómago se aprieta antes incluso de contestar.

—Luke, tienes que venir —dice sin preámbulos—. Es Sofía.

—¿Qué pasa con ella? —pregunto, sintiendo cómo la preocupación se mezcla con una extraña anticipación.

—Está borracha como una cuba. Y todo por tu culpa.

—¿Mi culpa? —repito, la culpabilidad golpeándome como un puñetazo—. ¿De qué hablas?

—De que eres un capullo integral que le está jodiendo la carrera —espeta Sarah, su voz una mezcla de enojo y preocupación—. Ven a buscarla antes de que haga una locura.

El corazón retumba con fuerza en mi pecho.

Cuelga antes de que pueda responder. Mierda. Cojo las llaves del coche y salgo disparado hacia el bar, el aire fresco de la noche despejando un poco la niebla de mi mente.

El trayecto hasta el Coyote Loco es un borrón de calles desiertas y pensamientos caóticos. ¿Cómo he dejado que las cosas lleguen a este punto? ¿Por qué no pude simplemente... qué? ¿Ayudarla? ¿Alejarme? No lo sé, y esa incertidumbre me carcome mientras aparco frente al bar.

Cuando entro, la escena es un desastre. El olor a cerveza rancia y whisky barato me golpea nada más cruzar la puerta. Sofía está apoyada sobre la barra, su pelo un desastre y su maquillaje corrido. Murmura incoherencias, su voz un susurro ronco apenas audible sobre la música country que suena de fondo. Megan está a su lado, con una expresión de preocupación y cansancio, intentando que beba agua.

—Luke, gracias a Dios —dice Megan al verme, el alivio evidente en su voz—. No sé qué hacer con ella.

Me acerco con cautela, como si me acercara a un animal herido.

—Sofía, ¿estás bien?

Ella levanta la cabeza, sus ojos desenfocados intentando fijar la mirada en mí. Por un momento, veo una chispa de reconocimiento que rápidamente se convierte en algo entre el desprecio y la diversión.

—Oh, mira quién ha venido. El *sheriff* Culo Prieto en persona —arrastra las palabras, su voz una mezcla de sarcasmo y algo que no puedo identificar. ¿Dolor, tal vez?

—Vamos, te llevaré a casa —digo, ignorando el insulto y la punzada de culpabilidad que me provoca.

—No quiero ir a casa —protesta débilmente, pero no opone resistencia cuando la ayudo a levantarse. Su cuerpo se siente cálido y sorprendentemente frágil contra el mío.

—Yo me encargo —le digo a Megan, notando las ojeras bajo sus ojos—. Ve a descansar.

—No hace falta, cuñado. Yo la cuido.

Le miro con una petición en la cara.

—Por favor, Megan. Deja que yo me encargue de ella. Está así por mi culpa.

Al final, después de lanzarme una mirada evaluadora Megan asiente.

—Gracias, Luke. Cuidala, ¿vale? —hay una súplica silenciosa en sus ojos que me hace sentir aún más culpable.

El trayecto en coche es un infierno. El silencio de la noche se ve interrumpido por los ocasionales sollozos ahogados de Sofía y el rugido del motor. Ella alterna entre el silencio absoluto y arranques de verborrea incontrolable. El olor a alcohol y a su perfume llena el coche, una mezcla extrañamente intoxicante.

—¿Sabes qué? —dice de repente, su voz rompiendo el silencio como un cristal—. Nunca he estado enamorada. Me plantaron en el altar y ni siquiera me importó. ¿Qué clase de persona soy?

La miro de reojo, sorprendido por la confesión. La luz de las farolas ilumina su rostro intermitentemente, revelando una vulnerabilidad que no imaginaba ver en ella.

—Sofía...

—No, en serio —continúa, su voz quebrándose—. Soy una fraude. Escribo sobre el amor, pero no tengo ni idea de lo que es. Soy... soy frígida, Luke. No podía excitarme con mi ex. Ni siquiera podía excitarlo a él. ¿Qué clase de escritora de novela romántica soy?

Trago saliva, incómodo. Esto es más de lo que esperaba oír. Una parte de mí duda de sus palabras. ¿Frígida? ¿Ella? La mujer que ha puesto todo Pine Ridge de cabeza con su presencia, que hace que mi corazón se acelere con solo una mirada... ¿cómo puede pensar eso de sí misma?

—Y ahora... ahora necesito escribir este libro. Lo necesito desesperadamente —continúa, su voz un susurro roto—. Si no lo hago, mi carrera se acabó. ¿Lo entiendes? Se acabó.

Llegamos a casa. La luna llena baña el jardín con una luz plateada, dando un aire casi mágico a la escena. Ayudo a Sofía a salir del coche, su cuerpo tambaleándose contra el mío. El aroma de las rosas del jardín se mezcla con el olor a alcohol y perfume, creando una fragancia extrañamente embriagadora.

La llevo hasta su habitación, cada paso un desafío. Está medio dormida cuando la dejo sobre la cama, su cuerpo hundiéndose en el colchón como si quisiera desaparecer en él.

—Luke —murmura mientras le quito los zapatos, sus ojos entreabiertos fijos en mí—. ¿Por qué no me ayudas? ¿Tan terrible soy?

Siento una punzada de culpabilidad que me atraviesa como un cuchillo.

—No eres terrible, Sofía. Es solo que... es complicado.

—Todo es complicado —suspira, hundiéndose en la almohada, su voz apenas un susurro.

La arropo y me quedo un momento mirándola. A la luz de la luna que se filtra por la ventana, parece tan vulnerable, tan diferente de la mujer decidida que me ha estado persiguiendo toda la semana. Un mechón de pelo cae sobre su rostro y resisto el impulso de apartarlo.

Salgo de la habitación en silencio, cerrando la puerta suavemente tras de mí. Me apoyo contra la pared del pasillo, dejando escapar un suspiro largo y cansado. La casa está en silencio, solo el suave tic-tac de un reloj en algún lugar rompe la quietud.

Mi mente es un torbellino de pensamientos y emociones. La culpa por haberla empujado a este estado. La preocupación por su bienestar. Y algo más, algo que no quiero nombrar pero que siento creciendo en mi pecho como una llama.

¿En qué lío me he metido? Y más importante aún, ¿cómo voy a salir de él sin que ambos salgamos heridos?

Mientras bajo las escaleras, cada crujido de la madera vieja parece un recordatorio de las decisiones que he tomado y las que aún tengo que tomar. La noche es larga, y sé que el sueño me eludirá.

Me dirijo a la cocina, necesitando un vaso de agua, o tal vez algo más fuerte. La luz de la luna se cuela por las ventanas, creando sombras que bailan en las paredes. En el silencio de la noche, puedo

oír mis propios pensamientos, y no estoy seguro de si eso es bueno o malo.

Mañana será otro día. Otro día para enfrentar las consecuencias de mis acciones, para tratar de arreglar lo que he roto. Pero por ahora me permito un momento de debilidad, un momento para admitir que Sofía Vega ha cambiado algo en mí, y que ya no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 7

LUKE

Me revuelvo en la cama por enésima vez, mirando el techo como si fuera a darme las respuestas que busco. El reloj marca las cinco y media de la mañana y yo llevo horas dando vueltas a la misma idea. Joder, ¿en qué momento me he vuelto tan indeciso?

Cierro los ojos y veo la cara de Sofía, vulnerable y derrotada, cuando la dejé en su habitación anoche. Algo se remueve en mi pecho, una mezcla de culpa y algo más que no quiero nombrar.

«A la mierda», murmuro, levantándome de un salto. He tomado una decisión.

Me visto rápidamente y bajo las escaleras de dos en dos. La casa está en silencio, solo el suave ronroneo de la nevera rompe la quietud. Me planto frente a la puerta de Sofía y, antes de que pueda arrepentirme, llamo con fuerza.

Nada.

Vuelvo a llamar, esta vez con más insistencia. Escucho un gemido ahogado desde dentro y sonrío a mi pesar. Abro la puerta sin esperar respuesta.

La imagen que me recibe es... preciosa. Sofía está hecha un ovillo en la cama, el pelo revuelto como si hubiera librado una batalla con la almohada. Tiene los ojos entreabiertos y me mira como si fuera una aparición.

—¿Luke? —murmura, su voz ronca por el sueño y probablemente por la resaca—. ¿Qué...? ¿Estoy soñando?

—Ojalá —respondo, cruzándome de brazos—. Escucha, he tomado una decisión.

Ella intenta incorporarse, fallando miserablemente en el intento. Verla así, vulnerable y desaliñada, me provoca una ternura que me pilla por sorpresa.

—Te voy a ayudar —suelto antes de que pueda cambiar de opinión—. Pero con condiciones.

Sofía parpadea, como si estuviera procesando mis palabras a cámara lenta.

—¿Condiciones?

—Uno: me obedeces en todo. Sin discusiones, sin cuestionamientos. Lo que yo diga, va a misa.

Ella asiente débilmente.

—Dos: te adaptas a mis horarios. Y créeme, no son fáciles.

Otro asentimiento, esta vez acompañado de una mueca.

—Y tres: profesionalidad absoluta. Nada de coqueteos, nada de jueguecitos. Estamos aquí para trabajar, ¿entendido?

—Entendido —murmura, aunque no parece muy convencida.

La miro fijamente, luchando contra el impulso de sonreír. Está hecha un desastre, con el maquillaje corrido y el pelo apuntando en todas direcciones, y aun así... Sacudo la cabeza, alejando ese pensamiento.

—Bien. Si quieres hacer esto, te quiero lista en la cocina en veinte minutos. Desayunamos y nos vamos.

—¿Veinte minutos? —exclama, su voz una mezcla de pánico e incredulidad—. Pero si apenas puedo abrir los ojos.

—Diecinueve minutos y cuarenta segundos —respondo, mirando mi reloj—. El tiempo corre, Vega.

Salgo de la habitación antes de que pueda protestar, cerrando la puerta tras de mí. En cuanto estoy en el pasillo, una sonrisa se extiende por mi rostro. Bajo las escaleras, conteniendo la risa.

Ya en la cocina, no puedo aguantarlo más. La carcajada que he estado reteniendo estalla, llenando la estancia. Me apoyo en la encimera, riendo hasta que me duele el estómago.

—¿Se puede saber qué es tan gracioso a estas horas de la mañana?

Me giro para ver a la abuela Rose en la puerta de la cocina, con una ceja arqueada y una sonrisa conocedora en los labios.

—Nada, abuela —respondo, tratando de recuperar la compostura—. Solo... un chiste que recordé.

—Ya, claro —dice, acercándose para preparar café—. ¿Y ese chiste tiene nombre y apellido?

La miro, sorprendido.

—No sé de qué hablas.

La abuela Rose me da una palmadita en el brazo y me guiña un ojo. —Oh, cariño. Ya estás perdido y ni siquiera te has dado cuenta.

Abro la boca para protestar, pero las palabras no salen. La abuela se aleja tarareando, dejándome solo con mis pensamientos y el aroma del café recién hecho.

Miro el reloj. Faltan diez minutos para que Sofía baje... si es que consigue levantarse. Y de repente, me encuentro esperando con anticipación, preguntándome cómo demonios va a presentarse.

Joder. Quizás la abuela tiene razón. Quizás ya estoy perdido.

SOFÍA

Me incorporo de golpe, ignorando las protestas de mi cuerpo. La resaca puede irse ya. Tengo una misión.

Miro el reloj: me quedan diez minutos. Diez minutos para convertirme en una persona funcional y profesional. Salto de la cama y corro al baño, tropezando con mis propios pies en el proceso.

Mientras me cepillo los dientes con una mano y me peino con la otra, no puedo evitar sonreír como una idiota al espejo. Luke ha aceptado. Vale, con condiciones que harían llorar a un marine, pero ha aceptado. Es mi oportunidad y pienso aprovecharla.

Me visto en tiempo récord, optando por unos vaqueros y una camisa sencilla. Nada de juegos, ¿recuerdas, Sofía? Profesionalidad, ante todo.

Bajo las escaleras de dos en dos, llegando a la cocina justo cuando el reloj marca los veinte minutos. Luke está allí, apoyado en la encimera con una taza de café en la mano. Arquea una ceja al verme, claramente sorprendido de que haya llegado a tiempo.

—Buenos días —digo, tratando de sonar fresca como una lechuga y no como si un camión me hubiera pasado por encima.

—Buenos días —responde, evaluándome con la mirada—. Veo que has conseguido levantarte.

—Dije que lo haría, ¿no? —sonrío, ignorando el martilleo en mis sienes—. Estoy lista para lo que sea.

Luke asiente, una sombra de sonrisa en sus labios.

—Bien. Desayuna rápido. Tenemos trabajo que hacer.

Mientras devoro un tazón de cereales (jamás había apreciado tanto la cafeína y el azúcar), Luke me pone al día sobre nuestra primera misión del día.

—Hoy conocerás a Scarlett Wilde, o más conocida en el pueblo como Madame Exótica —dice, y por un momento creo que la resaca me está jugando una mala pasada.

—¿Madame qué?

—Exótica. Es nueva en el pueblo. Tiene una mansión en las afueras llena de animales peculiares. Parpadeo, procesando la información.

—Vale... ¿y qué tiene eso de interesante?

Luke me mira fijamente.

—Ha desaparecido su pavo real favorito.

Casi me atraganto con los cereales.

—¿Su qué?

—Su pavo real —repite Luke, con una paciencia que seguro está fingiendo—. Y antes de que preguntes, sí, es legal tener un pavo real como mascota en Montana.

—No iba a preguntar eso —miento descaradamente.

—Ya, claro —Luke pone los ojos en blanco—. En fin, Madame Exótica está convencida de que alguien lo ha robado. Dice que Alejandro...

—¿Quién es Alejandro?

—El pavo real.

—Ah, claro. Cómo no se me ocurrió.

Luke me ignora y continúa:

—Dice que Alejandro nunca se alejaría voluntariamente. Está muy apegado a ella.

Asiento, tratando de mantener una expresión seria.

—Por supuesto. Los pavos reales son conocidos por su lealtad inquebrantable.

Luke me lanza una mirada que dice claramente «no tientes tu suerte». Levanto las manos en señal de rendición.

—Lo siento, lo siento. Seré profesional, te lo prometo.

—Eso espero —dice, aunque juraría que veo un atisbo de diversión en sus ojos—. Vamos, el coche está fuera.

Mientras salimos de la casa, no puedo evitar sonreír. Sí, tengo una resaca de mil demonios. Sí, vamos a buscar un pavo real perdido, que suena más a trama de dibujos animados que a un caso policial. Pero estoy aquí, con Luke, haciendo algo. Es mi oportunidad de demostrarle que puedo ser útil, que puedo ser la compañera que necesita.

Miro de reojo a Luke mientras se sube al coche patrulla. Está serio, concentrado, pero hay algo en la forma en que sus manos agarran el volante que me dice que está tan intrigado como yo por este caso absurdo.

Mientras salimos del pueblo hacia la mansión de Madame Exótica, siento una mezcla de emoción y determinación creciendo en mi pecho. Puede que Luke piense que nada interesante pasa en este pueblo, pero tengo el presentimiento de que esto es solo el comienzo de algo grande.

Y pienso estar ahí para verlo, resaca incluida.

CAPÍTULO 8

SOFÍA

El coche patrulla avanza por el camino de grava y yo no puedo evitar mirar de reojo a Luke. Está tan serio, tan concentrado en la carretera, que casi puedo ver los engranajes de su cerebro trabajando. ¿Cómo puede estar tan bueno incluso cuando frunce el ceño? Es injusto, la verdad.

—Entonces... —digo, rompiendo el silencio que se ha instalado entre nosotros desde que salimos del pueblo—. ¿Un pavo real? ¿En serio?

Luke me lanza una de esas miradas que deberían estar prohibidas. Mezcla de advertencia y algo más que no logro descifrar.

—Sofía, recuerda lo que acordamos. Profesionalidad.

Asiento, mordéndome la lengua para no soltar alguna broma sobre plumas y esposas. En su lugar, me concentro en el paisaje. Montana es preciosa, todo hay que decirlo. Aunque ahora mismo, el paisaje que más me interesa está sentado a mi lado, con una placa brillante y unos vaqueros que... Vale, Sofía, concéntrate.

Llegamos a la propiedad de Madame Exótica y, bueno, el nombre le viene que ni pintado. La casa es una mezcla curiosa de estilos: tiene algo de victoriana, con sus torres y ventanas en arco, pero también hay toques modernos, como esos enormes ventanales que dan a lo que parece ser un invernadero. El jardín es un laberinto de setos perfectamente recortados, estatuas de animales y fuentes burbujeantes. Es extravagante, sí, pero de una manera elegante.

Luke aparca y me mira fijamente.

—Recuerda, estamos aquí para investigar. Nada de...

—Nada de tonterías, entendido —termino la frase por él, poniendo mi mejor cara de seriedad.

Nos recibe una mujer que solo puede ser Madame Exótica. Lleva un caftán de seda estampado con pavos reales (ironía, supongo) y más joyas de las que he visto en mi vida fuera de una joyería.

—Oh, *sheriff* Blackwood, gracias por venir tan rápido —dice con un acento que suena vagamente francés—. Y veo que ha traído compañía.

—Sofía Vega, ayudante temporal —me presento, ignorando la mirada de Luke.

Luke se aclara la garganta.

—Scarlett, ¿podría contarnos exactamente qué ha pasado con su... eh... mascota?

Entramos en la casa y, madre mía, el interior es aún más interesante. Hay cuadros de animales por todas partes, algunos tan realistas que casi espero que se muevan. Los muebles son una mezcla ecléctica de antigüedades y piezas modernas, y juraría que esa lámpara está hecha con plumas de pavo real.

—Alejandro simplemente desapareció ayer por la tarde —explica Madame Exótica mientras nos guía hacia un salón—. Nunca se aleja del jardín, es un ave muy leal.

—¿Alejandro como el conquistador? —pregunto, incapaz de contenerme.

Luke me lanza otra de sus miradas y yo finjo súbito interés en un jarrón cercano.

—Es un nombre con carácter, como él —responde Madame Exótica con orgullo—. Oh, ¿les apetece algo de beber? Tengo un té de jazmín delicioso.

Acepto la taza que me ofrece, agradecida por tener algo que hacer con las manos. Luke saca una libreta y empieza a hacer preguntas con una seriedad que, francamente, me parece excesiva para un caso de un pavo real desaparecido.

—¿Notó algo inusual antes de la desaparición? ¿Algún ruido extraño, quizás?

—Bueno... —Madame Exótica parece pensativa—. Ahora que lo menciona, escuché un ruido metálico cerca del cobertizo. Pensé que era Gustavo jugando con sus juguetes.

—¿Gustavo? —pregunto, imaginando a otro pavo real con nombre de conquistador.

—Mi jaguar, por supuesto.

Casi me ahogo con el té. Luke me da unas palmaditas en la espalda, su toque enviando chispas por mi columna.

—¿Tiene un jaguar? —pregunta Luke, tan profesional como siempre, aunque noto un ligero temblor en su voz.

—Oh, sí. Y una pareja de loros ara, un camaleón y... bueno, la lista es larga —dice con un gesto de la mano—. Pero Alejandro es especial. ¿Saben cuánto cuesta un pavo real albino?

Niego con la cabeza, dando otro sorbo a mi té.

—Alrededor de 8000 dólares.

Esta vez sí que me atraganto de verdad. Luke me mira con preocupación mientras toso, pero yo le hago un gesto para que siga con la entrevista.

—Es... una cantidad considerable —dice Luke, volviendo a su modo profesional—. ¿Tiene algún sistema de seguridad?

Mientras Madame Exótica detalla su sistema de cámaras y cercas eléctricas (en serio, ¿quién necesita tanta seguridad para un pavo real?), no puedo evitar pensar en lo surrealista de la situación. Yo, una escritora de Nueva York, sentada en el salón de una excéntrica amante de los animales exóticos, investigando la desaparición de un pavo real albino llamado Alejandro. Si esto no es material para una novela, no sé qué lo es.

—Bien, creo que tenemos suficiente información por ahora —dice Luke finalmente, guardando su libreta—. Investigaremos el caso y le informaremos de cualquier novedad.

Nos despedimos de Madame Exótica y volvemos al coche patrulla. Una vez dentro, miro a Luke, esperando... no sé qué exactamente.

—Has estado... sorprendentemente profesional ahí dentro —dice, arrancando el motor.

—¿Sorprendentemente? Me ofendes, *sheriff* —respondo con fingida indignación—. Soy la viva imagen de la profesionalidad.

Luke resopla, pero veo la sombra de una sonrisa en sus labios.

—Vamos a la comisaría. Tenemos que revisar las cámaras de seguridad de los alrededores y hacer algunas llamadas.

Y mientras nos alejamos de la peculiar casa de Madame Exótica, no puedo evitar pensar que, pase lo que pase, esta va a ser la investigación más interesante de mi vida. Y no tiene nada que ver con el pavo real desaparecido.

LUKE

El camino de vuelta a la comisaría se me hace eterno. Sofía está sentada a mi lado, hablando sin parar sobre teorías conspirativas que involucran al pavo real de Madame Exótica, y yo... joder, yo no puedo dejar de mirarla de reojo. El sol se cuela por la ventanilla, iluminando su perfil, y me encuentro memorizando cada curva de su rostro.

—¿Y si el pavo real es en realidad un espía internacional? —dice, sus ojos brillando con diversión—. Piénsalo, Luke. ¿Quién sospecharía de un ave?

Suelto un bufido, intentando mantener mi expresión seria, pero es difícil. Muy difícil. Sus ocurrencias son como un soplo de aire fresco en mi rutina diaria.

—Sofía, por favor. Esto es una investigación real —respondo, pero incluso yo puedo notar la falta de convicción en mi voz.

—Oh, vamos, señor Seriedad. Admite que es divertido —responde, dándome un ligero codazo que envía una corriente eléctrica por todo mi brazo.

Y lo es, maldita sea. Es divertido, refrescante y... joder, es como si hubiera traído color a mi vida en blanco y negro. Pero no puedo decirle eso, ¿verdad? No puedo admitir que en los pocos días que lleva aquí, ha logrado sacudir mi mundo más que cualquier otra persona en años.

Pasamos frente al viejo roble en la plaza del pueblo, y no puedo evitar recordar cómo la vi allí sentada, escribiendo en su libreta, el viento jugando con su pelo. Tuve que dar tres vueltas a la manzana antes de poder concentrarme lo suficiente para volver al trabajo.

Llegamos a la comisaría y nos dirigimos directamente a la sala de vigilancia. Sofía saca su MacBook rosa (¿en serio? ¿rosa?) y se sienta a mi lado mientras cargo las grabaciones de las cámaras de seguridad. La habitación es pequeña, demasiado pequeña para mi gusto en este momento. Puedo sentir el calor que emana de su cuerpo, y me encuentro sudando a pesar del aire acondicionado.

Y entonces sucede. Mientras nos inclinamos sobre la pantalla, su aroma me golpea como una ola. Rosas y cítricos. Cierro los ojos por un segundo, inhalando profundamente. Mala idea. Muy mala idea.

Mi cuerpo reacciona instantáneamente. Siento cómo la sangre se agolpa en cierta parte de mi anatomía y, de repente, mis pantalones se vuelven incómodamente ajustados. Mierda, mierda, mierda. Intento pensar en algo, lo que sea, para distraerme. El papeleo pendiente, la reunión del ayuntamiento la próxima semana, incluso el horrible pastel de carne que hace mi tía Edna en Navidad. Nada funciona.

—¿Luke? ¿Estás bien? —pregunta Sofía, su voz llena de preocupación.

Abro los ojos de golpe, encontrándome con su mirada. Está tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos marrones. Trago saliva, intentando ignorar el nudo en mi garganta.

—Sí, solo... un poco cansado —miento, apartándome ligeramente—. Creo que es suficiente con las cámaras por ahora. Vamos a llamar a algunos testigos.

Sofía asiente, una expresión de curiosidad en su rostro. Por un momento, temo que haya notado mi... situación. Pero si lo ha hecho, no dice nada. En su lugar, me dedica una sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco. ¿Cómo puede una simple sonrisa tener tanto efecto en mí?

Los siguientes minutos son una tortura dulce. Interrogamos a varios testigos que pasan por la comisaría, gente que vive cerca de la propiedad de Madame Exótica o que estaba en la zona el día de la desaparición del pavo real. Y durante todo ese tiempo, no puedo dejar de ser consciente de la presencia de Sofía.

Está sentada en una esquina, tomando notas en su ordenador. El suave repiqueteo de sus dedos sobre el teclado se mezcla con el zumbido del ventilador y el ocasional crujido de la vieja silla de madera. De vez en cuando, levanta la vista y me pilla mirándola. Cada vez que esto sucede, me dedica una sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco.

Intento concentrarme en los testigos, en sus declaraciones, pero mi mente sigue desviándose hacia ella. Hacia la forma en que arruga la nariz cuando está pensando, hacia cómo juega distraídamente con un mechón de su pelo mientras escucha. Pequeños detalles que no debería estar notando, pero que parecen grabarse a fuego en mi memoria.

—Entonces, ¿dice que vio una furgoneta sospechosa cerca de la propiedad? —pregunto al último testigo, tratando desesperadamente de concentrarme en mi trabajo y no en la forma en que Sofía se muerde el labio mientras escribe.

—Sí, señor —responde el hombre, un granjero local llamado Bill que conozco desde hace años—. Era blanca, sin marcas. Nunca la había visto por aquí antes.

Asiento, tomando nota mental. Es la primera pista sólida que tenemos. Parte de mí se emociona ante la perspectiva de resolver el caso, de demostrar... ¿qué exactamente? ¿Que soy un buen *sheriff*? ¿Que puedo manejar casos más complicados que gatos atrapados en árboles y disputas por vallas?

—¿Recuerda algo más sobre la furgoneta? —pregunto, inclinándome hacia adelante—. ¿Algún detalle, por pequeño que sea?

Bill frunce el ceño, pensativo.

—Ahora que lo menciona... creo que tenía una abolladura en el lateral derecho. Como si hubiera golpeado algo.

—Eso es muy útil, Bill. Gracias por tu tiempo —digo, despidiéndolo con un apretón de manos.

Cuando la puerta se cierra tras Bill, me giro hacia Sofía. Está mirando su pantalla, el ceño fruncido en concentración. Un mechón de pelo se ha escapado de su coleta y cae sobre su mejilla. Tengo que contenerme para no acercarme y colocárselo detrás de la oreja. Imagino cómo se sentiría su piel bajo mis dedos, y tengo que sacudir la cabeza para alejar esos pensamientos.

—¿Qué opinas? —pregunto, mi voz más ronca de lo que me gustaría.

Sofía levanta la vista, sus ojos brillando con emoción. Se endereza en su silla, estirándose como un gato, y tengo que apartar la mirada para no quedarme embobado.

—Creo que tenemos algo, *sheriff* —dice, sonriendo—. La furgoneta blanca aparece en tres testimonios diferentes. Y ahora tenemos el detalle de la abolladura. Es una pista sólida.

Asiento, sorprendido y complacido por su agudeza. No es solo una cara bonita, me recuerdo. Es inteligente, observadora... y totalmente fuera de mi alcance.

—Buen trabajo —digo, y me sorprende al darme cuenta de que lo digo en serio—. ¿Lista para atrapar a unos ladrones de pavos reales?

Su sonrisa se ensancha, iluminando toda la habitación. O al menos, así me lo parece a mí.

—Siempre lista, *sheriff* —responde, cerrando su MacBook con un chasquido—. Aunque todavía no descarto mi teoría del espionaje aviar.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír.

—Mantengámonos en el mundo real por ahora, ¿de acuerdo?

—Aburrido —murmura, pero su sonrisa no flaquea.

Y a pesar de todo, a pesar de la tensión y la frustración y el deseo que amenaza con volverme loco, no puedo evitar sentirme... feliz. Emocionado. Como si estuviera al borde de algo grande, algo que va mucho más allá de un simple caso de pavo real robado.

Dios, estoy tan jodido. Pero mientras veo a Sofía recoger sus cosas, tarareando una canción que no reconozco, pienso que tal vez, solo tal vez, vale la pena estarlo.

CAPÍTULO 9

LUKE

El silencio de la noche se rompe con un crujido. Mis ojos se abren de golpe, el corazón latíendome con fuerza contra las costillas. Años de entrenamiento como *sheriff* me han enseñado a despertar al mínimo sonido fuera de lugar. Pero esto... esto es diferente.

Algo... no, alguien se está metiendo en mi cama.

La adrenalina corre por mis venas mientras mi mano busca instintivamente la pistola en la mesita de noche. Los segundos se estiran como chicle mientras mi mente intenta procesar lo que está pasando. ¿Un intruso? ¿Aquí, en Pine Ridge?

Pero antes de que mis dedos puedan rozar el metal frío del arma, un aroma familiar inunda mis sentidos, paralizándome por completo. Rosas y cítricos. Un perfume que he estado oliendo todo el día, que me ha estado volviendo loco desde hace semanas.

Sofía.

Por un momento, mi mente se queda en blanco, incapaz de procesar la situación. ¿Qué demonios está pasando? ¿Es esto un sueño? Porque si lo es, no estoy seguro de querer despertar. O quizás... Un escalofrío recorre mi espalda y, maldita sea, cierta parte de mi anatomía reacciona antes de que pueda controlarla. El calor se extiende por mi cuerpo como un incendio forestal, y de repente soy dolorosamente consciente de que solo llevo puestos unos calzoncillos.

Contengo la respiración, esperando... ¿qué exactamente? ¿Que hable? ¿Que me toque? Mi mente vuela a mil por hora, imaginando escenarios que harían sonrojar hasta al más experimentado escritor de novelas románticas.

Pero entonces la veo bien, a la tenue luz que se cuela por la ventana. La luna llena proyecta un suave resplandor plateado sobre su rostro, y puedo distinguir cada detalle. Sus ojos están cerrados, sus largas pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas. Su respiración es profunda y regular, sus labios ligeramente entreabiertos. Está... ¿dormida?

Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, Sofía se abraza a mí con fuerza, enterrando su rostro en mi pecho. Su cuerpo cálido se amolda al mío como si fuera una pieza de un puzle que no sabía que me faltaba. Puedo sentir cada curva, cada respiración, y juro que hasta puedo oír los latidos de su corazón.

Joder. Joder, joder, joder.

Me quedo paralizado, debatiéndome entre el deseo de abrazarla y no soltarla jamás, y el impulso de salir corriendo lo más lejos posible. Su pelo me hace cosquillas en la barbilla, y su respiración cálida contra mi piel desnuda está enviando señales contradictorias a mi cerebro y a... otras partes.

Cierro los ojos con fuerza, intentando controlar mi respiración, intentando pensar en cualquier cosa que no sea la mujer que tengo entre mis brazos. Papeleo. Multas de tráfico. Nada funciona. Cada pequeño movimiento de Sofía, cada suspiro, me devuelve a la realidad de nuestra situación.

Los minutos pasan, eternos y fugaces al mismo tiempo. Sofía murmura algo en sueños, palabras ininteligibles que envían vibraciones por todo mi cuerpo. Su mano se mueve, acariciando inconscientemente mi costado, y tengo que morder mi labio para no soltar un gemido.

Cuando creo que no puedo aguantar más, cuando el deseo y la confusión amenazan con consumirme por completo, me desenredo con cuidado de su abrazo y salgo de la cama. El aire frío de la habitación es un *shock* contra mi piel acalorada, pero lo agradezco. Necesito aire. Necesito pensar. Necesito... una ducha fría, probablemente.

Me paso una mano por el pelo, desordenándolo aún más. La imagen de Sofía en mi cama, su pelo extendido sobre mi almohada como un halo oscuro, es casi demasiado para soportar. Aparto la mirada, buscando algo, cualquier cosa en qué centrarme que no sea ella.

Mi mirada cae sobre el teléfono. Con manos temblorosas, lo agarro y marco el número de Megan. Son las tres de la mañana, me va a matar, pero necesito respuestas. Necesito saber que no me estoy volviendo loco.

Mientras espero que conteste, mi mirada vuelve inevitablemente a Sofía. Se ha movido en mi ausencia, abrazando mi almohada como si fuera un osito de peluche. La imagen me provoca una oleada de ternura que casi me ahoga.

—¿Luke? —la voz somnolienta de Megan suena al otro lado de la línea, sobresaltándome—. ¿Qué pasa? ¿Está todo bien?

—Eh... sí, más o menos —balbuceo, sin saber cómo explicar la situación sin sonar como un perverso—. Es sobre Sofía...

—Oh, Dios —Megan suena de repente muy despierta, y puedo imaginarla incorporándose en la cama—. ¿Ha vuelto a hacerlo?

—¿Volver a hacer qué exactamente? —pregunto, una mezcla de alivio y confusión en mi voz.

Y entonces Megan me lo explica, entre risas mal disimuladas que me hacen querer hundirme en el suelo. Sofía es sonámbula. Aparentemente, es algo que le pasa de vez en cuando, especialmente cuando está estresada o en un lugar nuevo.

—Normalmente se queda tranquila si la abrazas —dice Megan, y puedo oír la sonrisa en su voz—. Es muy mimosa cuando duerme.

Genial. Justo lo que necesitaba saber. Como si no tuviera ya suficientes problemas para mantener mis manos alejadas de ella cuando está despierta.

Le doy las gracias a Megan y cuelgo, sintiéndome como si el universo estuviera jugando una broma pesada conmigo. De todas las habitaciones en las que podría haber entrado Sofía, tenía que ser la mía. De todas las personas en Pine Ridge, tenía que ser yo quien descubriera su secreto nocturno.

Vuelvo a la habitación, donde Sofía sigue durmiendo plácidamente en mi cama, ajena al caos que ha desatado en mi interior. La luz de la luna juega con las sombras, creando patrones fascinantes sobre su piel. Se ve tan pacífica, tan vulnerable... tan hermosa que me duele el pecho.

Me quedo de pie junto a la cama, observándola. Un mechón de pelo cae sobre su rostro y, antes de darme cuenta, mi mano se mueve para apartarlo con suavidad. Su piel es suave bajo mis dedos callosos, y tengo que luchar contra el impulso de acariciar su mejilla.

Suspiro, derrotado. Sé que debería despertarla, llevarla a su habitación. Es lo correcto, lo profesional. Pero una parte de mí, una parte que creía enterrada hace mucho tiempo, anhela ese contacto, ese calor humano. Han pasado años desde que compartí mi cama con alguien, desde que me permití ser vulnerable.

«Solo me tumbaré un rato», me digo a mí mismo, sabiendo en el fondo que es una mentira. «Solo hasta que se tranquilice. No tiene por qué significar nada».

Con cuidado, me deslizo en la cama junto a ella. El colchón se hunde bajo mi peso, y contengo la respiración, temiendo despertarla. Pero Sofía ni siquiera se inmuta. En su lugar, como si sintiera mi presencia, se acurruca contra mí. Su brazo se enrosca alrededor de mi cintura y suelta un pequeño suspiro de satisfacción que hace que mi corazón dé un vuelco.

Me quedo rígido por un momento, luchando contra el impulso de abrazarla con fuerza. Pero poco a poco, el calor de su cuerpo, el ritmo suave de su respiración, comienzan a relajarme. El aroma de su champú, una mezcla de lavanda y algo dulce que no logro identificar, me envuelve como una manta.

No puedo recordar la última vez que alguien me abrazó así, con tanta confianza, con tanto... afecto. Incluso si es inconsciente, incluso si Sofía no tiene idea de lo que está haciendo, se siente bien. Se siente correcto.

Cierro los ojos, permitiéndome, solo por esta noche, disfrutar de la sensación. Mañana volveré a ser el *sheriff* serio y profesional. Mañana me preocuparé por las complicaciones, por lo que esto

significa, por lo que no puede ser. Mañana tendré que enfrentar la realidad de que Sofía es una visitante temporal en mi vida, que pronto volverá a su mundo de libros y grandes ciudades.

Pero por ahora, en la oscuridad de la noche, con Sofía en mis brazos, me permito soñar con posibilidades. Me permito imaginar un mundo donde esto no es un accidente, donde puedo despertarme cada mañana con ella a mi lado. Un mundo donde no soy solo el *sheriff* de un pequeño pueblo, sino alguien digno del amor de una mujer como ella.

Y antes de darme cuenta, el sueño me vence, llevándome a un lugar donde no hay barreras, donde no hay *sonámbulas* ni *sheriffs*, solo Sofía y yo. En mis últimos momentos de conciencia, aprieto ligeramente mi abrazo, acercándola más a mí. Y juro que, incluso dormida, Sofía sonrío.

SOFÍA

Mmm... qué bien se está así. Calentita, cómoda, envuelta en... ¿un abrazo? Espera, ¿qué?

La conciencia me llega poco a poco, como una niebla que se disipa lentamente. Estoy en ese dulce estado entre el sueño y la vigilia, donde todo parece posible y nada importa realmente. Me siento segura, protegida. El aroma a cuero y pino me envuelve, tan familiar y al mismo tiempo tan... ¿Luke?

Abro los ojos de golpe y me encuentro cara a cara con el pecho más esculpido que he visto en mi vida. Un pecho que conozco. Oh, Dios mío. Mi corazón empieza a latir tan fuerte que temo que Luke pueda oírlo.

Levanto la mirada lentamente, rezando para que sea un sueño. Pero no, ahí está Luke, profundamente dormido, con un brazo alrededor de mi cintura. Su rostro está relajado, sin el ceño fruncido que suele llevar durante el día. Se ve más joven así, casi vulnerable. Por un momento, me permito disfrutar de la vista, grabando cada detalle en mi memoria. Quién sabe, tal vez lo use en mi próxima novela.

El calor que siento ya no tiene nada que ver con las mantas. Es como si cada punto donde nuestros cuerpos se tocan estuviera en llamas.

—¡Luke! —exclamo finalmente, incorporándome de golpe, mi voz una mezcla de pánico y algo más que no quiero nombrar—. ¿Qué haces en mi cama?

Luke abre los ojos, confundido por un momento, y luego veo cómo la realización lo golpea. Se sienta rápidamente, pasándose una mano por el pelo revuelto. El movimiento hace que la sábana se deslice, revelando aún más de su torso, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para mantener mi mirada en su cara.

—Yo... —empieza, pero lo interrumpo. Si le dejo hablar, si le dejo explicarse, esto se volverá real. Y no estoy segura de estar preparada para eso.

—No es que me importe, ¿eh? —digo rápidamente, las palabras saliendo en tropel—. Pero sería más adecuado que lo preguntases primero y...

Me callo de repente cuando miro a mi alrededor. Esta no es mi habitación. Las paredes de madera oscura, los muebles robustos, el inconfundible toque masculino... Oh, no. Oh, no, no, no.

—Ay, Dios —murmuro, sintiendo cómo el rubor se extiende por mi cara. Debe estar del color de un tomate maduro ahora mismo—. Me he metido en tu cama, ¿verdad? Ay, Dios. Lo siento, Luke.

Salto de la cama como si estuviera en llamas, tropezando con mis propios pies en mi prisa por salir de allí. Necesito esconderme, quizás mudarme a otro estado. ¿Alaska estará lo suficientemente lejos? ¿La Antártida?

—¡Sofía! —la voz de Luke me detiene justo antes de salir. Suena... ¿divertido? No, imposible—. En veinte minutos abajo.

Me quedo paralizada un momento, procesando sus palabras. Bueno, si me está dando instrucciones, eso quiere decir que no está enfadado, ¿verdad? ¿Verdad? O tal vez solo está siendo

profesional. Dios, cómo odio esa palabra ahora mismo.

Asiento rápidamente, sin atreverme a mirarlo, y salgo disparada hacia mi habitación. Una vez allí, me apoyo contra la puerta cerrada, mi corazón latiendo como si hubiera corrido un maratón. ¿Qué demonios acaba de pasar?

El viaje en coche hacia la casa de Madame Exótica es... tenso, por decir lo menos. Miro por la ventana, inventando mil y una formas de disculparme que no me hagan sonar como una completa idiota. «Lo siento, soy sonámbula.» «No era mi intención invadir tu espacio personal.» «¿Podemos fingir que esto nunca pasó?»

El paisaje de Montana pasa borroso ante mis ojos, pero no veo nada realmente. Todo lo que puedo ver es la imagen de Luke durmiendo, su brazo alrededor de mi cintura. ¿Cómo se supone que voy a concentrarme en el caso después de eso?

—Luke, yo... —empiezo finalmente, reuniendo todo mi coraje.

—No pasa nada —me corta él, sin apartar la vista de la carretera. Su perfil es como el de una estatua griega, todo ángulos perfectos y determinación.

Y eso es todo. Tema zanjado, aparentemente. Genial. Maravilloso. Me hundo en el asiento, deseando que me trague la tierra. ¿Es posible morir de vergüenza? Porque creo que estoy a punto de averiguarlo.

El silencio en el coche es tan denso que casi puedo tocarlo. Me pregunto qué estará pensando Luke. ¿Estará tan incómodo como yo? ¿O para él es solo otro día en el trabajo, lidiar con escritoras de ciudad que no pueden quedarse en su propia cama?

Cuando llegamos a la propiedad de Madame Exótica, casi suspiro de alivio. Al fin, algo en lo que concentrarme que no sea mi vergüenza y la proximidad de Luke en este coche que de repente parece demasiado pequeño.

Luke se detiene en los bordes de la propiedad y sale del coche. Lo sigo, agradecida por el aire fresco. El viento juega con mi pelo, y respiro profundamente, intentando aclarar mi mente.

—Mira esto —dice Luke, señalando al suelo. Su voz es todo negocios ahora, el *sheriff* en acción.

Me acerco y veo unas marcas en la tierra. Parecen...

—¿Huellas de neumáticos? —pregunto, olvidando por un momento mi incomodidad ante el entusiasmo de un nuevo descubrimiento.

Luke asiente, su expresión seria.

—Coinciden con la descripción de la furgoneta que vieron los testigos.

Un escalofrío me recorre la espalda. De repente, esto se siente muy real. Ya no es solo una excusa para pasar tiempo con Luke o material para mi próxima novela. Hay un crimen real aquí, y estamos a punto de resolverlo.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto, sorprendida por la emoción en mi propia voz. A pesar de todo, no puedo negar que esto es emocionante.

Luke me mira, y por un momento veo un destello de... ¿diversión? ¿aprecio? en sus ojos. Sea lo que sea, hace que mi corazón dé un vuelco.

—Esta noche haremos guardia en la mansión —dice, su voz firme, pero con un toque de algo más, algo que no logro identificar—. Vuelve a casa y echa una siesta. Después de cenar, nos vamos juntos.

Mi corazón da otro vuelco, esta vez de puro pánico. ¿Una noche entera con Luke? En otras circunstancias, estaría encantada. Pero después de lo de esta mañana...

—¿Estás seguro? —pregunto, odiando lo insegura que suena mi voz—. Quiero decir, después de lo de...

—Sofía —me interrumpe, su voz suave pero firme—. Está bien. Somos profesionales, ¿recuerdas?

Asiento, ignorando la punzada de decepción que siento al oír la palabra «profesionales». Claro, profesionales. Porque los profesionales siempre se despiertan abrazados, ¿verdad?

—Claro, por supuesto. Profesionales —repito, intentando sonar convencida.

Mientras volvemos al coche, no puedo evitar pensar en la noche que nos espera. Una noche entera con Luke, en una mansión llena de animales exóticos, buscando a unos ladrones de pavos reales. Si alguien me hubiera dicho hace un mes que estaría en esta situación, me habría reído en su cara.

Mi vida se ha vuelto oficialmente una locura. Y lo peor es que no querría que fuera de otra manera. Porque a pesar de la vergüenza, a pesar de la incomodidad, a pesar de todo... nunca me había sentido tan viva.

Miro a Luke de reojo mientras arranca el coche. Su perfil es serio, concentrado, pero hay una tensión en sus hombros que no estaba allí antes. Me pregunto si él también está pensando en la noche que nos espera.

Una cosa es segura: pase lo que pase esta noche, va a ser material de primera para mi próxima novela. Y quién sabe, tal vez, solo tal vez, también sea el comienzo de algo más.

CAPÍTULO 10

SOFÍA

Luke me deja en el rancho con instrucciones claras: descansar antes de nuestra guardia nocturna. Pero en cuanto su coche patrulla desaparece en la distancia, mi cerebro empieza a dar vueltas. ¿Descansar? ¿Cómo se supone que voy a descansar después de todo lo que ha pasado?

Antes de darme cuenta, mis pies me llevan hacia el establo. Necesito hablar con alguien o voy a explotar, y ese alguien tiene que ser Megan.

La encuentro inclinada sobre un pequeño bulto de pelo, murmurando palabras suaves. Al acercarme, veo que es un cabrito recién nacido, todo patas largas y ojos enormes.

—¡Sofía! —exclama Megan al verme, una sonrisa pícara en su rostro—. Pensé que estarías escondida en tu habitación después de tu pequeña aventura nocturna.

Me dejo caer en un montón de heno cercano, soltando un gemido.

—Oh, Dios mío, ¿Luke te lo contó?

Megan asiente, su sonrisa ahora una mezcla de diversión y simpatía.

—Me llamó completamente en pánico. Creo que temía que te hubieras hecho daño o algo así.

Hundo mi cara entre mis manos, sintiendo cómo el rubor se extiende hasta la punta de mis orejas.

—No puedo creer que esto esté pasando.

Megan se encoge de hombros, acariciando al cabrito para calmarlo.

—Luke parecía mucho más preocupado que molesto. No le des vueltas.

Gimo, dejándome caer hacia atrás en el heno. El olor a hierba seca y animales llena mis fosas nasales, extrañamente reconfortante.

—¿Y qué pasó exactamente? —pregunta Megan—. Luke no entró en detalles, solo dijo que te habías metido en su cama dormida.

Le cuento todo: cómo me desperté en sus brazos, mi huida vergonzosa, el incómodo viaje en coche. Con cada palabra, siento que un peso se levanta de mis hombros.

—Y ahora... —dudo por un momento, pero decido contárselo. Necesito compartir esto con alguien—. Ahora tenemos que pasar toda la noche juntos, vigilando la mansión de Madame Exótica.

Los ojos de Megan se abren como platos.

—¿Qué? ¿Una noche entera? ¿Tú y Luke? Oh, cariño, eso sí que es interesante.

No puedo evitar reír ante su reacción.

—Lo sé, ¿verdad? Si esto me hubiera pasado hace un mes, ya estaría planeando el argumento de mi próxima novela. Pero ahora no soy capaz de escribir ni media palabra.

—Vaya, eso sí que es material para uno de tus libros —dice Megan, meneando la cabeza con una sonrisa.

No puedo evitar reír. Tiene razón, por supuesto.

—Hablando de novelas románticas —digo, cambiando de tema—, ¿cómo van los preparativos de la boda?

El rostro de Megan se ilumina al instante. Durante la siguiente hora, hablamos de vestidos, flores y pasteles. Es un alivio pensar en algo que no sea Luke y nuestra inminente noche juntos.

Pero a medida que el sol comienza a descender, siento que los nervios vuelven a apoderarse de mí.

—Megan —digo finalmente—, ¿crees que...? —Me detengo, sin saber cómo expresar lo que siento.

Megan me mira, sus ojos llenos de comprensión.

—¿Que si creo que Luke siente algo por ti? —termina por mí.

Asiento, sintiendo cómo el rubor vuelve a mis mejillas.

—Cariño, he visto cómo te mira —dice Megan con una sonrisa suave.

Sus palabras hacen que mi corazón dé un vuelco. ¿Podría ser cierto?

—Pero recuerda —añade Megan—, Luke es... complicado. Ha pasado por mucho. Dale tiempo.

Asiento, agradecida por su consejo. Me levanto, sacudiéndome el heno de la ropa.

—Gracias, Megan. No sé qué haría sin ti.

—Probablemente meterte en la cama de más *sheriffs* —bromea, guiñándome un ojo.

Río, sintiéndome más ligera de lo que me he sentido en todo el día.

De vuelta en mi habitación, intento dormir un poco antes de la cena. Pero cada vez que cierro los ojos, veo el rostro de Luke. La forma en que me miró esta mañana, una mezcla de sorpresa y algo más... algo que no me atrevo a nombrar.

Mi estómago es un nudo de nervios y anticipación. La idea de pasar la noche con Luke me emociona y me aterra a partes iguales. ¿Qué pasará? ¿Podremos mantener las cosas profesionales? ¿Quiero siquiera que sean profesionales?

Mientras el sol se pone, tiñendo el cielo de Montana de tonos rosados y dorados, me permito soñar. Soñar con un futuro donde despertarme en los brazos de Luke no sea un accidente, sino una elección. Un futuro donde *profesional* sea la última palabra que usaríamos para describirnos. Pero luego me regaño a mí misma. No he venido a Montana para eso. Tengo una novela que escribir. Eso es lo más importante.

Con esos pensamientos, cierro los ojos, esperando que el sueño llegue. Después de todo, necesito estar descansada para nuestra noche de vigilancia. Quién sabe qué puede pasar en la oscuridad de la noche, rodeados de animales exóticos y el misterio de un pavo real desaparecido.

Una cosa es segura: pase lo que pase esta noche, será una aventura. Y si hay algo que a Sofía Vega le encanta, son las aventuras.

LUKE

El sol se está poniendo cuando llego a casa para la cena, tiñendo el cielo de Montana con tonos anaranjados y púrpuras. Normalmente, esta vista me llenaría de paz, pero hoy... hoy mi mente es un torbellino de pensamientos y emociones que no logro descifrar.

Apenas pongo un pie en el porche, las carcajadas de Ethan me reciben como un puñetazo en el estómago. Mi hermano está sentado en su silla favorita, una cerveza en la mano y esa sonrisa burlona que conozco demasiado bien en su rostro.

—Vaya, vaya, hermanito —dice, sus ojos brillando con diversión—. Parece que has encontrado a tu propia chica de ciudad.

Intento ignorarlo, pasando de largo hacia la cocina. Necesito algo fuerte antes de enfrentarme a esta conversación.

—Cierra la boca, Ethan —gruño, abriendo la nevera y sacando una cerveza.

Pero Ethan, como siempre, no sabe cuándo parar.

—Oh, vamos —continúa, siguiéndome a la cocina—. Será un auténtico placer verte caer. ¿Quién lo hubiera pensado? El duro *sheriff* Luke Blackwood, derretido por una escritora de Nueva York.

Me giro para enfrentarlo, la irritación bullendo en mi interior.

—Vete a la mierda —espeto, pero sus palabras hacen mella en mí. ¿Tiene razón? ¿Estoy cayendo? No es la primera vez que me hago esa misma pregunta.

La sonrisa de Ethan se suaviza un poco, y veo un destello de genuina preocupación en sus ojos.

—Luke, en serio. Ten cuidado, ¿vale? No quiero verte herido.

Suspiro, la ira desvaneciéndose tan rápido como llegó. Sé que Ethan solo se preocupa por mí, a su manera retorcida.

—Lo sé, lo sé —murmuro, pasándome una mano por el pelo—. Es solo... es complicado.

Ethan asiente, dándome una palmada en el hombro.

—Las mejores cosas siempre lo son, hermanito.

Con esas palabras, me deja solo con mis pensamientos, que inevitablemente vuelven a Sofía. ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo se haya metido tan dentro de mí?

Las horas pasan lentamente hasta que llega el momento de la vigilancia nocturna. Cuando Sofía se monta en el coche, mi corazón da un vuelco. Está preciosa, con el pelo recogido en una coleta descuidada y esa sonrisa que ilumina toda su cara.

—¿Listo para atrapar a unos ladrones de pavos reales, *sheriff*? —bromea mientras se sube al coche.

No puedo evitar sonreír.

—Siempre listo, señorita Vega.

La vigilancia es una tortura dulce. Sofía está brillante, sus comentarios inteligentes y divertidos me hacen reír más de lo que he reído en años. Observa cada detalle, formula teorías que nunca se me habrían ocurrido. Me sorprende pensando que sería una excelente detective.

Pero cada sonrisa, cada roce accidental cuando me pasa el termo de café, envía oleadas de calor por todo mi cuerpo. Su perfume llena el coche patrulla, una mezcla embriagadora de rosas y cítricos que me vuelve loco. Me encuentro robando miradas cuando cree que no estoy mirando, memorizando la curva de su cuello, la forma en que se muerde el labio cuando está pensando.

—Luke, mira —susurra en un momento, señalando unos arbustos.

Me inclino hacia ella para ver mejor, y su cercanía me golpea como una ola. Puedo sentir el calor de su cuerpo, oír su respiración suave. Por un momento, me olvido de la vigilancia, de los ladrones, de todo excepto de ella.

—¿Luke? —su voz me devuelve a la realidad—. ¿Has visto eso?

Parpadeo, tratando de concentrarme.

—Sí, sí... probablemente solo un animal.

Sofía me mira con una ceja arqueada, claramente no convencida por mi respuesta. Pero no dice nada más, volviendo su atención a la mansión.

Las horas pasan así, en una mezcla de conversación ligera, silencios cómodos y una tensión subyacente que amenaza con volverme loco. Para cuando llegamos a casa, estoy al borde. Necesito una ducha. Una muy, muy fría.

—Buenas noches, Luke —dice Sofía al despedirse, su voz suave en la quietud de la noche—. Ha sido... interesante.

—Buenas noches, Sofía —respondo, mi voz más ronca de lo que me gustaría.

La veo entrar en la casa y me quedo un momento en el porche, respirando profundamente. El aire fresco de la noche no hace nada para calmar el fuego que arde dentro de mí.

Finalmente, entro y me dirijo directamente al baño. El agua helada golpea mi piel, pero no hace nada para calmar mis pensamientos. Cierro los ojos y su imagen aparece, tan vivida que casi puedo tocarla. Su sonrisa, sus ojos, la forma en que pronuncia mi nombre...

Gimo, apoyando la frente contra los azulejos fríos. Esto está mal. Es poco profesional. Pero no puedo evitarlo. Mi cuerpo tiene otras ideas y, antes de darme cuenta, mi mano se desliza hacia abajo. Mi polla ya está dura cuando la meto en mi puño. La cercanía de Sofía durante toda la noche ha sido una tortura. Me masturbo con fuerza pensando en su olor, en la dulce curva de su cuello y en esos labios de pecado en los que me gustaría deslizarme. Y con eso he acabado. Chorros de esperma golpean contra los azulejos mientras un placer indescriptible me recorre todo el cuerpo.

Sofía es mi perdición. Ahora estoy absolutamente seguro, o lo que es peor. Lo supe desde la primera vez que la vi.

Minutos después, jadeando y con el corazón acelerado, me siento aún más frustrado que antes. Porque sé que ninguna ducha fría, ningún alivio temporal, puede borrar lo que siento por Sofía.

Me miro en el espejo empañado, gotas de agua aun cayendo por mi rostro. ¿Quién es este

hombre que me devuelve la mirada? ¿Dónde está el *sheriff* duro e imperturbable que solía ser?

Las palabras de Ethan resuenan en mi mente. Tiene razón. Estoy cayendo. Y lo peor es que no sé cómo detenerlo. O si quiero hacerlo.

Me visto lentamente, cada movimiento un recordatorio de la tensión que aún siento. Cuando finalmente me acuesto, sé que el sueño tardará en llegar. Mi mente no deja de reproducir cada momento de la noche, cada sonrisa de Sofía, cada palabra.

Mañana, me digo. Mañana volveré a ser el profesional que debo ser. Mantendré las distancias, me centraré en el caso. Pero en lo profundo de mi corazón, sé que es una batalla perdida.

Porque Sofía Vega no es solo una distracción temporal. Es un huracán que ha entrado en mi vida, revolviendo todo lo que creía saber sobre mí mismo. Y aunque me asusta, una parte de mí anhela ver dónde nos llevará esta tormenta.

Con ese pensamiento, cierro los ojos, dejando que el sueño me lleve. Y si en mis sueños veo un par de ojos marrones y una sonrisa que ilumina la noche, bueno... eso es algo entre yo y la luna que brilla sobre Montana.

CAPÍTULO 11

SOFÍA

Me despierto con el sonido de los gallos cantando y el olor a café recién hecho. Por un momento, me quedo desorientada, preguntándome dónde estoy. Entonces, los recuerdos de la noche anterior me golpean como una avalancha. Luke. La vigilancia. Esa tensión eléctrica entre nosotros que casi podía tocar.

Sacudo la cabeza, intentando despejarme. No puedo permitirme pensar así. Soy una profesional, ¿verdad? Estoy aquí para escribir un libro, no para enamorarme de un *sheriff* de pueblo.

Me visto rápidamente y bajo las escaleras, encontrándome con Luke en la cocina. Está de espaldas a mí, preparando el desayuno. La vista de sus anchos hombros y su trasero bien formado en esos pantalones caquis ajustados hace que mi boca se seque. ¿Cómo puede alguien verse tan bien a estas horas de la mañana?

—Buenos días —digo, mi voz un poco ronca por el sueño.

Luke se gira, y por un momento, juraría que veo un destello de algo en sus ojos. ¿Deseo? ¿Sorpresa? Pero desaparece tan rápido que me pregunto si lo he imaginado.

—Buenos días, Sofía —responde, su voz profunda enviando escalofríos por mi columna—. ¿Café?

Asiento agradecida, aceptando la taza que me ofrece. Nuestros dedos se rozan por un instante, y siento como si una corriente eléctrica me recorriera el cuerpo.

—Escucha —dice Luke, rascándose la nuca en un gesto que he aprendido a reconocer como de incomodidad—. Sobre hoy... Quizás deberías tomarte el día libre. Anoche estuvimos hasta tarde con la vigilancia y...

Me tenso al instante. ¿Está intentando librarse de mí?

—Ni hablar —le corto, quizás con más brusquedad de la necesaria—. Estoy perfectamente descansada y lista para otro día de investigación.

Luke parece querer decir algo más, pero finalmente asiente.

—Como quieras —murmura, y juraría que hay un toque de resignación en su voz.

El viaje hasta la comisaría es silencioso, cargado de una tensión que no sé cómo interpretar. Cuando llegamos, la mañana resulta ser sorprendentemente aburrida. No hay llamadas, ni emergencias, ni siquiera un gato atrapado en un árbol.

—Bueno —dice Luke después de un rato—. Ya que estás aquí, ¿por qué no aprovechas para trabajar en tu libro? Yo tengo que ponerme al día con unos informes atrasados.

Asiento, agradecida por la sugerencia. Saco mi portátil y me pongo a escribir. Sin embargo, no puedo evitar levantar la vista de vez en cuando, observando a Luke mientras trabaja. La forma en que frunce el ceño cuando se concentra, cómo se muerde el labio cuando está pensando...

De repente, la puerta se abre y entra Olivia, la secretaria de Luke. Es guapa, con un cuerpo de infarto y una sonrisa deslumbrante que dirige exclusivamente a Luke.

—*Sheriff* —ronronea, inclinándose sobre su escritorio más de lo estrictamente necesario—. Le traigo los informes que me pidió.

Siento una punzada de... ¿qué? ¿Celos? No, imposible. No tengo derecho a sentirme celosa. Luke y yo no somos nada. Nada más que... ¿qué? ¿Compañeros de investigación? ¿Amigos?

Vuelvo a mi escritura, intentando ignorar la forma en que Olivia se ríe de algo que Luke ha dicho. Me sumerjo en mi historia, dejando que las palabras fluyan. Estoy describiendo al nuevo interés romántico de mi protagonista cuando me doy cuenta de algo que me hace soltar una carcajada.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta Luke, mirándome con curiosidad.

Niego con la cabeza, incapaz de explicarle que acabo de darme cuenta de que he estado describiendo a un vaquero alto, de ojos verdes y mandíbula fuerte. Un vaquero que se parece sospechosamente a él.

—Nada, nada —consigo decir entre risas—. Cosas de escritores.

Luke me mira con una mezcla de diversión y confusión, pero no insiste.

La mañana avanza lentamente. Olivia entra y sale del despacho de Luke con cualquier excusa, y cada vez que lo hace, siento esa punzada en el estómago que me niego a reconocer como celos.

Justo cuando estoy considerando inventarme una excusa para irme a casa, llega un paquete para Luke. Es grande y pesado, y Luke lo mira con una expresión extraña antes de encerrarse en su despacho con él.

La curiosidad me carcome. ¿Qué puede ser? ¿Por qué tanto misterio?

Cuando Luke sale al baño, no puedo resistirme. Me cuelo en su despacho, sabiendo que lo que estoy haciendo está mal, pero incapaz de detenerme.

Y entonces lo veo. Sobre su escritorio, parcialmente desenvuelto, hay una colección completa de mis libros. Todos y cada uno de ellos.

Salgo del despacho tan rápido como puedo, el corazón latiéndome a mil por hora. ¿Luke ha pedido mis libros? ¿Todos ellos? ¿Por qué?

Paso el resto del día fingiendo trabajar, pero en realidad estoy perdida en mis pensamientos. Cada vez que miro a Luke, no puedo evitar sonreír como una idiota.

Quizás, solo quizás, no soy la única que está sintiendo algo aquí. Y esa idea, esa pequeña posibilidad, me llena de una emoción que no me atrevo a nombrar.

Cuando llega la hora de irnos, Luke me mira con una expresión indescifrable.

—¿Lista para otra noche de vigilancia? —pregunta, y hay algo en su voz, una promesa velada que hace que mi corazón se acelere.

—Siempre —respondo, y mi sonrisa debe ser tan brillante como la suya.

Mientras salimos de la comisaría, no puedo evitar pensar que tal vez, solo tal vez, vine a Montana buscando inspiración para mi libro, pero podría haber encontrado mucho más que eso.

LUKE

Los días pasan con una tranquilidad inusual en Pine Ridge. Normalmente, me quejaría de la falta de acción, pero ahora... ahora agradezco cada minuto de calma. Porque cada minuto libre es un minuto que puedo pasar sumergido en el mundo de Sofía Vega.

Sus libros... joder, sus libros son como ella: brillantes, divertidos, intensos. Me paso las noches en vela, devorando página tras página, incapaz de parar. Y con cada palabra, con cada frase, siento que la conozco un poco más.

¿Cómo puede decir que no sabe lo que es estar enamorada? Sus personajes aman con una intensidad que me deja sin aliento. La forma en que describe el amor, el deseo, la pasión... me hace sentir cosas que creía olvidadas. O quizás, cosas que nunca antes había sentido.

Esta mañana, mientras leía uno de sus libros escondido en mi despacho (porque sí, soy tan patético que me escondo para leer novelas románticas), me encontré riendo a carcajadas con una escena particularmente divertida. Y luego, sin previo aviso, la misma escena me hizo sentir un nudo en la garganta. ¿Cómo lo hace? ¿Cómo puede pasar de la comedia al drama con tanta facilidad?

—¿Luke? —la voz de Sofía me sobresalta, haciéndome cerrar el libro de golpe—. ¿Estás bien? Te he oído reír desde fuera.

—Sí, sí —respondo, quizás demasiado rápido—. Solo... recordaba algo gracioso.

Sofía me mira con esa sonrisa suya, esa que parece decir que sabe exactamente lo que estoy pensando. A veces me pregunto si puede leerme la mente. Dios, espero que no.

—Oye —dice, cambiando de tema—, ¿qué te parece si hoy comemos aquí en el suelo de tu

oficina? He traído comida para llevar. Podemos poner los jerséis y sentarnos cómodamente.

La miro con escepticismo.

—¿Comer en la oficina? ¿En el suelo?

—¡Exacto! —exclama, sus ojos brillando con entusiasmo—. Vamos, Luke, no pasará nada por hacer algo diferente por una vez.

Quiero decirle que no, que soy el *sheriff* y que tengo una imagen que mantener. Pero esa sonrisa... ¿cómo negarle algo cuando me mira así?

—Está bien —gruño, fingiendo molestia—. Pero si alguien entra...

—Sí, sí, diremos que fue idea mía —termina por mí, rodando los ojos—. Relájate, *sheriff*. Te prometo que sobrevivirás a comer en el suelo.

Y así es como me encuentro, media hora después, sentado en el suelo de mi oficina, con una caja de comida china en una mano y unos palillos en la otra. Sofía está frente a mí, contándome una anécdota sobre su última gira de libros, y no puedo evitar pensar en lo natural que se siente todo esto.

—... y entonces el tipo se levanta y dice: «Pero si yo creía que esto era una charla sobre jardinería!» —termina Sofía, riendo.

Me uno a su risa, maravillado por cómo puede hacer que hasta la historia más simple suene fascinante. Es entonces cuando me doy cuenta de que tengo que decírselo. Tengo que decirle lo mucho que me gustan sus libros, lo mucho que me gusta...

—Sofía —empiezo, mi voz más grave de lo que pretendía—. Yo...

Ella me mira, expectante, y de repente todas las palabras se evaporan de mi mente. ¿Cómo puedo decirle lo que siento? ¿Cómo puedo explicarle que sus libros me han hecho sentir más en unos días que cualquier otra cosa en años?

—Tú... —me anima, inclinándose hacia mí.

Trago saliva, buscando las palabras adecuadas.

—Yo... creo que se nos está enfriando la comida —termino diciendo, sintiéndome como el mayor idiota del mundo.

Sofía parpadea, sorprendida, y por un momento creo ver un destello de decepción en sus ojos. Pero luego sonrío, esa sonrisa que ilumina toda la habitación, y asiente.

—Tienes razón. Será mejor que nos demos prisa antes de que se enfríe del todo.

Mientras seguimos comiendo, charlando de todo y nada, no puedo evitar pensar en lo cerca que he estado de decirle la verdad. De decirle que sus libros son maravillosos, que ella es maravillosa. Que me está haciendo sentir cosas que creía imposibles.

Pero no lo hago. Porque soy un cobarde. Porque tengo miedo. Miedo de que, si le digo lo que siento, todo esto, sea lo que sea, se desvanezca como un espejismo en el desierto.

Así que me quedo callado, disfrutando de su compañía, de su risa, de la forma en que sus ojos brillan cuando habla de algo que le apasiona. Y me prometo a mí mismo que algún día, cuando sea lo suficientemente valiente, le diré todo lo que significa para mí.

Algún día. Pero no hoy.

CAPÍTULO 12

SOFÍA

El sol de la tarde cae sobre Pine Ridge mientras recorremos las calles del pueblo en la camioneta de Luke. Voy sentada a su lado, parloteando sobre mi última idea para el libro. No puedo evitar fijarme en cómo me mira de reojo, fingiendo estar concentrado en la carretera. Mi corazón da un vuelco cada vez que nuestras miradas se cruzan. Dios, Sofía, contrólate, me digo a mí misma. Eres una profesional, ¿recuerdas?

De repente, el móvil de Luke suena, interrumpiendo mi charla.

—*Sheriff* Blackwood —contesta Luke, su voz adoptando ese tono profesional que me hace sentir cosas que no debería.

Veo cómo su expresión cambia, sus cejas frunciéndose en una mueca de confusión.

—Sí, Scarlett, entiendo. Vamos para allá inmediatamente.

Cuelga y me mira, sus ojos verdes llenos de perplejidad.

—Han robado la alpaca de Madame Exótica —dice, como si no pudiera creer las palabras que están saliendo de su boca.

—¿Su qué? —pregunto, segura de haber oído mal.

—Su alpaca —repite Luke, girando bruscamente en la siguiente esquina—. Al parecer, alguien se ha colado en su propiedad y se ha llevado a su alpaca mascota.

Suelto una risita nerviosa.

—Vale, esto es oficialmente lo más raro que he oído en mi vida. Y eso que escribo ficción para vivir.

Veinte minutos después, estamos frente a la mansión de Madame Exótica.

—Esto es... interesante —murmuro, incapaz de apartar la vista de la estatua de un unicornio a tamaño real que adorna el jardín delantero y que tiene que ser nueva. No creo que en la visita anterior la pasase por alto.

Luke toca el timbre, que suena como el canto de un pavo real. Porque por supuesto que sí.

La puerta se abre y ante nosotros aparece Madame Exótica vestida con lo que parece ser un kimono cubierto de lentejuelas.

—Oh, *sheriff*, gracias a Dios que está aquí —exclama, su voz cargada de preocupación—. Mi pobre Fluffy ha desaparecido.

—¿Fluffy? —pregunto, arqueando una ceja.

—Mi alpaca, querida —responde Madame Exótica, como si fuera lo más normal del mundo tener una alpaca llamada Fluffy—. Vengan, vengan, les mostraré dónde la vi por última vez.

Nos conduce por la casa, y con cada paso, las cosas se vuelven más extrañas. Cada vez que visitamos la casa y vemos más partes, menos entiendo. Todo en esta casa es... extraño. Pasamos junto a una vitrina llena de lo que parecen ser huevos de dinosaurio, una habitación dedicada enteramente a sombreros de copa, y un acuario del tamaño de una pared donde nadan... ¿son esos peces payaso con pelucas?

Luke y yo intercambiamos miradas de perplejidad. Mi mente de escritora está en el séptimo cielo, absorbiendo cada detalle con avidez. Oh, las historias que podría escribir sobre este lugar...

—Y aquí es donde vi a mi querida Fluffy por última vez —dice Madame Exótica, señalando un patio trasero que parece sacado de una película de Tim Burton.

—Scarlett —comienza Luke, sacando su libreta—, ¿puede decirnos exactamente cuándo notó la desaparición de... eh... Fluffy?

—Oh, fue horrible —responde ella, llevándose una mano dramáticamente a la frente—. Salí esta mañana a darle su baño de burbujas semanal y ya no estaba.

—¿Baño de burbujas? —murmuro, ganándome una mirada de advertencia de Luke.

Mientras Luke continúa con sus preguntas, no puedo evitar fijarme en los detalles de la casa. Hay algo que no cuadra. Entre toda la extravagancia y el caos, noto cosas fuera de lugar. Un maletín de aspecto caro junto a la puerta. Unos planos enrollados asomando de detrás de un sofá. Y juraría que he visto un arma escondida entre los cojines de un sillón. ¿O estoy teniendo alucinaciones?

—Señora —interrumpo, incapaz de contenerme—, ¿a qué se dedica exactamente?

Ella me mira, y por un segundo, veo algo en sus ojos. ¿Sorpresa? ¿Cautela?

—Oh, querida, soy una coleccionista —responde con una sonrisa que no llega a sus ojos—. Colecciono experiencias, objetos raros, momentos únicos —explica de forma vaga dejando claro que mi pregunta no le ha hecho ninguna gracia.

Luke termina de tomar notas y nos dirigimos hacia la salida. Justo antes de cruzar la puerta, Madame Exótica nos detiene.

—Por cierto, *sheriff* —dice, su voz de repente más seria—, si ve algo... inusual durante su investigación, le agradecería que fuera discreto. Hay ciertos aspectos de mi vida que prefiero mantener en privado.

Luke asiente, aunque puedo ver la confusión en su rostro.

Ya en la camioneta, los dos guardamos silencio por un momento, procesando lo que acabamos de ver.

—Vale —digo finalmente—, ¿soy yo o esa mujer tiene algo que ocultar?

Luke suspira, pasándose una mano por el pelo en ese gesto que he aprendido a reconocer como señal de que está preocupado.

—Lo sé. Vi las mismas cosas que tú. Pero sin pruebas concretas, no podemos hacer nada.

—¿Y si el robo de la alpaca es solo una distracción? —sugiero, sintiendo cómo las ideas empiezan a formarse en mi mente—. ¿Y si Madame Exótica está usando esto para desviar nuestra atención de algo más grande?

Nos miramos, la misma pregunta reflejada en nuestros ojos: ¿Quién es realmente Madame Exótica? ¿Y qué demonios está pasando en Pine Ridge?

Mientras Luke arranca la camioneta para dar una vuelta por el terreno de la mansión, no puedo evitar pensar que esto es mucho más grande que unos animales desaparecidos. Y algo me dice que estamos a punto de meternos en algo que podría cambiar nuestras vidas para siempre.

Miro a Luke de reojo, observando su perfil fuerte y decidido. Por un momento, me permito imaginar cómo sería enfrentarnos juntos a este misterio, no solo como *sheriff* y escritora, sino como algo más. El pensamiento me hace sonrojar y vuelvo rápidamente mi atención a la carretera.

Sea lo que sea que esté pasando, una cosa es segura: Pine Ridge acaba de volverse mucho más interesante de lo que jamás imaginé. Y yo, Sofía Vega, estoy lista para sumergirme de cabeza en esta aventura.

LUKE

El sol ya se está poniendo cuando finalmente encontramos algo. Sofía y yo hemos estado peinando la propiedad de Madame Exótica durante horas, buscando cualquier pista sobre la desaparición de Fluffy, la alpaca. Y justo cuando estaba a punto de darme por vencido, lo veo.

—Sofía, ven a ver esto —la llamo, agachándome para examinar mejor el suelo cerca de la valla trasera.

Ella se acerca, su pelo oscuro rozando mi hombro cuando se inclina junto a mí. Intento ignorar el escalofrío que me recorre la espalda ante su cercanía.

—¿Qué has encontrado? —pregunta, sus ojos brillando con curiosidad.

—Mira —señalo unas marcas en el suelo y en la valla—. Parece que alguien ha estado saltando la valla. Y mira esto —le muestro unos trozos de pelo que he encontrado enganchados en un clavo

suelto—. Apuesto a que esto es pelo de alpaca.

Sofía frunce el ceño, pensativa.

—¿Crees que alguien está ayudando a los animales a escapar?

Asiento lentamente.

—Eso parece. La cuestión es, ¿por qué?

El viaje de vuelta a casa es silencioso, ambos perdidos en nuestros pensamientos. Cuando llegamos, la abuela Rose nos recibe en la puerta.

—¿Qué tal el día, chicos? —pregunta, sus ojos astutos moviéndose de Sofía a mí.

—Interesante —respondo vagamente—. Vamos a preparar la cena, abuela. Tú siéntate y descansa.

En la cocina, Sofía y yo caemos en una rutina sorprendentemente cómoda. Ella corta las verduras mientras yo me encargo de la carne, nuestros movimientos sincronizados como si hubiéramos estado cocinando juntos durante años.

—Entonces —dice Sofía, mientras pica un tomate—, ¿qué crees que está pasando realmente con Madame Exótica?

Me encojo de hombros, dando la vuelta a la carne en la sartén.

—No lo sé. Pero hay algo raro en todo esto. ¿Por qué alguien querría liberar a sus animales?

—Tal vez no son realmente suyos —sugiere Sofía, y me giro para mirarla. Tiene esa expresión que pone cuando está tramando algo, y no puedo evitar pensar en lo hermosa que se ve así, con los ojos brillantes y una sonrisa jugando en sus labios.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, tratando de concentrarme en la conversación y no en la forma en que la luz de la cocina juega con su pelo.

—Piénsalo —dice, gesticulando con el cuchillo—. ¿Y si Madame Exótica está involucrada en algo ilegal? ¿Tráfico de animales exóticos, tal vez?

La idea me golpea como un rayo. Es una locura, pero... tiene sentido.

—Eso explicaría muchas cosas —murmuro, recordando los detalles extraños que vimos en su casa—. El maletín, los planos, el arma escondida...

—Exacto —asiente Sofía, su sonrisa ensanchándose. Dios, tiene la sonrisa más preciosa del mundo—. Y si alguien lo descubrió, podría estar intentando liberar a los animales.

Nos pasamos el resto de la cena discutiendo teorías, cada una más loca que la anterior. La abuela Rose nos escucha con una sonrisa divertida, añadiendo de vez en cuando sus propias ideas extravagantes.

Cuando finalmente terminamos de comer, Sofía se levanta, estirándose como un gato.

—Bueno, creo que me voy a la cama —anuncia—. Mañana será un día largo si vamos a desentrañar este misterio.

La veo alejarse, incapaz de apartar la mirada de la forma en que se mueve, grácil y segura. Cuando desaparece escaleras arriba, suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

—Vaya, vaya —la voz de la abuela me sobresalta—. Menuda química tienes con esa chica, Luke.

Me giro hacia ella, sintiendo cómo el calor sube por mi cuello.

—No sé de qué hablas, abuela.

Ella suelta una carcajada, sus ojos brillando con picardía.

—Oh, por favor. Os he visto cocinar juntos. Parecíais una pareja de recién casados.

—Abuela... —empiezo, pero ella me interrumpe.

—Luke Blackwood, ¿vas a esperar a que me muera para hacer algo al respecto?

La miro boquiabierto, sin saber qué decir.

—Yo... no es tan simple, abuela.

Ella se levanta, dándome una palmadita en el brazo al pasar.

—El amor nunca lo es, cariño. Pero vale la pena arriesgarse.

Y con eso, me deja solo en la cocina, rodeado de platos sucios y pensamientos confusos.

Miro hacia las escaleras, pensando en Sofía durmiendo arriba. En su sonrisa, en la forma en que su mente siempre está trabajando, en cómo hace que todo sea más brillante solo con estar cerca.

Tal vez la abuela tiene razón. Tal vez es hora de dejar de ser el duro sheriff Luke Blackwood y arriesgarme por una vez. Aunque esté seguro de que cuando regrese a Nueva York me va a romper el puto corazón.

Pero primero, tenemos un misterio que resolver. Y algo me dice que las cosas están a punto de ponerse muy, muy interesantes en Pine Ridge.

CAPÍTULO 13

LUKE

El reloj de la comisaría marca las once de la noche cuando Sofía y yo nos sentamos frente a mi escritorio, rodeados de papeles, fotos y una pizarra llena de garabatos y flechas que parecen no llevar a ninguna parte. El caso de Madame Exótica y sus animales desaparecidos se ha convertido en una obsesión para ambos, y aquí estamos, trabajando hasta tarde, intentando desentrañar este misterio.

—Vale, repasemos lo que sabemos —digo, frotándome los ojos cansados—. Madame Exótica llegó a Pine Ridge hace cinco años, compró esa extravagante mansión y empezó a coleccionar animales exóticos.

Sofía asiente, su pelo recogido en un moño desordenado, con mechones rebeldes enmarcando su rostro. Incluso a esta hora, con ojeras y manchas de tinta en los dedos, está preciosa. Me obligo a apartar esos pensamientos y concentrarme.

—Sí, y desde entonces, ha habido una serie de desapariciones misteriosas de sus animales —añade ella, revisando sus notas—. Primero fue el pavo real y ahora la alpaca.

—Exacto —asiento—. Pero lo que no entiendo es por qué alguien se tomaría la molestia de robar estos animales en particular. ¿Cuál es el patrón?

Sofía se muerde el labio, pensativa, y tengo que hacer un esfuerzo consciente para no quedarme mirándola.

—Quizás no se trate de los animales en sí —sugiere—. ¿Y si estamos buscando en la dirección equivocada?

La miro, intrigado.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, en mis novelas, cuando tengo un misterio que parece no tener sentido, suelo dar un paso atrás y mirar el panorama general —explica, sus ojos brillando con entusiasmo—. ¿Qué tal si, en lugar de centrarnos en los animales, nos fijamos en Madame Exótica?

Asiento, impresionado por su razonamiento.

—Buena idea. Vamos a investigar su pasado.

Durante la siguiente hora, le enseño a Sofía cómo acceder a bases de datos públicas, cómo buscar registros y cómo conectar información aparentemente inconexa. Es una alumna rápida, absorbiendo cada detalle con avidez.

—Esto es fascinante —murmura en un momento dado, sus dedos volando sobre el teclado—. ¿Sabes? Siempre me he preguntado cómo hacéis los policías para reunir toda esta información. Es como armar un rompecabezas gigante.

Sonrío, disfrutando de su entusiasmo.

—Exactamente. Y como en un rompecabezas, a veces la pieza que necesitas está justo delante de tus narices, pero no la ves hasta que cambias de perspectiva.

Trabajamos en silencio durante un rato, el único sonido en la comisaría es el tecleo de nuestros ordenadores y el ocasional suspiro de frustración. De repente, Sofía suelta una exclamación.

—¡Luke, mira esto!

Me inclino sobre su hombro, consciente de lo cerca que estamos. Puedo oler su champú, una mezcla de vainilla y algo floral que me distrae momentáneamente.

—¿Qué has encontrado? —pregunto, tratando de concentrarme en la pantalla.

—Mira —señala un artículo de periódico de hace diez años—. Aquí habla de una tal Madame Mystique, una famosa adiestradora de animales de circo en Europa. La descripción coincide con nuestra Madame Exótica.

Frunzo el ceño, leyendo rápidamente el artículo.

—Dice que desapareció después de que su circo fuera investigado por maltrato animal y tráfico ilegal de especies exóticas.

Sofía asiente, emocionada.

—Exacto. Y mira la fecha —señala—. Desapareció justo cinco años antes de que Madame Exótica apareciera en Pine Ridge.

Siento cómo las piezas empiezan a encajar en mi cabeza.

—Así que Madame Exótica podría ser en realidad esta Madame Mystique, escondiéndose de su pasado.

—Y quizás alguien la ha descubierto —añade Sofía, sus ojos brillando con la emoción del descubrimiento—. Alguien que está intentando liberar a los animales que aún tiene en su poder.

Me recuesto en mi silla, procesando toda esta información.

—Es una teoría interesante, pero necesitamos pruebas sólidas antes de poder hacer algo.

Sofía asiente, mordiendo el labio de nuevo.

—¿Y si...? —empieza, dudando un momento antes de continuar—. ¿Y si usamos mis habilidades de escritora para unir todas estas pistas?

La miro, intrigado.

—¿Qué tienes en mente?

—Bueno, cuando estoy escribiendo un misterio, suelo crear una línea de tiempo con todos los eventos importantes —explica, levantándose y acercándose a la pizarra—. Podemos hacer lo mismo aquí, uniendo todos los hechos que conocemos y viendo si hay patrones o conexiones que no hayamos notado antes.

Durante la siguiente hora, Sofía y yo llenamos la pizarra con fechas, nombres y eventos. Con cada nueva pieza de información, el cuadro se vuelve más claro. La desaparición de Madame Mystique en Europa, la llegada de Madame Exótica a Pine Ridge, las misteriosas compras de terrenos alrededor de su propiedad, las desapariciones de los animales...

—Mira esto —digo, señalando una serie de fechas—. Cada vez que desaparece un animal, hay una gran transferencia de dinero a una cuenta en las Islas Caimán.

Sofía frunce el ceño, acercándose para ver mejor.

—¿Crees que está vendiendo los animales?

Niego con la cabeza.

—No lo creo. Los montos son demasiado grandes para ser solo por los animales. Creo que está usando las desapariciones como cortina de humo para algo más grande.

—¿Tráfico de drogas? —sugiere Sofía, sus ojos brillando con la emoción de la investigación.

—Posiblemente —asiento—. O algo aún peor.

Nos quedamos en silencio un momento, contemplando la pizarra llena de información. De repente, soy muy consciente de lo cerca que está Sofía, de cómo su brazo roza el mío mientras estudiamos nuestro trabajo.

—Sabes —digo, rompiendo el silencio—, haces un trabajo increíble con esto. Deberías considerar una carrera como detective.

Ella se ríe, un sonido que hace que mi corazón dé un vuelco.

—¿Y dejar de escribir novelas románticas? Ni hablar. Aunque debo admitir que esto es bastante emocionante.

—¿Más emocionante que escribir sobre vaqueros *sexys*? —bromeo, sorprendiéndome a mí mismo con mi atrevimiento.

Sofía me mira, una sonrisa juguetona en sus labios.

—Bueno, la realidad está superando a la ficción en este momento, *sheriff*.

Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, el mundo parece detenerse. Estamos tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos marrones, contar las pecas que salpican su nariz. Mi corazón late con fuerza y me encuentro inclinándome hacia ella casi sin darme cuenta.

El repentino sonido de mi teléfono nos sobresalta, rompiendo el momento. Me aclaro la garganta, sintiéndome como un adolescente pillado *in fraganti*.

—Blackwood —contesto, tratando de que mi voz suene normal.

Es Oliver, mi ayudante. Ha habido un avistamiento sospechoso cerca de la propiedad de Madame Exótica.

Cuando cuelgo, Sofía me mira expectante.

—¿Pasa algo?

Asiento, sintiendo cómo la adrenalina empieza a correr por mis venas.

—Parece que nuestra investigación nocturna va a tener un final emocionante. Han visto movimiento sospechoso cerca de la mansión de Madame Exótica.

Los ojos de Sofía se iluminan con una mezcla de emoción y nerviosismo.

—¿Vamos a ir?

Me debato internamente por un momento. Sé que debería dejarla aquí, donde está segura. Pero algo en la forma en que me mira, en la pasión con la que ha trabajado en este caso, me hace tomar una decisión que probablemente lamentaré.

—Vamos —digo finalmente—. Pero te quedas en el coche, ¿entendido?

Ella asiente, una sonrisa de oreja a oreja iluminando su rostro.

—Entendido, *sheriff*.

Mientras salimos de la comisaría, con el reloj marcando las tres de la madrugada, no puedo evitar pensar en lo mucho que ha cambiado mi vida desde que Sofía Vega llegó a Pine Ridge. Y, mientras la observo subir al coche patrulla, emocionada como una niña en Navidad, me doy cuenta de que no lo cambiaría por nada del mundo.

Sea lo que sea que nos espera en la mansión de Madame Exótica, al menos sé que tengo a la mejor compañera que podría desear a mi lado. Aunque, que Dios me ayude, porque esta mujer va a ser mi perdición.

SOFÍA

La actividad sospechosa en la mansión de Madame Exótica resultó ser una falsa alarma: un ciervo que había saltado la valla y activado las alarmas. Sin embargo, la tensión de la noche aún pesa sobre nosotros. Luke conduce en silencio, sus nudillos blancos por la fuerza con la que agarra el volante.

El amanecer nos sorprende regresando a casa. El cielo se tiñe de tonos rosados y anaranjados, un espectáculo que en cualquier otro momento me habría dejado sin aliento. Pero ahora, después de la noche que hemos tenido, apenas puedo mantener los ojos abiertos.

Cuando finalmente aparcamos frente a la casa, ninguno de los dos hace ademán de moverse. Es como si salir del coche fuera a romper algo, aunque no estoy segura de qué.

—Bueno —digo finalmente, mi voz ronca por el cansancio—, esa ha sido una noche... interesante.

Luke suelta una risa corta, sin humor.

—Sí, se podría decir así.

Me giro para mirarlo y me sorprende lo cansado que parece. No es solo el agotamiento físico; hay algo más en sus ojos, una especie de peso que no había notado antes.

—Luke —empiezo, sin estar segura de qué voy a decir—, ¿estás bien?

Él me mira, y por un momento veo algo en sus ojos, una vulnerabilidad que me deja sin aliento.

—Ven —dice abruptamente, abriendo la puerta del coche—. Quiero mostrarte algo.

Lo sigo, intrigada y un poco preocupada, mientras rodea la casa hacia el patio trasero. Se detiene frente a un viejo roble, sus ramas extendidas como brazos protectores sobre nosotros.

—Cuando era niño —empieza Luke, su voz baja y grave—, solía trepar a este árbol cada vez que las cosas se ponían difíciles en casa. Era mi refugio.

Me quedo en silencio, sintiendo que estoy presenciando algo raro y precioso. Luke Blackwood, el duro *sheriff* de Pine Ridge, abriéndose.

—El día que mi madre nos dejó —continúa, su mirada perdida en las ramas del árbol—, me subí aquí y me negué a bajar durante horas. Ethan y la abuela intentaron convencerme, pero yo solo quería desaparecer.

Siento un nudo en la garganta. Quiero acercarme, consolarlo de alguna manera, pero me quedo quieta, temiendo romper el momento.

—Fue entonces cuando decidí que quería ser *sheriff* —dice, volviéndose hacia mí con una sonrisa triste—. Pensé que, si podía proteger a los demás, tal vez podría evitar que alguien más sintiera lo que yo sentí ese día.

—Oh, Luke —murmuro, mi corazón doliendo por el niño que fue, por el hombre en el que se ha convertido.

—Es una tontería, lo sé —dice, pasándose una mano por el pelo en ese gesto tan suyo—. Pero supongo que esa necesidad de proteger, de hacer lo correcto, nunca se fue.

Doy un paso hacia él, incapaz de contenerme más.

—No es una tontería —digo con firmeza—. Es... es hermoso, Luke.

Nuestras miradas se encuentran y, de repente, soy muy consciente de lo cerca que estamos. Puedo ver cada una de sus pestañas, las pequeñas arrugas en las comisuras de sus ojos, el leve temblor en su labio inferior.

El mundo parece detenerse. El único sonido es el canto de los pájaros que despiertan y el latido de mi corazón, tan fuerte que estoy segura de que Luke puede oírlo. Me inclino hacia él, casi sin darme cuenta, atraída por una fuerza que no puedo ni quiero resistir.

Pero justo cuando nuestros labios están a punto de tocarse, Luke retrocede bruscamente. La vulnerabilidad en sus ojos es reemplazada por algo que se parece mucho al miedo.

—Yo... lo siento —balbucea, dando otro paso atrás—. No puedo... esto no...

Y antes de que pueda decir nada, se da la vuelta y prácticamente corre hacia la casa, dejándome sola bajo el viejo roble, con el corazón acelerado y un millón de preguntas en la mente.

Me quedo allí un momento, tratando de procesar lo que acaba de pasar. Luke, el hombre que siempre parece tan seguro, tan en control, acaba de abrirse completamente... y luego huyó como si le persiguiera el diablo.

Parte de mí quiere ir tras él, exigirle que me explique qué demonios acaba de pasar. Pero otra parte, la parte que ha aprendido a leer a las personas para crear personajes convincentes, me dice que le dé espacio.

Suspiro, apoyándome contra el tronco del árbol. El sol ya ha salido completamente, bañando el patio en una luz dorada que parece burlarse de mi confusión.

¿Qué estoy haciendo? Se supone que vine a Pine Ridge a buscar inspiración para mi libro, no a enamorarme de un *sheriff* con problemas para abrirse emocionalmente. Porque eso es lo que está pasando, ¿verdad? Me estoy enamorando de Luke Blackwood.

La realización me golpea como un tren de carga. Yo, Sofía Vega, la mujer que escribe sobre el amor pero que nunca se ha enamorado, estoy cayendo, y cayendo fuerte.

Me deslizo hasta el suelo, con la espalda contra el árbol, y no puedo evitar soltar una risa irónica. Si esto fuera una de mis novelas, ahora sería el momento en que la protagonista tendría una epifanía, correría tras el héroe y habría un gran beso bajo la lluvia o algo así.

Pero esto no es una novela. Esto es la vida real, con toda su confusa y frustrante gloria. Y en la vida real, a veces el héroe huye cuando las cosas se ponen demasiado intensas. A veces, la protagonista se queda sola bajo un árbol, preguntándose qué demonios va a hacer ahora.

Cierro los ojos, dejando que la brisa fresca de la mañana me acaricie el rostro. No sé qué va a pasar a partir de ahora. No sé si Luke volverá a abrirse o si seguirá huyendo. No sé si resolveremos el misterio de Madame Exótica o si todo esto acabará siendo material para mi próximo bestseller.

Lo único que sé es que, por primera vez en mi vida, estoy viviendo una historia en lugar de solo escribirla. Y aunque da miedo como el infierno, una parte de mí está emocionada por ver cómo se desarrolla el próximo capítulo.

Porque si hay algo que he aprendido escribiendo novelas románticas, es que el camino hacia el amor nunca es fácil. Pero siempre, siempre, vale la pena el viaje.

Con un último suspiro, me levanto y me dirijo a la casa. Es hora de enfrentar el día, con todas sus posibilidades y complicaciones. Y quién sabe, tal vez hoy sea el día en que Luke Blackwood deje de correr.

O tal vez no. Pero, de cualquier manera, estoy lista para averiguarlo.

CAPÍTULO 14

SOFÍA

El sol de la tarde cae sobre Pine Ridge cuando entro en la comisaría, con dos cafés en mano y una determinación feroz en el corazón. Han pasado tres días desde el incidente bajo el roble, tres días de miradas furtivas y conversaciones tensas con Luke. Pero no tenemos tiempo para dramas personales. Hay un misterio que resolver.

—Te he traído café —anuncio, colocando uno de los vasos frente a Luke.

Él levanta la vista de los papeles que está estudiando, sus ojos verdes encontrándose con los míos por un breve segundo antes de apartarse rápidamente.

—Gracias —murmura, tomando el vaso.

Nuestros dedos se rozan por un instante y siento una descarga eléctrica recorrer mi cuerpo. Por la forma en que Luke se tensa, sé que él también lo ha sentido.

Maldita sea. ¿Cómo es posible que la tensión entre nosotros siga creciendo? Es como si cada mirada, cada roce accidental, cada palabra no dicha, solo sirviera para aumentar esta... cosa que hay entre nosotros.

Me aclaro la garganta, intentando concentrarme.

—¿Alguna novedad en el caso?

Luke niega con la cabeza, pasándose una mano por el pelo en ese gesto que he aprendido a asociar con su frustración.

—Nada. Es como si los animales se hubieran esfumado en el aire.

Justo cuando estoy a punto de sugerir que revisemos las pistas una vez más, la puerta de la comisaría se abre de golpe. Oliver, el ayudante de Luke, entra corriendo, con el rostro enrojecido y jadeando.

—Jefe, tiene que ver esto —dice, extendiendo un sobre.

Luke lo toma, frunciendo el ceño mientras lee su contenido. Su expresión cambia de confusión a sorpresa y luego a cautela.

—¿Qué es? —pregunto, incapaz de contener mi curiosidad.

Luke me mira, dudando por un momento antes de pasarme el papel.

—Una pista anónima sobre el paradero de los animales.

Leo rápidamente la nota. Es una ubicación, junto con una críptica advertencia: «No todo es lo que parece. La verdad está oculta a plena vista.»

—¿Crees que es fiable? —pregunto, sintiendo cómo la emoción del misterio empieza a correr por mis venas.

Luke se pasa una mano por la barbilla, pensativo.

—No lo sé. Podría ser una trampa, o podría ser nuestra gran oportunidad.

Nos miramos, y por un momento, toda la tensión y la incomodidad de los últimos días desaparecen, reemplazadas por la emoción compartida de estar al borde de un gran descubrimiento.

—Tenemos que seguir la pista —digo, mi mente ya trabajando en un plan.

—Es arriesgado —advierte Luke—. No sabemos quién envió esto o qué nos espera ahí fuera.

Me inclino sobre su escritorio, acercándome más de lo estrictamente necesario. Puedo oler su colonia, una mezcla de madera y especias que hace que mi corazón se acelere.

—Luke —digo, mi voz baja e intensa—, esta podría ser nuestra única oportunidad de resolver este caso. No podemos dejarla pasar.

Él me mira fijamente, y por un momento veo un destello de algo en sus ojos. ¿Deseo? ¿Miedo? ¿Ambos?

—Está bien —dice finalmente, su voz ronca—. Pero lo hacemos a mi manera. Sin riesgos

innecesarios.

Asiento, tratando de ocultar mi sonrisa triunfante.

—Por supuesto, *sberiff*.

Pasamos las siguientes horas planeando nuestra estrategia. La ubicación corresponde a un viejo almacén en las afueras del pueblo. Decidimos que iremos al anochecer, cuando la oscuridad nos dé cobertura.

Mientras nos preparamos, soy muy consciente de cada movimiento de Luke, de la forma en que sus músculos se flexionan bajo su camisa cuando comprueba su arma, de cómo su mirada recorre mi cuerpo cuando cree que no estoy mirando.

Finalmente, cuando el sol empieza a ponerse, nos dirigimos al almacén. El corazón me late con fuerza, una mezcla de adrenalina por la misión y algo más, algo que tiene que ver con el hombre sentado a mi lado en el coche patrulla.

Aparcamos a una distancia prudente y nos acercamos a pie. Luke va delante, su cuerpo tenso y alerta. Quiero extender la mano y tocar su espalda, sentir la fuerza y el calor de su cuerpo, pero me contengo.

El almacén se alza ante nosotros, oscuro y amenazante. Luke me hace una señal para que me quede atrás mientras él comprueba la entrada. De repente, un ruido metálico rompe el silencio de la noche.

Antes de que pueda reaccionar, Luke está sobre mí, su cuerpo cubriendo el mío mientras me empuja contra la pared del almacén. Su brazo rodea mi cintura, manteniéndome cerca, mientras su otra mano se posa en la pared junto a mi cabeza.

El tiempo se detiene. Puedo sentir cada centímetro de su cuerpo presionado contra el mío, su respiración agitada en mi oído, el latido de su corazón contra mi pecho. El peligro, la adrenalina, la proximidad... todo se mezcla en un cóctel embriagador que me deja sin aliento.

—¿Estás bien? —susurra Luke, su voz ronca y baja.

Asiento, incapaz de formar palabras. Nuestros rostros están tan cerca que puedo contar sus pestañas, ver el ligero temblor en su labio inferior.

Por un momento, creo que va a besarme. Por un momento, estoy segura de que voy a morir si no lo hace.

Pero entonces, tan rápido como llegó, el momento pasa. Luke se aparta, sus ojos escaneando el área en busca de amenazas.

—Falsa alarma —dice, su voz aún tensa—. Solo era un gato callejero.

Asiento de nuevo, tratando de calmar mi corazón desbocado. No estoy segura si late así por el susto o por la proximidad de Luke.

—Vamos —dice, volviendo a su modo profesional—. Tenemos que revisar el interior.

Lo sigo, mi mente aun dando vueltas. Este caso, esta noche, este hombre... todo está resultando ser mucho más de lo que esperaba cuando vine a Pine Ridge en busca de inspiración.

Mientras nos adentramos en la oscuridad del almacén, una cosa es clara: sea lo que sea que encontremos aquí esta noche, nada será tan peligroso, tan emocionante, como lo que está creciendo entre Luke y yo.

Y por primera vez en mi vida, estoy lista para lanzarme de cabeza al peligro.

LUKE

El corazón me late con fuerza mientras entramos en el almacén. Aún puedo sentir el calor del cuerpo de Sofía contra el mío, la suavidad de su piel, el aroma de su pelo. Maldita sea, he estado a punto de besarla. Otra vez.

Cuando escuché ese ruido metálico, mi primer instinto fue protegerla. Sin pensar, la empujé contra la pared, cubriéndola con mi cuerpo. Y en ese momento, con ella tan cerca, con su

respiración agitada en mi oído y sus ojos fijos en los míos, todo lo demás desapareció.

Por un segundo, un glorioso y aterrador segundo, estuve a punto de mandar todo al carajo y besarla. Y lo peor es que creo que ella lo quería tanto como yo.

Sacudo la cabeza, intentando concentrarme. No puedo permitirme estos pensamientos, no ahora. Sofía es una civil bajo mi protección, y tenemos un caso que resolver. Nada más importa.

Pero incluso mientras me repito esto, una parte de mí sabe que es una mentira. Sofía importa. Importa más de lo que estoy dispuesto a admitir.

—Luke —susurra Sofía, sacándome de mis pensamientos—. Mira.

Sigo su mirada y me quedo helado. El almacén está completamente vacío, excepto por una lámpara solitaria que ilumina una mesa en el centro. Sobre la mesa hay dos fotografías: el pavo real y la alpaca, ambos en lo que parecen ser sus hábitats naturales.

—¿Qué demonios...? —murmuro, acercándome con cautela.

Sofía me sigue de cerca, puedo sentir el calor de su cuerpo a mi espalda. Llegamos a la mesa y, junto a las fotos, veo un sobre. Con el corazón en la garganta, lo abro.

Es una invitación. Una invitación a una subasta ilegal de animales exóticos que se celebrará mañana en un pueblo cercano. Pero eso no es lo que hace que mi mundo se detenga por un momento.

La invitación está dirigida al «matrimonio Blackwood». Luke y Sofía Blackwood.

Miro a Sofía, que está leyendo por encima de mi hombro. Veo cómo sus ojos se abren de par en par al llegar a nuestros nombres.

—Bueno —dice, con una risa nerviosa—, parece que alguien nos ha ascendido de compañeros de investigación a marido y mujer.

Intento reír, pero el sonido se queda atascado en mi garganta. Ver el nombre de Sofía junto al mío, ver «Sofía Blackwood» escrito en ese papel... hace que algo dentro de mí se retuerza de una manera que no puedo explicar.

—Tendremos que ir —digo finalmente, mi voz más ronca de lo que me gustaría—. Es nuestra mejor oportunidad para descubrir qué está pasando realmente.

Sofía asiente, sus ojos brillando con una mezcla de emoción y algo más que no puedo identificar.

—Entonces, ¿vamos a fingir que estamos casados? —pregunta, con una sonrisa que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Eso parece —respondo, intentando que mi voz suene normal—. ¿Crees que podrás manejarlo, señora Blackwood?

Ella ríe, un sonido que hace que algo cálido se expanda en mi pecho.

—Oh, creo que podré arreglármelas, señor Blackwood.

Nos miramos por un momento, y de repente soy muy consciente de lo cerca que estamos, de cómo la tenue luz de la lámpara juega con las sombras en su rostro, haciendo que sus ojos parezcan más oscuros, más profundos.

—Deberíamos irnos —digo finalmente, rompiendo el momento—. Tenemos mucho que planear para mañana.

Sofía asiente, y juntos nos dirigimos hacia la salida del almacén. Mientras caminamos, no puedo evitar pensar en lo que nos espera mañana. Fingir ser marido y mujer, actuar como una pareja frente a un grupo de criminales...

Y lo más aterrador es que una parte de mí, una parte que cada vez es más difícil de ignorar, está emocionada por la idea. Porque por unas horas, podré pretender que Sofía es mía, que somos un equipo en todos los sentidos.

Miro de reojo a Sofía mientras subimos al coche. Está mordidiéndose el labio, perdida en sus pensamientos, y tengo que reprimir el impulso de estirar la mano y apartar un mechón de pelo de su rostro.

Arranco el coche, mi corazón latiendo con fuerza. No sé qué nos depara mañana, pero de una

cosa estoy seguro: nada volverá a ser igual después de esto.

Porque por mucho que intente negarlo, por mucho que intente luchar contra ello, la verdad es innegable: me estoy enamorando de Sofía Vega. Y eso me aterra más que cualquier criminal al que me haya enfrentado.

Mientras conducimos de vuelta a casa, las palabras «Luke y Sofía Blackwood» siguen dando vueltas en mi cabeza, una promesa y una amenaza al mismo tiempo. Y por primera vez en mi vida, no tengo ni idea de cómo manejar la situación.

Pero una cosa es segura: mañana será un día que ninguno de los dos olvidará jamás.

CAPÍTULO 15

SOFÍA

Me despierto con el corazón acelerado, una mezcla de nervios y emoción burbujeando en mi estómago. Hoy es el día. Esta noche, Luke y yo nos infiltraremos en una subasta ilegal de animales exóticos, fingiendo ser un matrimonio adinerado. La idea de actuar como la esposa de Luke hace que mis palmas suden y que mi pulso se acelere aún más.

Bajo las escaleras y encuentro a Luke en la cocina, preparando café. Nuestras miradas se cruzan y siento un cosquilleo en todo el cuerpo.

—Buenos días —murmura, pasándome una taza.

—Buenos días —respondo, tomando un sorbo para ocultar mi nerviosismo—. Luke, necesito la mañana libre. Tengo que hacer algunas cosas antes de esta noche.

Él me mira por un momento, y creo ver un destello de curiosidad en sus ojos. Pero no pregunta. Simplemente asiente.

—Claro. Nos vemos esta noche para ultimar los detalles.

Agradezco internamente su discreción. No estoy segura de poder explicarle que necesito ir de compras para encontrar el vestido perfecto para nuestra *cita* de esta noche sin ponerme completamente roja.

Media hora después estoy yendo en busca de Megan. El sol apenas ha empezado a asomar por el horizonte, tiñendo el cielo de tonos rosados y dorados. Encuentro a Megan en el establo, ya vestida con su mono de trabajo y examinando a un caballo.

—¡Megan! —la llamo, casi tropezando con un cubo en mi prisa—. Necesito tu ayuda. Es una emergencia de moda.

Megan levanta la vista, una ceja arqueada con curiosidad.

—Buenos días a ti también, Sofía. ¿Emergencia de moda? ¿A las seis de la mañana?

—Es para esta noche —explico, bajando la voz, aunque estamos solas—. Luke y yo tenemos que infiltrarnos en una subasta ilegal de animales exóticos. Fingiendo estar casados.

Los ojos de Megan se abren como platos.

—Espera, ¿qué? ¿Tú y Luke vais a fingir estar casados? —Una sonrisa pícaro se dibuja en su rostro—. Oh, esto va a ser interesante.

—Por eso necesito tu ayuda —insisto—. Necesito un vestido que grite «esposa de un millonario que compra animales ilegalmente». ¿Me ayudarás?

Megan mira al caballo, luego a mí, y finalmente suelta un suspiro resignado pero divertido.

—Déjame terminar aquí y nos vamos a donde necesites.

El viaje a la ciudad más cercana con tiendas decentes es un torbellino de risas y cotilleos. Le cuento a Megan todos los detalles sobre la subasta y nuestro plan para infiltrarnos.

—No puedo creer que vayáis a hacer esto —dice Megan, meneando la cabeza—. Suena peligroso.

—Lo es —admito—. Pero también emocionante. Y necesario, si queremos resolver este caso.

Megan me lanza una mirada de soslayo.

—¿Y estás segura de que es solo por el caso?

Siento cómo me ruborizo y fijo mi mirada en la carretera.

—No sé a qué te refieres.

—Oh, vamos, Sofía —ríe Megan—. He visto cómo miras a Luke. Y cómo él te mira a ti, aunque intente disimularlo.

Mi corazón da un vuelco ante sus palabras.

—Creo que le gustas mucho más de lo que está dispuesto a admitir —comenta Megan con

suavidad, y a mí se me forma una sonrisa tonta en la cara.

Pasamos las siguientes horas entre probadores y perchas de ropa, riendo y cotilleando como adolescentes. Es el tipo de día de chicas que nunca tuve en Nueva York, siempre demasiado ocupada escribiendo o en giras promocionales.

—¿Qué te parece este? —pregunto, saliendo del probador con un vestido rojo que se ajusta a mi cuerpo.

Megan silba apreciativamente.

—Sí Luke no se desmaya cuando te vea con eso, es que no tiene pulso.

Me miro en el espejo, mordiéndome el labio. El vestido es precioso, elegante y sexy al mismo tiempo. Perfecto para el papel que tengo que interpretar esta noche.

—Megan —digo de repente, girándome hacia ella—. Creo que me estoy enamorando de Luke.

Las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Megan me mira, una mezcla de sorpresa y ternura en sus ojos.

—Oh, cariño —dice suavemente—. Ya era hora de que lo admitieras.

Nos sentamos en los sillones del probador, el vestido momentáneamente olvidado.

—¿Cómo es? —pregunto en voz baja—. El amor de verdad, digo. No el que escribo en mis libros, sino el real.

Megan sonríe, una sonrisa llena de cariño y experiencia.

—Es... complicado —empieza—. Es emocionante y aterrador al mismo tiempo. Es querer estar con alguien todo el tiempo, pero no porque lo necesites, sino porque su presencia hace que todo sea mejor. Es reír juntos hasta que te duele el estómago y apoyarse mutuamente cuando las cosas se ponen difíciles.

Escucho sus palabras, sintiendo cómo cada una resuena dentro de mí.

—Pero, sobre todo —continúa Megan—, es elegir a esa persona cada día. Es mirar todos sus defectos y decidir que los amas también, porque son parte de quien es. Es crecer juntos, aprender juntos, enfrentar la vida como un equipo.

Pienso en Luke. En su testarudez, en su tendencia a cerrarse emocionalmente, en cómo a veces parece llevar el peso del mundo sobre sus hombros. Y me doy cuenta de que me gustan todas esas cosas también.

—¿Y si él no siente lo mismo? —pregunto, dando voz a mi mayor temor.

Megan toma mi mano, dándole un apretón reconfortante.

—El amor siempre implica un riesgo, Sofía. Pero creo que Luke siente algo por ti. Lo veo en la forma en que te mira cuando cree que nadie está prestando atención. En cómo su voz cambia cuando habla de ti.

Sus palabras encienden una chispa de esperanza en mi pecho.

—¿Entonces qué hago?

—Por ahora, compra ese vestido y deslúmbrale esta noche —dice Megan con un guiño—. Y después... bueno, después tendrás que ser valiente y hablar con él.

Asiento, sintiendo una mezcla de miedo y determinación.

Pasamos el resto del día entre tiendas, risas y conversaciones profundas. Cuando finalmente regresamos a Pine Ridge, con el vestido perfecto cuidadosamente guardado en su funda, siento como si algo hubiera cambiado dentro de mí.

Ya no soy solo Sofía Vega, la escritora de novelas románticas que vino a Pine Ridge en busca de inspiración. Ahora soy Sofía, la mujer que está aprendiendo lo que significa amar de verdad.

Mientras me despido de Megan y me dirijo a casa para prepararme para la noche, no puedo evitar sentir una mezcla de emoción y nerviosismo. Esta noche, Luke y yo fingiremos ser marido y mujer. Interpretaremos el papel de una pareja enamorada.

Y aunque me aterra la idea de exponer mis verdaderos sentimientos, una parte de mí no puede esperar a ver qué pasará. Porque tal vez, solo tal vez, no todo será fingido.

Con el corazón lleno de esperanza y el estómago lleno de mariposas, me preparo para la noche que podría cambiarlo todo. Sea lo que sea que nos depare esta subasta ilegal, una cosa es segura: esta noche va a ser divertida. Muy divertida. Me voy a asegurar de ello.

LUKE

El reloj de la comisaría parece burlarse de mí, cada tic-tac es un recordatorio de que el tiempo pasa inexorablemente hacia esta noche. Hacia Sofía. Hacia tener que fingir que estamos casados.

Gruño y golpeo el escritorio con el puño, haciendo que el café en mi taza se derrame sobre unos informes. «Mierda», mascullo, intentando secar los papeles con mi manga. El café mancha mi camisa, empeorando aún más mi humor.

—Jefe, ¿quiere que le traiga algo para limpiar eso? —pregunta Oliver desde la puerta, su voz cautelosa como si estuviera hablando con un animal salvaje.

—No, Oliver. Lo que quiero es que hagas tu maldito trabajo en lugar de quedarte ahí parado como un pasmarote —espeto, fulminándolo con la mirada.

Oliver asiente rápidamente y desaparece. Me siento como un capullo al instante, pero la culpa solo alimenta mi irritación.

Las horas pasan en un torbellino de mal humor. Ladro órdenes a cualquiera que se atreva a acercarse a mi oficina. Cuando Olivia me trae el almuerzo que pedí, casi le quito la bolsa de las manos.

—Gracias —gruño, sin mirarla a los ojos.

—De... de nada, *sheriff* —tartamudea antes de huir.

Me paso la siguiente hora masticando mi sándwich sin saborearlo, garabateando furiosamente en un bloc de notas. Estoy intentando planear nuestra estrategia para esta noche, pero cada vez que escribo «señora Blackwood», siento que mi estómago da un vuelco.

A media tarde, no puedo soportar estar sentado más tiempo. Salgo de mi oficina como un toro embravecido, haciendo que todos en la comisaría se encorven sobre sus escritorios, evitando hacer contacto visual.

—Voy a patrullar —anuncio a nadie en particular, mi voz cortante—. Si alguien me necesita, que no me necesite.

Conduzco por el pueblo sin rumbo fijo, mis nudillos blancos por la fuerza con la que agarro el volante. Mi mal humor empeorando a cada instante.

Cuando regreso a la comisaría dos horas después, no me siento mejor. Si acaso, estoy más irritable que antes. El sol empieza a ponerse, un recordatorio cruel de que el tiempo se agota.

—¡Blackwood! —la voz de mi hermano Ethan me saca de mis pensamientos. Está de pie en la puerta de mi despacho, con los brazos cruzados y una expresión que oscila entre la preocupación y la diversión—. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

Levanto la vista, sorprendido.

—¿Qué haces aquí?

Ethan entra y cierra la puerta tras de sí.

—Tu ayudante me llamó. Dice que llevas todo el día como si quisieras matar a alguien y que temía que tuvieran que encerrarte.

Maldigo por lo bajo. Oliver y su maldita boca.

—Estoy bien —gruño—. Solo es un día complicado.

Ethan se sienta frente a mí, mirándome fijamente.

—Luke, te conozco desde que naciste. Sé cuándo algo te está carcomiendo. Suéltalo.

Por un momento, considero mandarlo a la mierda. Pero la verdad es que necesito hablar con alguien o voy a explotar.

—Esta noche... —empiezo, las palabras atascándose en mi garganta—. Esta noche tengo que

infiltrarme en una subasta ilegal con Sofía.

Ethan asiente, esperando que continúe.

—Tenemos que fingir que estamos casados —suelto finalmente.

La comprensión ilumina el rostro de mi hermano, seguida rápidamente por una sonrisa burlona.

—Ah, así que es eso. Tienes que jugar a las casitas con la escritora *sexy* y estás hecho un manojo de nervios.

—No es gracioso, Ethan —gruño.

—Oh, yo creo que sí lo es —ríe, pero luego su expresión se suaviza—. Vamos, hermanito. ¿Qué es lo que realmente te tiene tan alterado?

Suspiro, pasándome una mano por el pelo.

—Me gusta, Ethan —confieso en voz baja—. Me gusta mucho. Demasiado.

—¿Y eso es malo porque...?

—¡Porque es Sofía! —exclamo, levantándome de golpe y empezando a caminar por la oficina—. Es inteligente, divertida, hermosa... Es demasiado perfecta y maravillosa para cualquier ser humano, y mucho menos para mí.

Ethan me mira, la diversión desaparecida de su rostro.

—Luke, ¿te estás escuchando? Suenas como un adolescente enamorado.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. ¿Enamorado? No, no puedo estar enamorado. El amor te hace vulnerable, te expone. Y yo no puedo permitirme ser vulnerable.

—No estoy enamorado —murmuro, pero las palabras suenan huecas incluso para mí.

—Claro que no —dice Ethan, con un tono que deja claro que no me cree ni por un segundo—. Solo estás aterrorizado de pasar una noche fingiendo estar casado con una mujer que te hace sentir cosas que no quieres sentir.

Me dejo caer de nuevo en mi silla, de repente agotado.

—¿Qué se supone que debo hacer, Ethan? —pregunto, odiando lo vulnerable que suena mi voz—. Cada vez que estoy cerca de ella, siento que pierdo el control. Y esta noche... esta noche tengo que fingir que es mi esposa. ¿Cómo se supone que voy a hacer eso sin volverme loco?

Ethan se inclina hacia adelante, su expresión seria.

—Luke, escúchame bien. Eres un buen hombre. Un gran *sheriff*. Y si Sofía te hace sentir así, tal vez deberías considerar que eso es algo bueno, no algo de lo que huir.

—Pero... —empiezo, pero Ethan me interrumpe.

—Nada de peros. Esta noche, vas a ponerte tu mejor traje, vas a tratar a Sofía como si realmente fuera tu esposa, y vas a permitirte, aunque sea por una noche, sentir lo que realmente sientes sin huir de ello.

Lo miro, una mezcla de miedo y esperanza luchando en mi pecho.

—¿Y si la cago? ¿Y si ella no siente lo mismo?

Ethan se levanta, dándome una palmada en el hombro.

—Ese es el riesgo que todos corremos cuando nos enamoramos, hermanito. Pero te diré algo: creo que te llevarías una sorpresa si te atrevieras a ser honesto con ella.

Con esas palabras, Ethan se va, dejándome solo con mis pensamientos. Miro el reloj: quedan pocas horas para la subasta. Pocas horas antes de tener que enfrentarme no solo a una banda de traficantes de animales, sino también a mis propios sentimientos.

Cierro los ojos, respirando profundamente. Esta noche, decido, voy a seguir el consejo de Ethan. Voy a permitirme sentir, a ser vulnerable. Y que Dios me ayude, porque tengo la sensación de que después de esta noche, nada volverá a ser igual.

CAPÍTULO 16

SOFÍA

Me observo en el espejo una última vez, alisando las arrugas invisibles de mi vestido. El rojo intenso resalta contra mi piel, el corte estratégico realza mis curvas sin resultar vulgar. Respiro hondo, intentando calmar los nervios que revolotean en mi estómago. Esta noche, Luke y yo fingiremos ser marido y mujer. La idea hace que me tiemblen las rodillas de la emoción.

Salgo de la habitación, mis tacones haciendo ruido contra la madera del pasillo. Con cada paso, siento cómo crece la anticipación. ¿Cómo reaccionará Luke al verme? ¿Cómo reaccionaré yo al verlo a él?

Llego al borde de las escaleras y me detengo, tomando aire. Es ahora o nunca, Sofía. Comienzo a bajar, una mano rozando la barandilla para mantener el equilibrio. El corazón me late tan fuerte que temo que se me salga del pecho.

Y entonces lo veo.

Luke está de pie al pie de las escaleras, y por un momento creo que me he quedado sin aire. Lleva un esmoquin negro que le sienta como un guante, resaltando su figura atlética. La chaqueta se amolda perfectamente a sus hombros anchos, y el corte impecable de los pantalones acentúa sus largas piernas.

Pero es su rostro lo que me deja sin aliento. Sin el sombrero de vaquero, puedo apreciar cada detalle de sus facciones. Esa mandíbula fuerte que tantas veces he querido acariciar, esos ojos verdes que ahora me miran con una intensidad que me hace temblar. Su pelo, normalmente despeinado por el sombrero, está echado hacia atrás, dejando ver su frente. Se ve... imponente.

Nuestras miradas se encuentran y el tiempo se detiene. De repente, no existe nada más allá que Luke y yo. Siento que podría perderme en esos ojos para siempre. La tensión entre nosotros es palpable, electrizante.

Termino de bajar las escaleras sin apartar la mirada de él. Luke parece haberse quedado sin palabras, sus ojos recorriéndome de arriba abajo. Siento que mi piel arde bajo su mirada.

—Vaya, vaya... —la voz de la abuela Rose rompe el hechizo—. Si las miradas quemaran, ya tendríamos un incendio forestal entre manos.

Me ruborizo hasta la raíz del pelo, súbitamente consciente de dónde estamos. Luke carraspea, visiblemente incómodo.

—Deberíamos irnos —murmura, ofreciéndome su brazo.

Asiento, incapaz de formar palabras coherentes. Enlazo mi brazo con el suyo y siento una descarga eléctrica recorrer todo mi cuerpo. Su cercanía me embriaga como el mejor de los vinos.

—Estad atentos —nos advierte la abuela Rose mientras nos dirigimos a la puerta—. Y recordad, si las cosas se ponen feas, siempre podéis fingir que estáis borrachos y largaos de allí.

Luke suelta una carcajada y yo no puedo evitar sonreír. La abuela Rose y sus consejos...

El trayecto hasta la subasta es silencioso, cargado de una tensión que ninguno de los dos se atreve a romper. Luke mantiene ambas manos en el volante, su perfil iluminado intermitentemente por las farolas que pasamos. Me descubro mirándolo de reojo, admirando la línea de su mandíbula, la concentración en sus ojos.

Finalmente llegamos a nuestro destino: una mansión imponente en las afueras de otro pueblo. Luke rodea el coche para abrirme la puerta, ofreciéndome su mano para ayudarme a salir. Su palma es cálida y áspera contra la mía, y no puedo evitar preguntarme cómo se sentirían esas manos recorriendo mi cuerpo.

—¿Lista, señora Blackwood? —pregunta con una sonrisa torcida que hace que se me acelere el pulso.

—Siempre, señor Blackwood —respondo, sorprendiéndome a mí misma con la seguridad en mi voz.

Entramos en la mansión y soy inmediatamente golpeada por la opulencia del lugar. El vestíbulo es enorme, con suelos de mármol pulido que reflejan la luz de los enormes candelabros de cristal que cuelgan del techo abovedado. Las paredes están adornadas con tapices antiguos y pinturas que parecen valer más que todo Pine Ridge junto.

Nos adentramos en el salón principal, donde la fiesta está en pleno apogeo. La sala es un hervidero de actividad y lujo desmedido. Mujeres con vestidos de diseñador y joyas deslumbrantes se mezclan con hombres de trajes caros y relojes que probablemente cuestan más que mi apartamento en Nueva York.

En un rincón, una pequeña orquesta toca música suave, proporcionando un telón de fondo elegante a las conversaciones que zumban por toda la sala. Camareros con uniformes impecables se deslizan entre los invitados, ofreciendo copas de champán y canapés en bandejas de plata.

Luke no se separa de mí ni un segundo. Su mano descansa en la parte baja de mi espalda, guiándome entre la gente. Cada roce de sus dedos contra la tela de mi vestido envía descargas eléctricas por todo mi cuerpo. ¿Cómo es posible que un simple toque me afecte tanto?

Nos mezclamos con los invitados, interpretando nuestros papeles. Luke se transforma ante mis ojos, su postura cambia sutilmente, su voz adquiere un tono más refinado. Es fascinante verle en acción.

Mientras recorremos la sala, no puedo evitar buscar con la mirada a Madame Exótica. Su rostro afilado y sus ojos astutos están grabados en mi memoria.

La veo finalmente, rodeada de un grupo de hombres que parecen beber cada una de sus palabras. Lleva un vestido negro que contrasta dramáticamente con su pelo brillante. Incluso desde la distancia, puedo sentir el aura de poder y peligro que emana.

Luke debe haber notado mi tensión, porque se inclina hacia mí, sus labios rozando mi oreja.

—Tranquila —susurra—. Recuerda, somos solo una pareja rica más, buscando una mascota exótica. Si somos inteligentes no nos verá.

Su aliento cálido contra mi cuello hace que se me erice la piel. Asiento levemente, forzándome a relajar mis hombros.

Pasamos la siguiente hora circulando por la fiesta, hablando con otros invitados, siempre atentos a cualquier información que pueda ser útil. Luke interpreta su papel a la perfección, encantando a todos con su carisma. Yo me sorprendo a mí misma disfrutando del juego, dejando que Sofía la escritora tome el control, inventando historias y anécdotas sobre nuestra supuesta vida juntos.

En un momento dado, Luke se excusa para ir al baño. Me quedo sola, observando la sala, cuando de repente veo que Madame Exótica se dirige hacia mí. El pánico me invade. ¿Me ha reconocido? ¿Sospecha algo?

Justo cuando está a punto de llegar a mí, siento una mano en mi cintura. Luke ha vuelto, colocándose estratégicamente entre Madame Exótica y yo.

—Cariño —dice, su voz más grave de lo habitual—, ¿bailamos?

Sin esperar respuesta, me lleva a la pista de baile. Su brazo rodea mi cintura, atrayéndome hacia él. Coloco mi mano en su hombro, sintiendo la fuerza de sus músculos bajo la tela del esmoquin.

Comenzamos a movernos al ritmo de la música, nuestros cuerpos tan cerca que puedo sentir el calor que emana de él. Luke me guía con seguridad, sus ojos fijos en los míos.

—¿Crees que nos ha visto? —pregunto en voz baja.

Luke echa un vistazo por encima de mi hombro y niega con la cabeza.

—No, creo que estamos a salvo —dice, y luego añade con una sonrisa traviesa—. Aunque tal vez deberíamos besarnos, solo para estar seguros.

Mi corazón da un vuelco ante sus palabras. ¿Lo dice en serio o es solo parte del acto?

Antes de que pueda pensarlo demasiado, Luke se inclina hacia mí. Sus labios rozan los míos,

suaves al principio, casi tímidos. Pero rápidamente el beso se vuelve más intenso, más urgente.

Sus manos me atraen más cerca, una en mi cintura, la otra en mi nuca. Mis dedos se enredan en su pelo, desordenando su peinado perfecto.

Gimo contra su boca, perdiéndome en la sensación. Sus labios son suaves pero exigentes, su lengua acaricia la mía de una manera que me hace temblar. Sabe a whisky y a algo únicamente Luke. Es embriagador.

El mundo desaparece a nuestro alrededor. Ya no hay fiesta, ni misión encubierta, ni peligro. Solo existimos Luke y yo, perdidos en este beso que parece incendiar cada célula de mi cuerpo.

En algún lugar de mi mente, sé que esto es peligroso. Que estamos cruzando una línea que no podremos volver a dibujar. Pero en este momento, con los labios de Luke sobre los míos y sus manos recorriendo mi cuerpo, no me importa nada más.

Sea lo que sea que nos depare esta noche, una cosa es segura: Luke Blackwood ha robado mi corazón, y no estoy segura de querer recuperarlo.

LUKE

El mundo se desvanece en el instante en que mis labios tocan los de Sofía. Toda la noche he estado luchando contra el deseo de besarla, de tocarla, de hacerla mía. Verla en ese vestido rojo ha sido una tortura exquisita. La forma en que la tela abraza sus curvas, cómo se mueve cuando camina... Me ha costado todo mi autocontrol no quedarme embobado mirándola.

Y ahora, finalmente, la tengo en mis brazos. Sus labios son suaves y cálidos contra los míos, con un ligero sabor a champán. Mis manos se mueven por voluntad propia, una se enreda en su pelo sedoso, la otra se desliza por su espalda, apretándola contra mí. Sofía encaja perfectamente en mis brazos, como si hubiera sido creada para estar ahí.

El beso se intensifica rápidamente. Lo que comenzó como un roce suave se convierte en un incendio abrasador. Su lengua se encuentra con la mía y no puedo contener un gemido grave. Sofía responde arqueando su cuerpo contra el mío, sus manos aferrándose a mis hombros.

Dios, esta mujer me vuelve loco. Su inteligencia, su sentido del humor, su valentía... Y ahora, la pasión que arde entre nosotros. Es perfecta en todos los sentidos.

La aprieto más contra mí, deseando eliminar cualquier espacio entre nuestros cuerpos. Mis manos recorren sus costados, memorizando cada curva. Sofía gime suavemente contra mis labios y el sonido envía una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

De repente, soy consciente de dónde estamos. El murmullo de las conversaciones a nuestro alrededor me devuelve a la realidad. Estamos en medio de una fiesta, rodeados de gente. Y este beso se ha vuelto demasiado intenso para ser apropiado en público.

Me separo jadeando ligeramente. Sofía me mira con los ojos nublados por el deseo, sus labios hinchados por el beso. Tengo que luchar contra el impulso de volver a besarla.

—Sofía... —murmuro, mi voz ronca.

Ella parpadea, como saliendo de un trance. Un rubor encantador tiñe sus mejillas.

—Luke... —susurra, y la forma en que dice mi nombre casi me hace perder el control de nuevo.

Pero antes de que pueda decir nada más, noto que algo ha cambiado en el ambiente. La gente a nuestro alrededor se está moviendo, dirigiéndose hacia una nueva sala que se ha abierto al fondo del salón.

—La subasta —digo en voz baja, volviendo a centrarme en nuestra misión—. Está empezando.

Sofía asiente, su expresión volviéndose seria. Tomados de la mano, nos unimos al flujo de gente que se dirige a la nueva sala.

El espacio es más pequeño que el salón principal, con filas de sillas dispuestas frente a un pequeño escenario. Nos sentamos en la última fila, intentando pasar desapercibidos. Desde aquí tenemos una buena vista de todo el lugar, incluida Madame Exótica, que está de pie cerca del

escenario.

Saco discretamente mi teléfono y comienzo a tomar fotos. Sofía hace lo mismo, asegurándonos de capturar tantas caras como sea posible. La tensión en el ambiente es palpable; todos los presentes saben que lo que está a punto de suceder es ilegal.

Un hombre con traje de tres piezas sube al escenario. Su voz, amplificada por el micrófono, resuena en la sala:

—Damas y caballeros, bienvenidos a nuestra exclusiva subasta. Esta noche tenemos una selección verdaderamente exquisita para ustedes.

Hace un gesto y dos hombres traen una jaula cubierta con una tela negra. Mi estómago se revuelve, anticipando lo que hay dentro.

—Nuestro primer lote de la noche —anuncia el subastador—. Un magnífico ejemplar de pantera nebulosa, directamente de las selvas de Borneo.

Retiran la tela, revelando a una criatura hermosa y aterrorizada. El felino se encoge en una esquina de la jaula, sus ojos grandes y asustados recorriendo la sala. Siento la mano de Sofía apretando la mía, compartiendo mi indignación.

—Comenzaremos la puja en 50.000 dólares —declara el subastador.

Las paletas comienzan a alzarse. 60.000, 70.000, 80.000... La cifra sigue subiendo, cada número una puñalada a mi sentido de la justicia.

—Vendida por 120.000 dólares al caballero del fondo —anuncia finalmente el subastador.

La pantera es retirada y traen el siguiente «lote». Esta vez es una pareja de loros guacamayos jacinto, sus plumas de un azul intenso contrastando con el metal de la jaula.

—Estas magníficas aves pueden vivir hasta 50 años —explica el subastador—. Son las joyas de cualquier colección. Comenzamos en 30.000 dólares.

Y así continúa la subasta. Un orangután bebé, arrancado de los brazos de su madre. Un tigre de Bengala, su majestuosidad reducida a los confines de una jaula diminuta. Tortugas de las Galápagos, mariposas exóticas, serpientes venenosas... Cada animal más raro y más caro que el anterior.

Con cada nuevo «lote», siento que la furia crece en mi interior. ¿Cómo pueden estas personas tratar a criaturas vivas como si fueran objetos? ¿Cómo pueden poner un precio a la libertad de un ser salvaje?

Madame Exótica observa todo con una sonrisa de satisfacción, sus ojos brillando con cada venta exitosa. En ese momento, juro que haré todo lo posible por llevarla ante la justicia. Mañana mismo escalaré estos descubrimientos. Tengo que implicar a las autoridades estatales. Este caso es mucho más importante de lo que habíamos imaginado en un principio.

Sofía y yo seguimos documentando todo, nuestras cámaras capturando cada rostro, cada transacción. Su mano libre descansa sobre mi rodilla, un recordatorio constante de su presencia, de la conexión que compartimos.

El subastador está a punto de presentar el siguiente lote cuando de repente, las puertas se abren de golpe. Varias figuras vestidas de negro irrumpen en la sala.

—¡FBI! ¡Que nadie se mueva!

CAPÍTULO 17

SOFÍA

—¡FBI! ¡Que nadie se mueva!

El grito resuena en la sala y, de repente, el mundo se sumerge en el caos. Es como si alguien hubiera pulsado el botón de pánico colectivo. La gente grita, se empuja, corre en todas direcciones. Veo rostros distorsionados por el miedo, ojos desorbitados, bocas abiertas en gritos silenciosos.

Luke se levanta de un salto, su cuerpo tenso como un resorte. Me agarra de la mano y me arrastra hacia él, protegiéndome con su cuerpo.

—¡Sofía, quédate cerca! —grita por encima del tumulto.

Intento responder, pero las palabras se ahogan en mi garganta. El pánico amenaza con paralizarme, pero la mano de Luke en la mía me ancla a la realidad.

Agentes del FBI inundan la sala, sus chalecos antibalas destacando entre la multitud elegantemente vestida. Es una imagen surrealista: esmóquines y vestidos de gala mezclados con uniformes tácticos.

—¡Allí! —exclama Luke de repente, señalando hacia un lado de la sala.

Sigo la dirección de su dedo y veo a Madame Exótica escabulléndose por una puerta lateral. Su pelo rubio platino es como un faro en medio de la confusión.

Luke tira de mí hacia la puerta, abriéndonos paso entre la multitud enloquecida. Siento codos clavándose en mis costillas, pies pisando los míos. El vestido se me engancha en algo y oigo cómo se rasga la tela. Pero no me importa. Solo puedo concentrarme en seguir a Luke, en no perder el agarre de su mano.

De repente, un hombre corpulento se interpone en nuestro camino. Su rostro contorsionado en una mueca de furia y miedo. En su mano brilla el metal de un cuchillo. Parece completamente ido.

—¡Fuera de mi camino! —ruge, alzando el arma.

Todo sucede en cámara lenta. Veo cómo el cuchillo desciende, apuntando directamente a mi pecho. Mi cuerpo se congela, incapaz de reaccionar. Cierro los ojos, esperando el impacto.

Pero el dolor no llega. En su lugar, oigo un gruñido ahogado y siento cómo Luke me empuja hacia un lado. Abro los ojos justo a tiempo para ver cómo se interpone entre el atacante y yo, recibiendo el impacto del cuchillo en su hombro.

—¡Luke! —grito, el horror estrangulando mi voz.

Luke se tambalea hacia atrás, su mano aferrándose al hombro herido. La sangre comienza a empapar su camisa blanca, tiñéndola de un rojo intenso. Pero, aun así, se mantiene en pie entre el atacante y yo.

El hombre del cuchillo parece momentáneamente sorprendido por lo que ha hecho. Aprovechando su vacilación, Luke se lanza hacia adelante y lo derriba de un puñetazo con su brazo sano. El cuchillo cae al suelo con un tintineo metálico.

—¡Sofía, corre! —me grita Luke, su voz tensa por el dolor.

Pero no puedo moverme. No puedo dejarlo. Veo cómo la mancha de sangre en su camisa se expande, cómo su rostro palidece por momentos.

—¡No te voy a dejar! —respondo, acercándome a él.

En ese momento, dos agentes del FBI llegan a nuestro lado. Uno se ocupa del atacante, esposándolo rápidamente. El otro se acerca a Luke.

—¿Sheriff Blackwood? —pregunta, reconociéndolo—. Necesita atención médica. ¿Qué está haciendo aquí?

Luke asiente débilmente, apoyándose en mí. Puedo sentir cómo tiembla, cómo su respiración se vuelve cada vez más superficial.

—Estamos investigando a Scarlett Wilde, Madame Exótica... —murmura—. Se escapa...

El agente asiente.

—No se preocupe, tenemos el edificio rodeado. No irá a ninguna parte.

Mientras el agente habla por su radio pidiendo asistencia médica, yo me concentro en Luke. Su peso sobre mí es cada vez mayor, como si sus fuerzas lo estuvieran abandonando.

—Luke, mírame —le digo, tomando su rostro entre mis manos—. Quédate conmigo, ¿vale? No te atrevas a desmayarte.

Él intenta sonreír, pero es más una mueca de dolor.

—No pensaba hacerlo. Alguien tiene que asegurarse de que no te metas en problemas.

A pesar de la situación, no puedo evitar soltar una risa nerviosa.

—Idiota, ¿cómo puedes hacer bromas en un momento así?

—Es parte de mi encanto —responde, y luego su expresión se vuelve seria—. Sofía, yo...

Pero antes de que pueda terminar la frase, sus ojos se cierran y su cuerpo se desploma contra el mío. El pánico me invade.

—¡Luke! ¡Luke, despierta! —grito, sacudiéndolo suavemente.

El agente del FBI me ayuda a tenderlo en el suelo. La mancha de sangre en su camisa es ahora alarmantemente grande.

—Los paramédicos están en camino —me informa el agente, presionando sobre la herida con un pañuelo.

Los segundos se arrastran como horas. Sostengo la mano de Luke, susurrándole palabras de aliento, rogándole que aguante. Su piel está fría y pegajosa, su respiración cada vez más débil.

Finalmente, oigo las sirenas. Los paramédicos irrumpen en la sala, abriéndose paso entre la multitud que aún se agita. En cuestión de minutos, tienen a Luke en una camilla, conectado a máquinas que emiten pitidos constantes.

—Voy con él —le digo al paramédico cuando empiezan a llevárselo.

El hombre asiente, permitiéndome subir a la ambulancia. El trayecto al hospital es un borrón de luces y sonidos. Luke permanece inconsciente, su rostro pálido y cubierto de sudor. Los paramédicos trabajan incesantemente, hablando en un lenguaje médico que apenas entiendo.

Cuando llegamos al hospital, Luke es trasladado inmediatamente a urgencias. Una enfermera me detiene antes de que pueda seguirlo.

—Lo siento, señorita, pero no puede pasar. Los médicos necesitan espacio para trabajar.

Me derrumbo en una silla de la sala de espera, la adrenalina abandonando mi cuerpo de golpe. Es entonces cuando me doy cuenta de mi aspecto: mi vestido rojo está rasgado y manchado de sangre, mi pelo es un desastre, y mis manos... mis manos están cubiertas de la sangre de Luke.

Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente se desbordan. Sollozo incontrolablemente, mi cuerpo temblando con cada respiración entrecortada.

Una enfermera se acerca y me envuelve con una manta.

—¿Hay alguien a quien pueda llamar? —pregunta amablemente.

Asiento, recordando de repente.

—Su hermano, Ethan. Y... y Megan.

La enfermera me trae un teléfono y hago las llamadas con manos temblorosas.

Mientras espero, no puedo dejar de revivir los eventos de la noche. El beso apasionado que compartimos Luke y yo, la tensión de la subasta, el caos cuando llegó el FBI... y Luke, mi valiente y estúpido Luke, interponiéndose entre un cuchillo y yo.

—Por favor —susurro, aunque no sé si le hablo a Dios o al universo en general—. Por favor, que esté bien. No puedo perderlo. No ahora que por fin he encontrado el amor verdadero.

Porque eso es lo que es, me doy cuenta. Amor. Estoy perdida e irremediablemente enamorada de Luke Blackwood. Y ahora, sentada en esta fría sala de espera, con sus manchas de sangre aún en mis manos, ruego tener la oportunidad de poder decírselo.

CAPÍTULO 18

SOFÍA

El tiempo parece haberse detenido en esta sala de espera. Las manecillas del reloj se arrastran con una lentitud insoportable, cada segundo resonando en mis oídos como un recordatorio cruel de que Luke sigue ahí dentro, luchando por su vida. La luz fluorescente parpadea de vez en cuando, proyectando sombras inquietas sobre las paredes de un blanco desvaído.

Megan está sentada a mi izquierda, su mano entrelazada con la mía, ofreciéndome un silencioso apoyo. Su pulgar traza círculos suaves en el dorso de mi mano, un gesto reconfortante que me ancla a la realidad. Ethan camina de un lado a otro frente a nosotras, sus pasos marcando un ritmo irregular en el linóleo gastado. Su rostro es una máscara de preocupación y frustración contenida, tan parecido al de Luke que me duele mirarlo.

De vez en cuando, nuestras miradas se cruzan y veo en sus ojos el mismo miedo que me atenaza el corazón. Es como mirarme en un espejo, ver reflejado mi propio terror en sus pupilas dilatadas.

El silencio entre nosotros es pesado, cargado de palabras no dichas y temores. El murmullo apagado de las conversaciones en el pasillo y el ocasional pitido de alguna máquina lejana son los únicos sonidos que rompen la quietud.

—Deberíamos llamar a la abuela Rose —murmura Megan, su voz ronca por el largo silencio.

Ethan se detiene en seco, negando con la cabeza. Su mandíbula se tensa, un gesto tan familiar que por un momento creo ver a Luke frente a mí.

—No, aún no —dice con firmeza—. No hasta que sepamos algo concreto. No quiero preocuparla innecesariamente.

Asiento, agradecida. La imagen de la abuela Rose, con su fortaleza y su sentido del humor, desmoronándose al recibir la noticia, es más de lo que puedo soportar ahora mismo. Recuerdo su risa cuando Luke y yo bajamos las escaleras esta noche, lo feliz que parecía al vernos juntos. ¿Cómo podríamos destrozar esa alegría con esta noticia?

—Sofía, necesitas beber algo —dice Megan, su voz teñida de preocupación—. Estás pálida.

Niego con la cabeza, sintiendo como si el simple movimiento requiriera toda mi energía. No puedo pensar en comer o beber. No cuando Luke está... No puedo ni siquiera completar ese pensamiento.

—Iré a buscar agua —declara Ethan, interrumpiendo mis cavilaciones—. Y algo de comer. No me importa si no quieres, Sofía. Necesitas mantenerte fuerte.

Su tono no admite discusión, tan autoritario como el de Luke cuando está en modo *sheriff*. La similitud me golpea de nuevo, provocando un nudo en mi garganta. No puedo aguantar esta situación.

Antes de que pueda protestar, Megan se levanta, soltando mi mano. El repentino frío en mi palma me hace sentir aún más sola. Pero entiendo que no quiera dejar solo a Ethan en un momento como este. Luke es su hermano.

—Te acompaño —dice, dirigiéndose a Ethan. Luego se gira hacia mí, sus ojos llenos de una compasión que casi no puedo soportar—. Sofía, volveremos en un momento, ¿vale?

Los veo alejarse por el pasillo, sus voces un murmullo apagado que se pierde entre el ruido de fondo del hospital. Me hundo más en la incómoda silla de plástico, cerrando los ojos. El cansancio me pesa en los huesos, una fatiga que va más allá de lo físico. Pero el miedo me mantiene alerta, cada sonido, cada movimiento captando mi atención, esperando noticias, buenas o malas.

El olor a desinfectante y a café rancio llena mis fosas nasales. Es un olor que siempre he asociado con hospitales, con enfermedad y muerte. Intento no pensar en ello, pero es difícil cuando todo a mi alrededor me recuerda dónde estoy y por qué.

—¿Familiares de Luke Blackwood?

Abro los ojos de golpe, parpadeando ante la luz brillante. Una enfermera está de pie frente a mí, su uniforme azul arrugado tras lo que imagino ha sido un largo turno. Su expresión es amable pero profesional, una máscara que he visto en demasiados rostros esta noche.

—Soy... soy su esposa —las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlas. Si les digo que solo soy una amiga no me dirán nada. Mi corazón late con fuerza, la mentira pesando en mi lengua. Espero que el temblor en mi voz pase por preocupación y no por culpa.

La enfermera frunce el ceño, la confusión evidente en su rostro.

—¿Su esposa? Pero conozco a Luke, él no está...

—Nos casamos en secreto —interrumpo, las palabras fluyendo como un torrente. Mi mente trabaja a toda velocidad, tejiendo una historia que espero sea creíble—. En Las Vegas, hace un mes. No queríamos que nadie lo supiera aún, ya sabe cómo es un pueblo pequeño con los chismes...

Me muerdo el labio, rezando para que me crea. La culpa me corroe por dentro, pero la desesperación por saber de Luke es más fuerte. La enfermera me mira fijamente por un momento que se me hace eterno. Puedo ver la duda en sus ojos, la lucha interna entre creerme o no.

—Bueno —dice finalmente, su tono aún escéptico—, el señor Blackwood ha despertado. Está preguntando por una Sofía. Supongo que esa eres tú.

El alivio me inunda como una ola, amenazando con arrastrarme. Luke está despierto. Está vivo. Está preguntando por mí. Las lágrimas que he estado conteniendo amenazan con desbordarse.

—¿Puedo verlo? —pregunto, levantándome de un salto. Mis piernas, entumecidas por las horas de espera, protestan ante el movimiento repentino.

La enfermera asiente.

—Sígueme, por favor. Pero solo unos minutos. Necesita descansar.

Mientras la sigo por el pasillo, la culpa por mi mentira se mezcla con la anticipación de ver a Luke. ¿Qué le diré? ¿Cómo explicaré esta situación a Megan y Ethan? ¿Y si Luke me desmiente frente a la enfermera?

Pero todas esas preocupaciones se desvanecen cuando nos acercamos. Lo único que importa ahora es que Luke está vivo y despierto. Todo lo demás puede esperar.

El pasillo parece alargarse con cada paso que damos. Pasamos junto a otras habitaciones, algunas con la puerta abierta, otras cerradas. Oigo fragmentos de conversaciones, risas ocasionales, incluso algún sollozo apagado. La vida y la muerte, lado a lado en este laberinto de pasillos blancos.

Finalmente, nos detenemos frente a una puerta como cualquier otra. El número trescientos siete brilla tenuemente en la placa metálica. Mi corazón late tan fuerte que temo que la enfermera pueda oírlo.

Ella pone su mano en el pomo de la puerta y me mira. Sus ojos se han suavizado, como si mi evidente ansiedad hubiera disipado sus últimas dudas.

—¿Lista? —pregunta con suavidad.

Respiro hondo, intentando calmar mis nervios. El aire huele a antiséptico y a miedo, pero también a esperanza. Estoy lista para enfrentar lo que sea, siempre y cuando signifique que puedo ver a Luke.

Asiento, incapaz de formar palabras. La enfermera gira el pomo y la puerta se abre lentamente, el leve chirrido de las bisagras resonando en el silencio del pasillo.

Mi corazón da un vuelco cuando la abertura comienza a ensancharse. En unos segundos, veré a Luke. Veré con mis propios ojos que está bien, que está vivo. Que toda esta pesadilla no ha sido más que eso, una pesadilla de la que por fin estoy despertando.

La luz de la habitación se derrama por la abertura, cada centímetro revelando más del interior. Mi respiración se acelera, mis manos tiemblan. Estoy a punto de cruzar el umbral, a punto de reunirme con el hombre que se ha convertido en el centro de mi mundo en tan poco tiempo.

Luke está ahí, al otro lado de esa puerta. Y yo estoy lista para enfrentar lo que sea que nos depare

el futuro, juntos.

LUKE

La oscuridad se desvanece lentamente, dando paso a una luz cegadora. Parpadeo, intentando enfocar mi visión. El dolor en mi hombro es punzante, pero queda eclipsado por el pánico que me invade al recordar los últimos momentos antes de perder el conocimiento.

—¡Sofía! —grito, o al menos lo intento. Mi voz sale ronca y débil.

Intento incorporarme, pero una mano firme me empuja suavemente de vuelta a la cama.

—*Sheriff* Blackwood, necesita quedarse quieto —dice una voz femenina que no reconozco—. Acaba de salir de cirugía.

—Sofía... —murmuro, el miedo atenazando mi garganta—. ¿Dónde está Sofía? ¿Está bien?

La enfermera —ahora puedo ver su uniforme— me mira con una mezcla de compasión y firmeza.

—Sus familiares están en la sala de espera. Voy a buscarlos ahora mismo, pero necesito que se quede tranquilo, ¿de acuerdo?

Asiento débilmente, sintiendo cómo el alivio recorre mi cuerpo. Está aquí. Cierro los ojos por un momento, tratando de calmar mi respiración agitada.

La enfermera sale de la habitación y me quedo solo con el pitido constante de las máquinas. Los minutos se arrastran, cada segundo una tortura. Necesito ver a Sofía, necesito tocarla, asegurarme de que realmente está bien.

La puerta se abre de nuevo y entra un médico, su rostro serio.

—*Sheriff*, necesito que se calme —dice con voz autoritaria—. Sus constantes están demasiado alteradas. Si no logra tranquilizarse, tendremos que sedarlo.

Aprieto los puños, frustrando.

—Estoy bien —gruño—. Solo necesito ver a Sofía.

El médico abre la boca para responder, pero en ese momento la puerta se abre de nuevo. Y ahí está ella.

Sofía entra en la habitación, sus ojos inmediatamente encontrando los míos. Toda la tensión abandona mi cuerpo en ese instante. Está aquí. Está a salvo.

—Luke... —susurra, acercándose rápidamente a la cama.

—¿Cómo estás? —pregunto, extendiendo mi mano sana hacia ella.

Sofía suelta una risa que suena más como un sollozo.

—¿Cómo estoy yo? Luke Blackwood, eres tú el que está en una cama de hospital. Eres tú quien me tiene que decir cómo está.

Toma mi mano entre las suyas, y puedo sentir que tiembla ligeramente.

—Estoy bien —digo, aunque el dolor en mi hombro me recuerda que no es del todo cierto—. Ahora que te veo, estoy bien.

Sofía niega con la cabeza, las lágrimas brillando en sus ojos.

—Tienes que quedarte quieto, ¿me oyes? Te han tenido que operar. Me has dado un susto de muerte, Luke.

La culpa me invade al ver el miedo y el alivio mezclados en su rostro. Quiero abrazarla, consolarla, decirle que todo estará bien. Me inclino hacia ella, ignorando el dolor, y Sofía se acerca también. Nuestros labios están a punto de tocarse cuando...

La puerta se abre de golpe. Ethan y Megan entran, sus rostros una mezcla de preocupación y alivio.

—¡Luke! —exclama Ethan, acercándose rápidamente a la cama. Me da un abrazo cuidadoso pero firme—. Nos has dado un susto de muerte, hermanito.

Megan se une al abrazo, y por un momento estamos todos enredados en un nudo de brazos y

emociones. Cuando finalmente se separan, noto que Sofía parece incómoda, mordisqueándose el labio inferior.

—Yo... tengo que confesar algo —dice, su voz apenas un susurro—. Para que me dejen entrar... les dije que Luke y yo nos habíamos casado en secreto en Las Vegas.

Hay un momento de silencio absoluto. Miro a Sofía, sorprendido por su ingenio y conmovido por su desesperación por verme. Luego miro a Ethan y Megan, esperando su reacción.

Ethan es el primero en romper el silencio. Una carcajada escapa de sus labios, creciendo hasta convertirse en una risa incontenible.

—Oh, Dios mío —dice entre risas—. Eso se va a extender como la pólvora por todo Pine Ridge. —Me mira, sus ojos brillando con diversión—. Felicidades por tu reciente matrimonio, hermanito. Aunque estoy un poco ofendido de no haber sido invitado a la boda.

No puedo evitarlo. A pesar del dolor, a pesar del cansancio, me uno a su risa. Megan es la siguiente, y finalmente Sofía, aunque sus mejillas están teñidas de un adorable tono rosado.

Nuestras risas llenan la habitación, el sonido del alivio y la alegría de estar todos juntos, vivos y a salvo. En este momento, rodeado de las personas que más me importan, el dolor se desvanece y solo puedo sentir gratitud.

Miro a Sofía, que me devuelve la mirada con una mezcla de amor y vergüenza. No puedo esperar a estar a solas con ella, a besarla como quería hacer antes de que nos interrumpieran. Pero por ahora, esto es suficiente. Estamos vivos, estamos juntos, y eso es todo lo que importa.

CAPÍTULO 19

SOFÍA

El portazo de la camioneta resuena en el patio del rancho Blackwood mientras Luke, Ethan y yo salimos del coche.

—Bienvenido a casa, *sheriff* Dolor —bromeo, ganándome una mirada asesina de Luke que solo me hace reír más fuerte.

—Muy graciosa —replica él, pero puedo ver la sonrisa que lucha por asomarse en sus labios.

La puerta principal se abre de golpe y la abuela Rose sale como un torbellino, su delantal de flores ondeando tras ella como una capa.

—¡Luke Blackwood! —exclama, sus ojos brillando con una mezcla de alivio y reproche—. ¿Qué te he dicho sobre jugar a ser el héroe? ¡Casi me da un infarto!

Luke tiene la decencia de parecer avergonzado.

—Lo siento, abuela. No era mi intención preocuparte.

La abuela Rose le mira fijamente durante unos segundos antes de suspirar y abrir los brazos.

—Ven aquí, mi niño cabezota.

Luke se separa de nosotros y camina hacia su abuela, envolviéndola en un abrazo cuidadoso. La escena me hace tragar saliva, consciente de lo cerca que estuvimos de perderle.

—Y tú, jovencita —dice la abuela Rose, mirándome por encima del hombro de Luke—. Espero que estés lista para ser enfermera a tiempo completo. Este nieto mío es el peor paciente del mundo.

Sonríó, recordando las advertencias de Ethan.

—Estoy preparada, abuela Rose. Tengo un silbato y no dudaré en usarlo si intenta hacer alguna tontería.

Luke se separa de su abuela, mirándome con fingida indignación.

—¿Un silbato? ¿En serio?

—Oh, cariño —interviene la abuela Rose, palmeando su mejilla—. Va a necesitar mucho más que un silbato para mantenerte a raya.

* * *

Los días siguientes son una mezcla de frustración, risas y momentos robados. Luke resulta ser, efectivamente, el peor paciente del mundo. Le pillo intentando cambiar una rueda del tractor, tratando de levantar fardos de heno con un solo brazo, e incluso, en una ocasión particularmente alarmante, subido al tejado del granero «solo para comprobar una gotera».

—¡Luke Blackwood! —grito, sintiendo cómo el corazón se me sale del pecho—. ¡Baja de ahí ahora mismo o te juro que llamo a Ethan para que te ate a la cama!

Luke me mira desde el tejado, una sonrisa traviesa en su rostro.

—¿Me vas a atar a la cama, Sofía? Porque eso suena interesante...

Siento cómo el calor sube por mis mejillas, pero me niego a dejarme distraer.

—Baja. Ahora.

Con un suspiro dramático, Luke comienza a bajar por la escalera. Cuando llega al suelo, le agarro del brazo sano y le arrastro de vuelta a la casa.

—¿Es que quieres matarte? —le regaño, aunque mi voz tiembla un poco—. Porque si es así, dímelo y te ahorraré el trabajo.

Luke se detiene, girándose para mirarme. Su expresión se suaviza al ver la preocupación en mis ojos.

—Lo siento —dice, atrayéndome hacia él—. Es solo que... me vuelve loco estar quieto tanto tiempo.

Le miro, frustrada y preocupada a partes iguales.

—Luke, entiendo que esto es difícil para ti. Pero tienes que tomártelo con calma. Por favor.

Luke asiente, apoyando su frente contra la mía.

—Te prometo que lo intentaré. Pero vas a tener que ayudarme a mantenerme... ocupado.

Su voz baja una octava en la última palabra, enviando un escalofrío por mi columna. Antes de que pueda responder, la voz de la abuela Rose nos interrumpe.

—¡Si vais a besuquearos, al menos entrad en casa! —grita desde la ventana de la cocina—. ¡Estáis escandalizando a las gallinas!

Nos separamos de golpe, como dos adolescentes pillados por sus padres. Luke suelta una carcajada y yo no puedo evitar unirme a él.

—Vamos, *sheriff* Dolor —digo, tirando de su mano—. Creo que puedo pensar en algunas formas de mantenerte ocupado que no impliquen subir a tejados.

* * *

Dos semanas después de volver a casa, estamos en el porche trasero, disfrutando de la brisa de la tarde. Luke está tumbado en una hamaca, con la cabeza en mi regazo mientras le leo en voz alta el último capítulo que he escrito.

—«Y entonces, bajo el cielo estrellado de Montana, Sarah supo que había encontrado su hogar en los brazos de Jake» —termino de leer, mirando a Luke expectante.

Luke abre un ojo, una sonrisa perezosa en su rostro.

—No está mal, escritora. Aunque creo que Jake necesita más músculos y una placa de *sheriff*.

Suelto una carcajada, dándole un golpecito en el hombro sano.

—¿Más músculos? Si le pongo más músculos, no podrá ni montar a caballo.

Luke se incorpora, su rostro a centímetros del mío.

—Bueno, quizás podrías hacer una escena donde Jake le muestra a Sarah lo fuerte que es... —susurra, su aliento cálido contra mis labios.

Estoy a punto de cerrar la distancia entre nosotros cuando el timbre de mi teléfono nos interrumpe. Miro la pantalla y siento cómo se me encoge el estómago. Es Tom, mi agente.

—Tengo que cogerlo —le digo a Luke, levantándome—. Es del trabajo.

Me alejo unos pasos, consciente de la mirada de Luke en mi espalda.

—¡Sofía! —la voz alegre de Tom resuena en mi oído—. ¿Cómo va esa obra maestra? ¿Ya tienes el final?

Cierro los ojos, sintiendo cómo el pánico me invade. A pesar de haber escrito más en estas dos semanas que en los últimos dos meses, aún estoy lejos de terminar.

—Eh... sí, casi —miento, odiándome a mí misma por hacerlo—. Solo me faltan algunos detalles.

—¡Excelente! —exclama Tom—. Necesito que me envíes lo que tengas para finales de la semana que viene. La editorial está ansiosa por ver cómo va.

—Claro, claro —respondo, tratando de que no se note el pánico en mi voz—. Te lo enviaré sin falta.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono, sintiendo cómo el peso de la mentira me aplasta. ¿Cómo voy a terminar un libro entero en poco más de una semana?

Cuando vuelvo al porche, Luke me mira con preocupación.

—¿Va todo bien?

Asiento, forzando una sonrisa.

—Sí, solo cosas del trabajo.

Luke me mira fijamente durante unos segundos, como si pudiera ver a través de mi mentira. Finalmente, sonrío.

—Sabes qué, creo que ya me encuentro lo suficientemente bien para una pequeña excursión.

Le miro, sorprendida.

—¿Una excursión? Luke, no creo que sea buena idea...

—Confía en mí —dice, sus ojos brillando con entusiasmo—. Hay algo que quiero enseñarte. Algo que te ayudará con tu libro.

* * *

Esa noche, después de prometer a la abuela Rose que tendremos cuidado y que no dejaré que Luke haga ninguna locura, estamos en la camioneta de Luke, dirigiéndonos hacia las montañas. Conduzco con cuidado, siguiendo al pie de la letra todas sus indicaciones.

—¿Me vas a decir a dónde vamos? —pregunto por enésima vez.

Luke sonríe, sus ojos fijos en la carretera.

—Ya lo verás. Es una sorpresa.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, Luke me dice que detenga la camioneta en un pequeño claro. El aire es fresco y limpio, y el silencio es casi absoluto.

Luke sale del coche y yo le sigo, mirando alrededor con curiosidad. No veo nada especial, solo árboles y más árboles.

—Vale, ¿y ahora qué? —pregunto.

Luke sonríe y señala hacia arriba.

—Mira.

Levanto la vista y me quedo sin aliento. El cielo está lleno de estrellas, más de las que he visto nunca. Es como si alguien hubiera esparcido diamantes sobre terciopelo negro.

—Luke... —susurro, incapaz de apartar la vista del cielo—. Es precioso.

—Te lo dije —dice, acercándose a mí—. No hay nada más bonito que las estrellas de Montana.

Nos sentamos en la parte trasera de la camioneta, envueltos en una manta. Luke me rodea con su brazo sano y yo apoyo la cabeza en su hombro.

—Cuando era pequeño —dice Luke en voz baja—, solía venir aquí con mi padre. Me enseñó todas las constelaciones. —Señala hacia un grupo de estrellas—. Esa de ahí es la Osa Mayor. Y si sigues esa línea de estrellas, llegas a la Estrella Polar.

Le escucho hablar, su voz mezclándose con el suave susurro del viento entre los árboles. Y de repente, siento cómo la inspiración fluye. Historias de vaqueros solitarios bajo un cielo estrellado, de amores perdidos y encontrados bajo la luz de la luna. Palabras y frases bailan en mi mente, ansiosas por ser escritas.

—Luke —digo, interrumpiéndole—. Creo que acabo de descubrir cómo terminar mi libro.

Luke sonríe, sus ojos brillando en la oscuridad.

—Me alegro. Sabía que este lugar te inspiraría.

Nos quedamos en silencio un rato más, simplemente disfrutando de la vista y de la compañía del otro. Finalmente, Luke se gira hacia mí.

—Sofía —dice, su voz seria de repente—. Gracias por cuidar de mí estas semanas. Sé que no he sido el paciente más fácil.

Sonrío, recordando todas las veces que lo he pillado haciendo cosas que no debía.

—No ha sido fácil —admito—. Pero ha merecido la pena.

Luke se inclina hacia mí y me besa suavemente. Es todo lo que he querido que hiciese en las últimas semanas. Sus labios son cálidos y familiares, y siento cómo todo mi cuerpo se relaja. El beso se vuelve más intenso, más urgente. Las manos de Luke se deslizan por mi espalda, atrayéndome más cerca.

—Luke —murmuro contra sus labios—. El médico dijo que nada de esfuerzos...

Luke gruñe, pero no se detiene.

—Al diablo con el médico —dice, sus labios trazando un camino por mi cuello—. Me siento perfectamente bien.

Por un momento, estoy tentada de dejarme llevar. Pero entonces recuerdo la advertencia del

médico y todas las veces que he tenido que evitar que Luke haga alguna locura estas semanas.

Con un esfuerzo sobrehumano, me separo un poco.

—Luke —digo, mi voz temblorosa—. Pronto. Lo prometo. Pero ahora mismo, si la abuela Rose se entera de que te he dejado hacer... esfuerzos, me echará del rancho.

Luke suelta una carcajada, apoyando su frente contra la mía.

—Tienes razón. Aunque no sé qué es peor, si la bronca del médico o la de la abuela.

Nos quedamos un rato más, disfrutando de la noche y de la cercanía del otro. Y mientras miro las estrellas, pienso en lo mucho que ha cambiado mi vida en estos meses. En cómo vine a Montana buscando inspiración y encontré mucho más.

Cuando volvemos a casa, la abuela Rose nos espera en el porche, una taza de té en la mano y una ceja levantada.

—¿Y bien? —pregunta, mirándonos con suspicacia—. ¿Habéis tenido una buena... excursión?

Luke y yo intercambiamos una mirada cómplice antes de estallar en carcajadas. La abuela Rose nos mira, confundida, antes de negar con la cabeza y murmurar algo sobre «jóvenes locos enamorados».

Esa noche, mientras Luke duerme en el sofá pacíficamente a mi lado, me quedo despierta, escribiendo frenéticamente. Las palabras fluyen como nunca antes, inspiradas por las estrellas de Montana, por el hombre que duerme a mi lado, y por la promesa de lo que está por venir.

Y por primera vez en mucho tiempo, siento que todo va a salir bien. Aunque tenga que usar ese silbato más de lo que me gustaría.

CAPÍTULO 20

LUKE

El reloj de la sala de espera resuena en mis oídos como un martillo. Faltan dos minutos para mi cita con el médico. Dos minutos que se estiran como si fueran horas. Miro de reojo a Sofía, sentada a mi lado, su perfil iluminado por la luz fluorescente. Dios, incluso aquí, en este lugar aséptico y poco romántico, está preciosa.

Sofía debe sentir mi mirada porque se gira hacia mí, una sonrisa curvando sus labios. Pone su mano sobre la mía, su tacto enviando una corriente eléctrica por mi brazo.

—Relájate —me dice, su voz suave y reconfortante—. Todo va a salir bien.

Asiento, aunque no estoy tan seguro. Necesito que me den el alta. No solo porque estar de baja me está volviendo loco, sino porque... Dejo que mis ojos vaguen por su rostro, deteniéndome en sus labios. Recuerdo todas las veces que hemos estado a punto de cruzar la línea estas semanas. Todas las veces que he tenido que contenerme, que hemos tenido que parar. La deseo tanto que duele.

—Luke Blackwood —llama la enfermera, sacándome de mis pensamientos.

Me levanto de un salto, ganándome una mirada de reproche de Sofía.

—¿Quieres que entre contigo? —pregunta, y por un momento considero decir que sí, solo para tenerla cerca unos minutos más.

—No, está bien —respondo finalmente—. Espérame aquí.

Los siguientes veinte minutos son una tortura. El médico me examina meticulosamente, sus manos frías palpando mi hombro, haciéndome mover el brazo en todas direcciones. Cada segundo que pasa es un segundo que no estoy con Sofía, un segundo más de incertidumbre.

Finalmente, el médico se quita las gafas y me mira con una sonrisa.

—Bueno, *sheriff* Blackwood —dice, y siento cómo mi corazón se acelera—. Parece que está usted completamente recuperado. Le doy el alta, pero nada de esfuerzos excesivos durante una semana más, ¿entendido?

Asiento, tratando de contener mi entusiasmo. «Nada de esfuerzos excesivos» es mejor que «nada de esfuerzos», ¿verdad?

—Gracias, doctor —digo, estrechando su mano quizás con demasiada fuerza.

Salgo de la consulta sintiendo como si pudiera volar. Sofía está de pie en el pasillo, mordiéndose el labio inferior de esa manera que me vuelve loco. Nuestras miradas se encuentran y es como si una corriente eléctrica pasara entre nosotros.

—¿Y bien? —pregunta, su voz apenas un susurro.

—Alta total —respondo, sin poder contener la sonrisa que se extiende por mi rostro.

Los ojos de Sofía se iluminan, una sonrisa igual de amplia apareciendo en su rostro.

—Eso es genial, Luke. Me alegro mucho.

La miro, sintiendo cómo el deseo que he estado conteniendo durante semanas amenaza con desbordarse. Su pelo suelto enmarcando su rostro, sus ojos brillantes, sus labios ligeramente separados... Es demasiado.

Sin pensarlo dos veces, la agarro de la mano y tiro de ella hacia el pasillo. Su mano es cálida en la mía, sus dedos entrelazándose con los míos como si pertenecieran allí.

—Luke, ¿qué...? —empieza a preguntar, pero la interrumpo con un «shh» mientras abro la puerta de un armario de limpieza.

—Ven aquí —susurro, tirando de ella hacia el interior y cerrando la puerta tras nosotros.

El espacio es pequeño, oscuro y huele a productos de limpieza, pero no me importa. Lo único que puedo sentir es el cuerpo de Sofía contra el mío, su respiración acelerada mezclándose con la mía. Estamos tan cerca que puedo sentir el latido de su corazón, o tal vez es el mío, latiendo

desbocado.

—Luke —susurra, pero su voz suena más como un gemido que como una protesta. Sus manos se aferran a mi camisa, como si ella también necesitara esto tanto como yo.

No puedo contenerme más. La beso con toda la pasión contenida de estas semanas, mis manos explorando su cuerpo como si fuera la primera vez. Y en cierto modo, lo es. Es la primera vez que puedo tocarla así, sin restricciones, sin el miedo constante de hacerme daño.

Sofía responde con igual entusiasmo, sus dedos enredándose en mi pelo, atrayéndome más cerca. Su boca se abre bajo la mía, su lengua encontrándose con la mía en una danza que me hace gemir.

Deslizo mis labios por su cuello, saboreando el suave gemido que escapa de sus labios. Su piel es suave y cálida, y huele a vainilla y a Sofía. Mis manos encuentran el borde de su blusa, ansiosas por tocar piel desnuda.

—Luke —jadea Sofía, su voz entrecortada—. Estamos en un hospital.

—Me importa una mierda —gruño contra su piel, mis dedos trazando círculos en la parte baja de su espalda.

Estoy a punto de levantar su blusa cuando el sonido de una llave en la cerradura nos sobresalta. Nos separamos de golpe, tratando de arreglar nuestra ropa y nuestro pelo. Mi corazón late tan fuerte que estoy seguro de que se puede oír en todo el hospital.

La puerta se abre, revelando a una mujer de la limpieza con expresión confundida. Nos mira, sus ojos pasando de mí a Sofía y de vuelta a mí.

—Yo... eh... estábamos investigando —balbuceo, tratando de parecer profesional y no como si estuviera a punto de desnudar a Sofía en un armario de limpieza.

—Sí, investigación —añade Sofía, su voz temblorosa—. Para mi libro.

Puedo sentir el calor en mis mejillas, y veo que las de Sofía están igual de sonrojadas. La mujer de la limpieza nos mira con escepticismo, pero no dice nada mientras cogemos nuestras cosas y salimos apresuradamente del armario.

Una vez fuera del hospital, nos miramos y estallamos en carcajadas. La tensión se disipa un poco, pero puedo sentir que sigue ahí, burbujeando bajo la superficie.

—Dios, eso ha estado cerca —dice Sofía, pasándose una mano por el pelo en un intento de arreglarlo.

La miro, sintiendo cómo el deseo vuelve a encenderse. Sus labios están hinchados por los besos, su pelo despeinado, y hay un brillo en sus ojos que me vuelve loco.

—Esta noche —le digo, mi voz baja y cargada de promesas—. Esta noche no te vas a escapar.

Veo cómo un escalofrío recorre su cuerpo, y sé que ella lo desea tanto como yo.

El resto del día pasa en un borrón de anticipación. Cada vez que miro a Sofía, recuerdo cómo se sentía su cuerpo contra el mío en ese pequeño armario, y tengo que luchar contra el impulso de arrastrarla a la habitación más cercana.

Preparo un picnic, ignorando las miradas conocedoras de la abuela Rose.

—Ten cuidado, Luke —me dice mientras empaco la cesta—. Recuerda lo que dijo el médico sobre los esfuerzos excesivos.

Gruño.

—No sé de qué hablas, abuela —murmuro, aunque ambos sabemos que es mentira.

La abuela Rose suelta una risita.

—Claro que no, cariño. Solo asegúrate de traer a Sofía de vuelta en una pieza, ¿de acuerdo?

Cuando finalmente cae la noche, cargo todo en la camioneta y regreso a buscar a Sofía. Está esperándome en el porche, un vestido precioso flotando suavemente en la brisa nocturna. Se ve tan hermosa que por un momento me quedo sin aliento.

—¿Lista para nuestra aventura nocturna? —pregunto, ofreciéndole mi mano para ayudarla a subir a la camioneta.

Sofía sonríe, sus ojos brillando con anticipación.

—Más que lista.

La llevo a un claro en el bosque, no muy lejos del rancho. Es un lugar especial para mí, un lugar al que solía venir con mi padre cuando era niño. El cielo está despejado, un manto de terciopelo negro salpicado de diamantes brillantes. Desde aquí se ve todo el pueblo. El aire huele a pino y a promesas.

—Esto es precioso, Luke —dice Sofía, mirando alrededor con asombro.

Sonrí, satisfecho. Quería que esta noche fuera perfecta, y parece que voy por buen camino.

—Espera a que encienda el fuego —le digo, comenzando a apilar la leña que traje.

Pronto, las llamas bailan alegremente, proyectando sombras danzantes sobre nosotros. El fuego crepita suavemente, añadiendo su música a la sinfonía nocturna de grillos y el susurro del viento entre los árboles.

Asamos salchichas y malvaviscos, riendo y charlando. Hablamos de todo y de nada, de nuestras infancias, de nuestros sueños. Sofía me cuenta sobre cómo va el libro, sus ojos brillando con pasión mientras describe a sus personajes. Yo le hablo sobre lo mucho que amo mi trabajo y al rancho.

Pero bajo la superficie, la tensión crece, electrizante. Cada roce accidental, cada mirada compartida, está cargada de promesas. El deseo crece entre nosotros, tan tangible que casi se puede tocar. Como si los dos supiéramos que estamos aquí para algo más que charlar.

Finalmente, no puedo soportarlo más. Dejo mi plato a un lado y me giro hacia Sofía. Ella me mira, sus ojos oscuros reflejando las llamas y algo más... deseo.

—Sofía —susurro, mi voz ronca de emoción contenida.

No necesito decir más. Sofía se lanza hacia mí, sus labios encontrando los míos en un beso apasionado. Es como si todas las semanas de tensión y deseo contenido explotaran de repente. Caemos sobre la manta, nuestras manos explorando, acariciando, desnudando.

La piel de Sofía brilla dorada a la luz del fuego, y no puedo evitar pensar que es lo más hermoso que he visto en mi vida. Cada curva, cada valle de su cuerpo es una obra de arte que quiero memorizar con mis manos, con mis labios.

Mis labios trazan un camino ardiente por su cuerpo, saboreando cada centímetro, deleitándome con los suaves gemidos que escapan de su garganta. Su piel sabe a sal y a dulce, y no puedo tener suficiente.

—Luke —jadea Sofía, sus uñas clavándose en mi espalda—. Te necesito. Ahora.

No necesito que me lo diga dos veces. La desnudo por completo y le doy placer con mi boca hasta que alcanza el orgasmo. Luego, me quito los pantalones y los calzoncillos antes de volver a tumbarme sobre ella. La cabeza de mi miembro roza su entrada con devoción, fascinado por los gemidos que escapan de su boca. Empujo con fuerza y me hundo en su calor aterciopelado consiguiendo que ambos nos deshagamos en placer. Sofía es mejor de lo que he sentido en mi vida. Mientras empujo en su interior, asegurándome de tocar su punto dulce con cada estocada, es como si todo encajara en su lugar. Nos movemos juntos, nuestros cuerpos encontrando un ritmo perfecto, como si hubiéramos estado haciendo esto toda la vida.

El placer crece, intensificándose con cada movimiento, hasta que finalmente explota en una ola de éxtasis que nos deja a ambos sin aliento y temblando.

He rozado el jodido cielo con los dedos.

Nos quedamos así, enredados el uno en el otro, nuestras respiraciones poco a poco volviendo a la normalidad. El fuego crepita suavemente, las estrellas brillan en el cielo, y por primera vez en mucho tiempo, me siento completamente en paz.

Miro a Sofía, su cabeza apoyada en mi pecho, su pelo extendido como un abanico sobre mi piel. Siento algo crecer en mi interior, un sentimiento cálido y aterrador al mismo tiempo. Es demasiado pronto para ponerle nombre, demasiado pronto para admitirlo incluso ante mí mismo. Pero está ahí, creciendo con cada latido de mi corazón.

—¿Estás bien? —pregunto suavemente, mis dedos trazando patrones en su espalda.

Sofía levanta la cabeza, una sonrisa perezosa en sus labios. Sus ojos brillan en la penumbra, llenos de satisfacción y algo más que no puedo descifrar.

—Mejor que bien —murmura, antes de besarme suavemente.

Es un beso diferente a los anteriores. No menos apasionado, pero sí más tierno, más... significativo. Cuando se separa, veo en sus ojos el mismo sentimiento que está creciendo en mi pecho.

—Luke —susurra, su mano acariciando mi mejilla—. Esto... nosotros... es más de lo que esperaba cuando vine a Montana.

Sonrío, girando mi cabeza para besar la palma de su mano.

—Lo sé —respondo—. Para mí también.

No necesitamos decir más. Las palabras sobran en este momento. Todo lo que necesitamos decir está en nuestros ojos, en nuestras caricias, en la forma en que nuestros cuerpos se amoldan perfectamente.

Y así, bajo un cielo lleno de estrellas, con el fuego crepitando a nuestro lado, nos perdemos el uno en el otro una vez más. Esta vez es más lento, más tierno, pero no menos intenso. Cada caricia, cada beso, cada movimiento está cargado de promesas silenciosas y sentimientos no expresados.

Cuando finalmente nos quedamos dormidos, enredados el uno en el otro sobre la manta, sé que algo ha cambiado entre nosotros. No sé exactamente qué nos depara el futuro, pero sé que quiero enfrentarlo con Sofía a mi lado.

Y mientras el fuego se apaga lentamente y las estrellas continúan su danza silenciosa en el cielo, me permito soñar con un futuro lleno de noches como esta, llenas de pasión, de risas, y de este sentimiento cálido que crece en mi pecho cada vez que miro a Sofía.

El alba nos encuentra aún enredados el uno en el otro. Abro los ojos lentamente, parpadeando ante la suave luz del amanecer que se filtra entre los árboles. Por un momento, me quedo quieto, disfrutando de la sensación del cuerpo de Sofía contra el mío, su respiración suave y acompasada contra mi pecho.

Miro su rostro, relajado en el sueño, y siento una oleada de ternura que me sorprende por su intensidad. Con cuidado de no despertarla, aparto un mechón de pelo de su frente. Sofía se mueve ligeramente, murmurando algo ininteligible en sueños, y no puedo evitar sonreír.

¿Quién hubiera pensado que esta mujer de ciudad, esta escritora de novelas románticas, se convertiría en alguien tan importante para mí en tan poco tiempo?

Cuando llegué a Montana, pensé que sería solo otra turista en busca de una experiencia «auténtica» del Oeste. Nunca imaginé que se convertiría en... esto.

Sofía comienza a despertar, sus pestañas alesteando contra sus mejillas. Cuando abre los ojos y me ve, una sonrisa lenta y perezosa se extiende por su rostro.

—Buenos días, vaquero —murmura, su voz aún ronca por el sueño.

—Buenos días, escritora —respondo, inclinándome para darle un beso suave en los labios.

Nos quedamos así un rato, intercambiando besos perezosos y caricias suaves, disfrutando de la tranquilidad del amanecer. No hay prisa, no hay urgencia. Solo nosotros dos, envueltos en nuestra burbuja de felicidad.

Finalmente, Sofía se incorpora, estirándose como un gato satisfecho.

—Creo que tengo ramitas en lugares donde no debería haber ramitas —dice, arrancándose una carcajada.

—Bienvenida a la vida al aire libre —bromeo, sentándome a su lado.

Sofía me da un golpe juguetón en el hombro.

—Muy gracioso, *sheriff*. La próxima vez, tú duermes en el suelo y yo en la manta.

—¿La próxima vez? —pregunto, arqueando una ceja.

Sofía se sonroja ligeramente, pero mantiene mi mirada.

—Bueno, si tú quieres...

La atraigo hacia mí, besándola profundamente.

—Definitivamente quiero —murmuro contra sus labios.

Nos vestimos entre risas y besos robados, recogiendo nuestras cosas y borrando las huellas de nuestra noche bajo las estrellas. Mientras cargamos todo en la camioneta, no puedo evitar pensar en cómo ha cambiado todo en una sola noche.

El viaje de vuelta al rancho es tranquilo, un silencio cómodo entre nosotros. De vez en cuando, Sofía pone su mano sobre la mía en la palanca de cambios, y cada vez siento como si una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo.

Cuando llegamos al rancho, veo a la abuela Rose en el porche, una taza de café en la mano y una sonrisa conocedora en su rostro. Sofía y yo intercambiamos una mirada, sabiendo que no hay forma de ocultar lo que ha pasado.

—Buenos días, tortolitos —nos saluda la abuela Rose cuando bajamos de la camioneta—. ¿Habéis pasado una buena noche?

Siento cómo mis mejillas se calientan, y veo que Sofía está igual de sonrojada.

—Fue... agradable —respondo, tratando de mantener un tono casual.

La abuela Rose suelta una carcajada.

—Oh, estoy segura de que lo fue. Vamos, entrad. El desayuno está listo.

Mientras seguimos a la abuela Rose al interior de la casa, Sofía se acerca a mí.

—¿Crees que lo sabe? —susurra.

La miro, recordando la noche que hemos compartido, la conexión que hemos forjado. Pienso en todas las posibilidades que se abren ante nosotros, en todos los momentos que aún están por venir.

—Creo que lo sabe todo —respondo en voz baja, entrelazando mis dedos con los suyos—. Pero ¿sabes qué? No me importa.

Sofía aprieta mi mano, su sonrisa tan brillante como el sol de la mañana.

—A mí tampoco —dice.

Y así, con el aroma del café y el tocino flotando en el aire, y la risa de la abuela Rose de fondo, entramos en casa, listos para enfrentar lo que sea que nos depare el futuro. Juntos.

CAPÍTULO 21

SOFÍA

El sol de la mañana se cuela por las ventanillas de la camioneta de Luke mientras nos dirigimos a la comisaría. Observo su perfil mientras conduce, la forma en que sus manos agarran el volante con confianza, la ligera sonrisa que juega en sus labios. Dios, cómo desearía poder inclinarme y besarlo ahora mismo.

—¿Nerviosa? —pregunta Luke, pillándome mirándole.

Suelto una risita.

—¿Yo? Eres tú el que vuelve al trabajo después de semanas de baja.

Luke sonríe, esa sonrisa torcida que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Nah, estoy deseando volver. Aunque voy a echar de menos tenerte como enfermera personal.

Siento el calor subir a mis mejillas al recordar nuestra noche bajo las estrellas. Han pasado solo un par de días, pero ya siento como si hubiera sido en otra vida. Una vida donde podíamos ser solo Luke y Sofía, sin preocuparnos por el qué dirán.

—Bueno, siempre puedes fingir una recaída —bromeo, ganándome una carcajada de Luke.

Llegamos a la comisaría y noto que Luke frunce el ceño.

—Qué raro, hay demasiados coches aparcados para ser tan temprano.

Mi corazón se acelera. Sé exactamente por qué hay tantos coches, pero me muerdo la lengua para no estropearlo.

—Quizás todos estaban ansiosos por verte —sugiero, tratando de sonar casual.

Luke me lanza una mirada escéptica, pero no dice nada más mientras aparca. Bajamos de la camioneta y nos dirigimos hacia la entrada. Puedo sentir la tensión en el cuerpo de Luke, como si estuviera preparándose para cualquier cosa.

En cuanto abrimos la puerta, una explosión de ruido nos recibe.

—¡SORPRESA! ¡Bienvenido de vuelta, *Sheriff*!

La comisaría está llena de gente. Veo a Ethan y Megan, a la abuela Rose, a Oliver y otros ayudantes del *sheriff*, incluso a algunos de los habitantes del pueblo que he llegado a conocer en estas semanas. Hay globos y un cartel de «Bienvenido» colgado en la pared.

Luke se queda parado en la entrada, con los ojos como platos. Por un momento, temo que se enfade, que odie toda esta atención. Pero entonces, veo cómo la comisura de sus labios empieza a curvarse hacia arriba.

—Vaya, vaya —dice, tratando de sonar molesto, pero fallando miserablemente—. ¿Quién es el responsable de esto?

Todos los ojos se giran hacia mí.

—Culpable —admito, alzando las manos en señal de rendición—. Aunque tuve mucha ayuda.

Luke me mira, y por un momento veo tantas emociones en sus ojos que me quedo sin aliento. Deseo, gratitud, y algo más profundo que no me atrevo a nombrar. Por un segundo, creo que va a besarme allí mismo, delante de todos. Mi corazón se acelera ante la posibilidad.

Pero el momento pasa, y Luke simplemente me da un apretón en el hombro antes de volverse hacia los demás.

—Gracias a todos. No teníais por qué hacer esto.

—Por supuesto que sí —dice Oliver, acercándose para darle un abrazo a Luke—. No todos los días nuestro *sheriff* vuelve de entre los muertos.

—No exageres —gruñe Luke, pero puedo ver que está conmovido por el gesto.

La fiesta se pone en marcha. Hay pastel, refrescos, e incluso un pequeño buffet. Observo cómo Luke se mueve entre la gente, saludando, riendo, aceptando palmadas en la espalda y buenos deseos.

Verle así, rodeado de personas que le aprecian, hace que mi corazón se hinche de orgullo y afecto.

Pero también siento una punzada de anhelo. Desearía poder acercarme a él, entrelazar mis dedos con los suyos, besarle en la mejilla y decirle lo orgullosa que estoy. Desearía poder reclamarlo como mío delante de todos.

—Se te van a salir los ojos de tanto mirarle —dice una voz a mi lado, sobresaltándome.

Me giro para encontrarme con la mirada conocedora de la abuela Rose.

—Yo... no sé de qué hablas —balbuceo, sintiendo cómo me sonrojo.

La abuela Rose suelta una risita.

—Cariño, soy vieja, no ciega. Veo cómo le miras. Y cómo él te mira a ti.

Abro la boca para protestar, pero las palabras se me atorán en la garganta. ¿Tan obvios somos?

—No te preocupes —continúa la abuela Rose, dándome una palmadita en el brazo—. Tu secreto está a salvo conmigo. Aunque, si me permites un consejo, la vida es demasiado corta para esconder lo que sientes.

Con esas palabras, se aleja, dejándome con la cabeza dando vueltas. Miro de nuevo a Luke, que ahora está hablando con Ethan. Como si sintiera mi mirada, levanta la vista y nuestros ojos se encuentran. Por un momento, es como si todos los demás desaparecieran. Luke me sonríe, esa sonrisa especial que parece reservada solo para mí, y siento cómo mi corazón da un vuelco.

La abuela Rose tiene razón. La vida es demasiado corta. Y aunque no estoy lista para gritarlo a los cuatro vientos, sé que lo que Luke y yo tenemos es especial. Es real. Y no voy a esconderlo por mucho más tiempo. Pero, ¿sentirá él lo mismo?

Mientras la fiesta continúa a mi alrededor, me permito soñar con un futuro donde pueda besar a Luke cuando quiera, donde pueda tocarlo sin preocuparme. Un futuro donde podamos ser simplemente Luke y Sofía, sin secretos ni restricciones.

Y por primera vez, ese futuro no me parece tan lejano.

LUKE

Sofía es la mujer más increíble del mundo y me lo ha demostrado una vez más. Estoy tan conmovido por la fiesta que ha preparado que las palabras se me atascan en la garganta. No me acerco a hablar con ella porque no estoy seguro de todo lo que podría salir de mis labios en este momento. Quizás le diría más cosas de las que estoy preparado para reconocerme incluso a mí mismo.

El sabor del pastel de bienvenida aún perdura en mi boca cuando la puerta de la comisaría se abre de golpe. El silencio cae sobre la habitación como una manta pesada, ahogando las risas y conversaciones. Dos figuras vestidas de traje oscuro entran, sus rostros serios contrastando con la atmósfera festiva.

Siento cómo mi cuerpo se tensa instintivamente. Años de entrenamiento y experiencia me dicen que esto no es una visita social. Noto a Sofía acercarse a mi lado, su presencia una fuente de confort silencioso.

—Agente Especial Morris —se presenta el hombre más alto, mostrando su placa. Su voz es grave y autoritaria—. Y esta es la Agente Especial Chen. FBI.

Maldita sea. El FBI aquí solo puede significar problemas.

—*Sheriff* Luke Blackwood —digo, extendiendo mi mano y manteniendo mi voz firme y profesional—. ¿En qué puedo ayudarles?

La Agente Chen mira alrededor, sus ojos agudos registrando cada detalle de la habitación.

—Lamentamos interrumpir su celebración, *Sheriff*. Pero necesitamos hacerle algunas preguntas sobre un caso reciente.

Asiento, sabiendo que mi primer día de vuelta al trabajo acaba de complicarse considerablemente. Me giro hacia los demás, consciente de las miradas preocupadas.

—Lo siento, amigos. El deber llama. Gracias por la fiesta, pero vamos a tener que posponerla.

Miro a Sofía, debatiéndome internamente. Por un lado, esto podría ser información clasificada. Por otro, su perspicacia podría ser útil, y confío en ella completamente.

—Sofía, ¿te importaría quedarte? Podrías tomar notas.

Veo el destello de curiosidad en sus ojos cuando asiente, y no puedo evitar una pequeña sonrisa interna. Su entusiasmo es contagioso.

Una vez que la comisaría se vacía, guío a los agentes del FBI a mi oficina. El familiar olor a cuero y papel me recibe, y por un momento me siento como si nunca me hubiera ido.

—*Sheriff* Blackwood —comienza el Agente Morris una vez que todos estamos sentados. Su tono es serio, casi sombrío—. Queremos hacerle algunas preguntas sobre el caso de la subasta de animales exóticos que usted ayudó a dismantelar hace unas semanas.

Asiento. Fue un golpe importante, pero aparentemente no lo suficiente.

—Tenemos información de que Scarlett Wilde ha escapado de la custodia federal —continúa la Agente Chen, sus ojos fijos en mí, probablemente evaluando mi reacción.

Siento cómo mi mandíbula se tensa. Madame Exótica, la mente maestra detrás de la red de tráfico de animales exóticos. Habíamos estado tan cerca de acabar con toda la operación...

—¿Cómo? —pregunto, mi voz más dura de lo que pretendía.

Morris se aclara la garganta, claramente incómodo.

—Hubo un... error en el traslado. Aprovechó un cambio de guardia y logró escapar.

Resisto el impulso de soltar un juramento. En su lugar, me inclino hacia adelante, apoyando los codos en mi escritorio.

—¿Cómo puedo ayudarlos?

Joder. Pensaba que el FBI la tendría encerrada.

Chen saca una carpeta de su maletín y la abre sobre mi escritorio.

—Estamos siguiendo varias pistas. Una de ellas nos ha llevado a esta área. Nos preguntábamos si ha notado alguna actividad inusual. Creemos que puede tratar de volver a su mansión. Puede que todavía esconda allí algo por lo que le merezca la pena arriesgarse a ser atrapada.

Miro las fotos y documentos esparcidos frente a mí. Avistamientos, informes de informantes, transacciones bancarias sospechosas. Todo sugiere que su ruta podría pasar cerca de aquí.

—No he notado nada fuera de lo común —respondo lentamente, mi mente repasando los eventos de las últimas semanas—. Pero he estado de baja médica hasta hoy.

Morris asiente, tomando notas.

—Entendemos. ¿Algún contacto o informante que pudiera tener información relevante?

—Puedo preguntar discretamente —ofrezco—. Si algo surge, se lo haré saber.

Chen me mira fijamente, como si estuviera tratando de leer mis pensamientos.

—Se lo agradeceríamos, *Sheriff*. Cualquier información, por pequeña que sea, podría ser crucial.

Asiento, consciente de que están caminando una fina línea. No están pidiendo directamente mi colaboración, pero está claro que la esperan.

—¿Hay algo más que puedan decirme? —pregunto—. ¿Alguna idea de por qué podría venir hacia esta área?

Morris y Chen intercambian una mirada.

—Creemos que podría estar buscando recuperar parte de su... mercancía —dice finalmente Morris—. O contactar con antiguos socios.

La implicación es clara. Si Madame Exótica viene hacia aquí, significa que tiene conexiones locales. Conexiones que pasamos por alto en la operación anterior.

—Entiendo —digo, mi mente ya trabajando en las posibilidades—. Estaré atento.

Mientras los agentes se preparan para irse, mi mirada se cruza con la de Sofía. Veo preocupación en sus ojos, pero también determinación. Sé que le encanta investigar, pero Madame Exótica ha resultado ser demasiado peligrosa como para que vaya a permitirle ayudarme.

Tenemos una fugitiva potencialmente en camino y una red que podría ser más extensa de lo que pensábamos. Y aunque el FBI no lo haya pedido explícitamente, sé que es mi deber hacer todo lo posible para asegurar que Madame Exótica sea capturada.

El trabajo de un *sheriff* nunca termina, y parece que las cosas están a punto de ponerse interesantes.

Aunque yo solo tengo una cosa en mente: mantener a Sofía a salvo.

CAPÍTULO 22

SOFÍA

El sol de la mañana calienta mi piel mientras Luke ajusta las riendas de Thunder, el caballo que ha elegido para mi primera lección de equitación. El aroma a heno y cuero llena el aire, mezclándose con el olor a tierra húmeda después de la lluvia de anoche.

—Vale, escritora —dice Luke, su voz mezclada con diversión y un toque de preocupación—. ¿Estás lista para convertirte en una vaquera de verdad?

Suelto una risa nerviosa.

—Tan lista como se puede estar para subirse a una bestia de media tonelada.

Luke sonríe, esa sonrisa torcida que hace que mi corazón dé un vuelco.

—Thunder es un caballero. Te tratará como a una reina.

Se acerca más, con el pretexto de comprobar la silla de montar, y aprovecha para darme un beso rápido en la mejilla.

—Además —susurra—, tienes al mejor maestro de Montana.

—Ah, ¿sí? —bromeo, alzando una ceja—. ¿Y dónde está?

Luke finge ofenderse, llevándose una mano al pecho.

—Me hieres, Sofía. Profundamente.

No puedo evitar reír, la tensión abandonando mi cuerpo por un momento. Luke tiene ese efecto en mí, la capacidad de hacerme olvidar mis miedos con una simple broma.

Con un movimiento fluido que hace que sus músculos se marquen bajo su camisa (y que definitivamente no me quedo mirando), Luke monta su propio caballo, un semental negro llamado Shadow.

—Bien, lo primero es la postura —explica, demostrando cómo sentarse correctamente—. Espalda recta, talones abajo, y agarra las riendas así.

Intento imitar su postura, sintiéndome torpe y desequilibrada. Luke se acerca con Shadow y gentilmente corrige mi posición. Sus manos en mi cintura envían escalofríos por mi columna, y por un momento me olvido completamente de que estoy sentada sobre un animal enorme.

—Perfecto —murmura, su aliento cálido en mi oído—. Ahora, vamos a dar un paseo tranquilo, ¿vale?

Asiento, incapaz de formar palabras. Luke se aleja, y de repente echo de menos su cercanía.

Los siguientes minutos son un torbellino de instrucciones, risas y pequeños sustos cada vez que Thunder hace un movimiento inesperado. Pero poco a poco, comienzo a sentirme más cómoda. El ritmo del caballo se vuelve casi hipnótico, y empiezo a entender por qué a Luke le gusta tanto montar.

—¡Lo estás haciendo genial! —exclama Luke, su sonrisa tan brillante como el sol de la mañana—. ¿Quieres intentar ir un poco más rápido?

Antes de que pueda responder, Thunder decide por mí y empieza a trotar. Suelto un grito de sorpresa que se convierte en risa cuando logro mantener el equilibrio.

—¡Luke! —grito, mitad emocionada, mitad aterrorizada—. ¡Creo que tu caballo tiene vida propia!

Luke ríe, alcanzándome fácilmente.

—Ese es mi chico, Thunder. Sabía que te gustaría la velocidad.

Pasamos el resto de la mañana explorando los alrededores del rancho. Luke me muestra sus lugares favoritos: un arroyo cristalino donde los caballos se detienen a beber, un claro lleno de flores silvestres donde hacemos un pequeño picnic, una colina desde donde se puede ver todo el valle.

En cada parada, Luke encuentra una excusa para tocarme, para besarme. Un beso robado

mientras me ayuda a desmontar. Sus manos en mi cintura mientras me muestra cómo estirarme después de montar. Sus dedos entrelazados con los míos mientras caminamos junto a los caballos.

Es en momentos como estos cuando me pregunto cómo pude pensar alguna vez que Luke era solo material para investigación. Cómo pude no ver la profundidad detrás de esos ojos verdes, la ternura escondida bajo esa fachada de vaquero rudo.

Estamos de vuelta en el rancho, desmontando y cepillando a los caballos, cuando sucede. Luke está contando una historia divertida sobre su primera vez montando, y yo estoy riendo, sintiendo que podría quedarme así para siempre.

Y entonces la veo.

Al principio, creo que es un truco de la luz. Pero no, ahí está. Una figura que se escabulle entre los árboles al borde de la propiedad. Una mujer con el pelo rubio plantino, vestida con ropa de diseñador que desentona completamente con el entorno rural.

Mi risa se corta de golpe, y Luke se gira para mirarme, preocupado.

—Sofía, ¿qué pasa?

Señalo hacia los árboles, mi mano temblando ligeramente.

—Luke... creo que acabo de ver a Madame Exótica.

LUKE

El mundo se ralentiza por un segundo cuando Sofía señala hacia los árboles. Sigo su mirada y la veo: Madame Exótica, montada en un *quad* verde oscuro con un remolque cubierto detrás. El rugido del motor rompe el silencio del rancho mientras arranca, dejando una nube de polvo a su paso.

—¡Sofía! —grito mientras salto sobre Shadow—. ¡Llama a Oliver! ¡Dile que Madame Exótica está huyendo hacia el este por el camino del arroyo!

No espero a ver si me ha escuchado. Shadow arranca al galope, su poderoso cuerpo respondiendo a la urgencia de la situación. Necesito atrapar a esa mujer. Temo que si no sea un peligro para las personas que amo en represalia por haberla encerrado una vez. El viento silba en mis oídos mientras persigo el *quad*, que serpentea entre los árboles con una velocidad alarmante.

El camino es traicionero, lleno de raíces y rocas que sobresalen. Madame Exótica tiene la ventaja de la potencia del *quad*, pero yo conozco este terreno como la palma de mi mano. Guío a Shadow por atajos entre los árboles, recortando distancia poco a poco.

El remolque detrás del *quad* se sacude violentamente con cada bache, y puedo oír chillidos y gruñidos provenientes de su interior. Animales. Por supuesto. Está tratando de salvar su «mercancía».

Tras lo que parecen horas, pero probablemente sean solo minutos, el camino se ensancha y se une a una pista forestal. Madame Exótica aprovecha el terreno más favorable para acelerar, pero yo no me rindo. Shadow está jadeando, su pelaje oscuro brillante de sudor, pero sigue adelante sin vacilar.

De repente, veo una oportunidad. El camino hace una curva cerrada a la derecha, bordeando un pequeño barranco. Si Madame Exótica toma la curva a esa velocidad...

—¡Vamos, Shadow! —grito, inclinándome sobre su cuello—. ¡Solo un poco más!

Justo como esperaba, Madame Exótica toma la curva demasiado rápido. El *quad* derrapa, sus ruedas traseras patinando peligrosamente cerca del borde del barranco. Por un momento, creo que va a volcarse, pero de alguna manera logra enderezarlo. Sin embargo, la maniobra la ha hecho perder velocidad.

Es todo lo que necesitamos. Con un último estallido de velocidad, Shadow se pone a la par del *quad*. Sin pensarlo dos veces, salto del caballo y aterrizo en la parte trasera del vehículo.

Madame Exótica grita, sorprendida por mi repentina aparición. El *quad* se tambalea peligrosamente mientras lucho por mantener el equilibrio y alcanzar los controles.

—¡Detente ahora! —grito por encima del rugido del motor—. ¡Se acabó!

Pero Madame Exótica no se rinde fácilmente. Gira bruscamente, tratando de tirarme. Me agarro con todas mis fuerzas, mis músculos gritando por el esfuerzo.

Finalmente, logro agarrar el manillar. Forcejamos por el control, el *quad* zigzagueando peligrosamente por el camino. Con un último esfuerzo, consigo girar bruscamente, haciendo que el vehículo derrape hasta detenerse.

El silencio repentino es ensordecedor. Solo se oye nuestra respiración agitada y los sonidos angustiados de los animales en el remolque.

—Scarlett Wilde —jadeo—. Está bajo arresto.

Ella me mira, su rostro una mezcla de furia y resignación.

—Bravo, *Sheriff* —dice con un acento que no logro ubicar—. No esperaba menos del hombre que desmanteló mi operación.

Mientras la inmovilizo, escucho el sonido distante de sirenas. Minutos después, varios vehículos policiales aparecen en el camino, con Oliver a la cabeza.

—¡Jefe! —grita, saltando de su patrulla—. ¿Estás bien?

Asiento, sintiendo de repente cada golpe y rasguño de la persecución.

—Estoy bien. Llama al FBI y a control de animales. Tenemos que ocuparnos de ellos.

Mientras Oliver hace las llamadas, me acerco al remolque. Con cuidado, levanto la lona. Dentro hay jaulas con varios animales exóticos: un mono tití, un par de loros de brillantes colores, e incluso lo que parece ser un cachorro de tigre. Todos parecen asustados pero ilesos.

—Lo siento, pequeños —murmuro—. Pronto estaréis a salvo.

Media hora después, el lugar es un hervidero de actividad. Agentes del FBI, policías locales y personal de control de animales pululan por todas partes. Los agentes Morris y Chen se acercan, sus rostros una mezcla de asombro y respeto.

—Impresionante trabajo, *Sheriff* Blackwood —dice Morris, estrechando mi mano—. Una persecución a caballo... definitivamente no es algo que veamos todos los días.

Chen asiente, una pequeña sonrisa en sus labios.

—Ha superado todas nuestras expectativas. Gracias a usted, no solo hemos capturado a Scarlett Wilde, sino que también hemos rescatado animales valiosos y en peligro de extinción.

Estoy a punto de responder cuando veo a Sofía acercarse en su caballo, acompañada por Ethan. Su rostro es una mezcla de preocupación y alivio.

—¡Luke! —grita, desmontando rápidamente y corriendo hacia mí—. ¿Estás bien? ¡Dios mío, estás sangrando!

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que tengo varios cortes y rasguños en los brazos y el rostro. El subidón de adrenalina debe haber enmascarado el dolor.

—Estoy bien —digo, atrayéndola hacia mí—. Gracias a ti. Si no la hubieras visto...

Sofía se separa un poco, sus ojos brillantes.

—Fue pura suerte. Yo... estaba tan asustada cuando te vi seguir el *quad*.

No puedo evitar sonreír.

—Hey, tengo que mantener mi reputación de *sheriff* temerario, ¿no?

Sofía ríe, el sonido mezclándose con el caos a nuestro alrededor.

—Creo que has superado todas las expectativas de *sheriff* temerario por hoy.

Mientras el sol comienza a ponerse, tiñendo el cielo de naranja y rosa, me quedo allí, con Sofía a mi lado, rodeado de agentes del FBI, mis compañeros y animales exóticos rescatados. Ha sido un día largo y loco, pero no lo cambiaría por nada.

Porque al final del día, hemos capturado a una criminal peligrosa, salvado a animales inocentes y, más importante aún, estoy aquí, con la mujer que está cambiando mi vida de maneras que nunca imaginé. Y eso, pienso mientras beso suavemente a Sofía en la frente, vale más que cualquier persecución emocionante o felicitación del FBI.

CAPÍTULO 23

SOFÍA

Lunes

El aroma a café recién hecho me despierta. Abro los ojos lentamente, acostumbrándome a la luz dorada que se filtra por las cortinas.

Luke.

Una sonrisa se extiende por mi rostro al pensar en él. Como si lo hubiera invocado con el pensamiento, la puerta se abre y Luke entra, llevando dos tazas humeantes.

—Buenos días, bella durmiente —dice, su voz ronca por el sueño—. Pensé que podrías necesitar esto.

Se sienta en el borde de la cama y me pasa una de las tazas. El aroma a café me envuelve, reconfortante y familiar.

—Eres mi héroe —murmuro, incorporándome para darle un beso suave en la mejilla.

Luke sonríe, sus ojos brillando con algo que no puedo descifrar completamente.

—¿Solo por traerte café? Vaya, si hubiera sabido que era tan fácil impresionarte...

Río, dándole un golpecito juguetón en el hombro.

—No solo por el café, tonto. Por todo. Por ser tú.

Por un momento, veo algo en sus ojos, una emoción intensa que hace que mi corazón se acelere. Pero antes de que pueda decir algo, el sonido de su teléfono rompe el momento.

Luke suspira, sacándolo de su bolsillo.

—El deber llama —dice con una sonrisa de disculpa—. Tengo que ir a la comisaría. ¿Nos vemos esta noche?

Asiento, tratando de ocultar mi decepción.

—Ve a salvar el mundo, *sheriff*. Estaré aquí, escribiendo sobre vaqueros sexys y mujeres de ciudad que se enamoran de ellos.

Luke ríe, inclinándose para darme un último beso en la frente antes de irse.

—No te olvides de mencionar lo increíblemente apuestos y modestos que son esos vaqueros.

—Lo tendré en cuenta —respondo con un guiño.

Cuando la puerta se cierra tras él, me quedo mirando mi taza de café, una sensación cálida extendiéndose por mi pecho. ¿Quién hubiera pensado que encontraría tanta felicidad en un rancho de Montana?

Martes

La cocina de la abuela Rose es un caos organizado. Hay harina por todas partes, la encimera está llena de ingredientes, y en el centro de todo, Luke y yo bailamos al ritmo de una vieja canción country que suena en la radio.

—¿Estás seguro de que así es como se hace la masa para galletas? —pregunto entre risas mientras Luke me hace girar.

—Por supuesto —responde con una seriedad fingida—. El baile es un ingrediente secreto. Hace que las galletas sepan mejor.

Descalzos sobre el suelo de madera, nos movemos por la cocina en una danza improvisada. Luke tiene harina en la mejilla y en la punta de la nariz, y estoy segura de que yo no estoy mucho mejor.

La canción cambia a una balada lenta, y Luke me atrae hacia él, sus brazos rodeando mi cintura. Apoyo mi cabeza en su pecho, escuchando el latido constante de su corazón.

—¿Sabes? —murmuro—. Creo que podría acostumbrarme a esto.

Siento más que oigo la risa de Luke.

—¿A qué? ¿A cubrir mi cocina de harina?

Levanto la mirada, encontrándome con sus ojos verdes.

—A esto. A nosotros. A...

Las palabras se me atorán en la garganta. ¿Cómo explico esta sensación de pertenencia, de hogar? Luke parece entender. Su mirada se suaviza, y se inclina para besarme suavemente.

—Yo también, Sofía —susurra contra mis labios—. Yo también.

El timbre del horno nos sobresalta, rompiendo el momento.

—¡Las galletas! —exclamo, separándome de Luke para correr hacia el horno.

Mientras saco la bandeja, el aroma a vainilla y chocolate llena la cocina. Luke se acerca, mirando por encima de mi hombro.

—Mmm, parece que nuestro baile funcionó —dice, alcanzando una galleta.

Le doy un manotazo juguetón.

—¡Están calientes!

Pero Luke, siendo Luke, ignora mi advertencia y muerde la galleta de todos modos.

—¡Auch! ¡Caliente, caliente! —exclama, abanicándose la boca.

No puedo evitar reír.

—Te lo dije, vaquero testarudo.

Luke me mira con fingida indignación, pero luego sonrío.

—Valió la pena —dice, inclinándose para besarme—. Mmm, sabes a chocolate.

Y así, entre risas y besos con sabor a galletas, la tarde se desvanece en la noche.

Miércoles

El sol de la tarde cae sobre el porche trasero, bañando todo en una luz dorada. Estoy sentada en el columpio, mi portátil en el regazo, tratando de capturar en palabras la magia de estos días.

Siento más que oigo a Luke acercarse. Levanto la mirada justo cuando se sienta a mi lado, dos vasos de limonada helada en sus manos.

—¿Cómo va la escritura? —pregunta, pasándome uno de los vasos.

Tomo un sorbo, agradeciendo el frescor.

—Va bien. Creo que finalmente he superado el bloqueo del escritor.

Luke sonrío, esa sonrisa torcida que hace que mi corazón dé un vuelco.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué se debe eso?

Me encojo de hombros, tratando de parecer casual.

—Oh, ya sabes. El aire fresco de Montana. Los hermosos paisajes. Cierta *sheriff* increíblemente atractivo...

La risa de Luke retumba en su pecho.

—Vaya, vaya. Parece que alguien ha encontrado su musa.

—Mm-hmm —murmuro, inclinándome para besarle—. Una musa muy *sexy*, debo añadir.

Luke me devuelve el beso, su mano acariciando suavemente mi mejilla. Cuando nos separamos, sus ojos brillan con algo que hace que mi corazón se acelere.

—¿Puedo leer lo que has escrito? —pregunta, su voz suave.

Confío plenamente en él. Luke, que me ha mostrado partes de sí mismo que nadie más ha visto.

—Claro —digo pasándole el portátil—. Pero sé amable. Es solo un borrador.

Luke toma el portátil con cuidado, como si fuera algo precioso. Mientras lee, observo su rostro, viendo cómo sus expresiones cambian. Una sonrisa aquí, una ceja levantada allá. De vez en cuando, suelta una risita o murmura algo para sí mismo.

Verlo así, tan absorto en mis palabras, me llena de una emoción que no puedo nombrar. Es vulnerabilidad y confianza y algo más, algo más profundo y aterrador.

Finalmente, Luke levanta la mirada. Sus ojos están brillantes, y hay una sonrisa suave en sus labios.

—Sofía, esto es... *wow*. Es hermoso.

Siento cómo me sonrojo.

—¿De verdad lo crees?

Luke asiente, dejando el portátil a un lado para tomarme las manos.

—Es como si hubieras capturado la esencia de este lugar. Es mágico.

Me inclino hacia él, apoyando mi frente contra la suya.

—Tú eres mágico —susurro.

Y allí, en el porche trasero, con el sol poniéndose en el horizonte, nos quedamos así, perdidos el uno en el otro, el mundo exterior olvidado por completo.

Jueves

La noche es cálida y estrellada. Luke y yo estamos tumbados en una manta en el pasto, mirando el cielo. El silencio nos envuelve, roto solo por el canto ocasional de los grillos y el suave murmullo del viento entre los árboles.

—Esa de allí es la Osa Mayor —dice Luke, señalando un grupo de estrellas—. Y si sigues esa línea de estrellas, llegas a la Estrella Polar.

Sigo la dirección de su dedo, maravillándome ante la vastedad del cielo nocturno.

—Es increíble —murmuro—. En Nueva York nunca se ven tantas estrellas.

Luke se gira para mirarme, sus ojos reflejando la luz de las estrellas.

—¿Echas de menos la ciudad?

La pregunta me toma por sorpresa. ¿Echo de menos Nueva York? Hace unas semanas, habría dicho que sí sin dudarlo. Pero ahora...

—A veces —admito—. Echo de menos algunos lugares, algunos amigos. Pero...

—¿Pero? —presiona Luke suavemente cuando me detengo.

Tomo una respiración profunda.

—Pero aquí he encontrado algo que no sabía que estaba buscando. Algo que hace que todo lo demás parezca... menos importante.

Luke no dice nada, pero su mano encuentra la mía en la oscuridad, entrelazando nuestros dedos. El gesto dice más que mil palabras.

Nos quedamos así, en silencio, mirando las estrellas. Y en ese momento, siento una paz que nunca antes había experimentado. Como si, de alguna manera, hubiera encontrado mi lugar en el mundo.

Viernes

La mañana nos encuentra en la cocina, preparando el desayuno. La radio suena suavemente de fondo, una mezcla ecléctica de country y pop que de alguna manera funciona.

Luke está frente a la cocina, haciendo tortitas con una habilidad que me sorprende. Yo estoy cortando fruta, mis pies descalzos disfrutando de la frescura del suelo de madera.

—¿Sabes? —digo, metiendo un trozo de fresa en mi boca—. Podría acostumbrarme a esto.

Luke me mira por encima del hombro, una sonrisa juguetona en sus labios.

—¿A qué? ¿A tener un chef personal?

Río, acercándome para rodear su cintura con mis brazos.

—A esto. A nosotros. A despertar juntos y hacer el desayuno y... simplemente estar.

Luke apaga el fuego y se gira en mis brazos para mirarme de frente. Su expresión es suave, llena de una emoción que hace que mi corazón se acelere.

—Yo también —dice, su voz apenas un susurro—. Sofía, yo...

Pero lo que iba a decir queda interrumpido por el sonido de la puerta abriéndose. La abuela Rose entra en la cocina, una sonrisa conocedora en su rostro.

—Buenos días, tortolitos —dice, guiñándonos un ojo—. ¿Hay suficientes tortitas para una anciana?

Luke ríe, separándose de mí para sacar otro plato.

—Por supuesto, abuela. Siempre hay suficiente para ti.

Mientras nos sentamos a desayunar, la conversación fluye fácilmente. La abuela Rose cuenta

historias de cuando Luke era pequeño, haciéndome reír hasta que me duele el estómago. Luke finge estar avergonzado, pero puedo ver el cariño en sus ojos cuando mira a su abuela.

Y yo, sentada allí, rodeada de risas y calidez, me doy cuenta de que esto es lo que siempre he querido. No la fama o el éxito o las luces brillantes de la gran ciudad. Sino esto. Esta sensación de pertenencia, de hogar.

Sábado

El día es perfecto para montar a caballo. El cielo es de un azul intenso, salpicado de nubes blancas y esponjosas. Luke y yo cabalgamos lado a lado, nuestros caballos avanzando a un ritmo tranquilo.

—¿Sabes? —dice Luke de repente—. Nunca pensé que encontraría a alguien como tú.

Lo miro, sorprendida por la seriedad en su tono.

—¿Qué quieres decir?

Luke se encoge de hombros, su mirada fija en el horizonte.

—Alguien que entienda esta vida. Que la aprecie. Que me entienda a mí.

Siento cómo mi corazón se hincha de emoción.

—Luke...

Él me mira entonces, sus ojos llenos de una intensidad que me deja sin aliento.

—Eres especial, Sofía. Y estoy realmente feliz de que estés aquí.

Las palabras no dichas flotan entre nosotros, cargadas de promesa y posibilidad. No necesitamos decírlas en voz alta. No todavía. Por ahora, este momento, esta conexión, es suficiente.

Sonrío, sintiendo cómo la felicidad burbujea dentro de mí.

—Yo también estoy feliz de estar aquí, Luke. Más de lo que puedo expresar.

Y mientras cabalgamos bajo el cielo infinito de Montana, siento como si estuviera exactamente donde debo estar. Con Luke a mi lado, el futuro se extiende ante nosotros, lleno de posibilidades y promesas silenciosas.

Esta semana ha sido un descubrimiento constante. De Luke, de mí misma, de lo que podemos ser juntos. Y aunque no sé exactamente qué nos depara el futuro, sé una cosa con certeza: no cambiaría estos momentos por nada en el mundo.

CAPÍTULO 24

SOFÍA

Tecleo la última palabra y dejo escapar un suspiro de alivio. Por fin, después de meses de trabajo intenso, mi novela está terminada. Me reclino en la silla, cerrando los ojos por un momento para saborear la sensación de logro. Es una mezcla extraña de emociones: euforia, alivio, y un toque de melancolía. Estos personajes han sido mis compañeros durante tanto tiempo, y ahora... ahora es hora de dejarlos ir.

Abro los ojos y miro la pantalla, releendo las últimas líneas. ¿Es realmente el final? ¿He dicho todo lo que quería decir? La duda, esa vieja compañera de todo escritor, empieza a susurrar en mi oído. Sacudo la cabeza, intentando alejarla. No es momento para dudar. He trabajado duro, he puesto mi corazón en cada palabra. Es hora de dar el siguiente paso.

Con un suspiro, abro mi correo electrónico y adjunto el archivo. Mis dedos vacilan sobre el teclado por un instante antes de presionar «Enviar». Ya está. El manuscrito está en manos de mi agente. Una sensación de vértigo me invade. Es como saltar al vacío, sabiendo que ya no hay vuelta atrás.

Miro el reloj: apenas son las cuatro de la tarde. La casa está en silencio, Luke debe estar en la comisaría. Tomo mi teléfono y marco su número, mi corazón acelerándose con cada tono. Necesito compartir esto con alguien, y Luke... bueno, Luke se ha convertido en mi ancla.

—*Sheriff* Blackwood —responde Luke con su tono profesional.

—Luke, soy yo, Sofía —digo, sin poder contener mi emoción—. ¡Lo hice! Acabo de terminar la novela y enviársela a mi agente.

Su voz se suaviza inmediatamente.

—¡Eso es fantástico! Sabía que lo lograrías. Estoy muy orgulloso de ti.

Su orgullo calienta mi pecho, pero también trae consigo una punzada de ansiedad.

—Gracias, Luke. Significa mucho viniendo de ti.

—Esto merece una celebración —dice él—. ¿Qué te parece si preparo una cena especial esta noche? Solo tú y yo.

—Sueno perfecto —respondo, tratando de mantener mi voz estable.

—Genial. Te veo en casa entonces. Y Sofía... —hace una pausa que me deja sin aliento— estoy deseando verte.

Cuelgo el teléfono y me quedo mirándolo, una mezcla de emociones arremolinándose en mi interior. Alegría por haber terminado la novela, emoción por la cena con Luke, pero también un creciente pánico.

La realización me golpea como un tren de carga: he terminado la novela. Ya no tengo razón para quedarme en el rancho. La idea de volver a Nueva York, de dejar atrás todo esto... de dejar a Luke... me provoca náuseas.

Me levanto abruptamente, necesitando moverme, hacer algo. Camino por la habitación, mis pensamientos un torbellino. ¿Cómo he llegado a este punto? Cuando vine a Montana, era solo para escribir, para encontrar inspiración. No esperaba... esto. No esperaba enamorarme. No solo de Luke, sino de todo: el rancho, la vida aquí, la sensación de pertenencia que nunca tuve en Nueva York.

Necesito hablar con alguien. Necesito a mi mejor amiga.

Salgo apresuradamente, el sol de la tarde calentando mi piel mientras camino hacia la casa de Megan y Ethan. Aunque vivimos en el mismo rancho, ellos tienen su propio espacio, una estructura antigua que Ethan remodelo con sus propias manos. El camino familiar bajo mis pies me trae recuerdos de todas las veces que he hecho este trayecto en los últimos meses, buscando el consejo de Megan o simplemente su compañía.

Llamo a la puerta, mi pie golpeando nerviosamente el suelo mientras espero. Megan abre, sus ojos se abren de par en par al verme.

—¡Sofía! ¿Qué pasa? Pareces que has visto un fantasma.

—Megan —jadeo—. Necesito tu ayuda. He terminado la novela y...

—¡Eso es genial! —me interrumpe, pero debe ver algo en mi expresión porque su sonrisa se desvanece—. ¿No es genial?

La empujo suavemente para entrar en la casa y cierro la puerta detrás de mí. El interior es acogedor y familiar, tan diferente de mi apartamento en Nueva York. Me dejo caer en el sofá, hundiendo la cara entre las manos.

—No, sí, es genial, pero... —respiro hondo—. Creo que me he enamorado de Luke.

Megan me mira fijamente durante un segundo antes de estallar en carcajadas.

—¿Y acabas de darte cuenta? Cariño, eso ha sido obvio para todos desde hace semanas.

Levanto la cabeza para mirarla, sorprendida por su reacción.

—No lo entiendes —digo, frustrada—. Ahora que he terminado la novela, no tengo razón para quedarme. Tendré que volver a Nueva York y...

—Whoa, para el carro —Megan se sienta a mi lado y me toma de los hombros—. ¿Quién dice que tienes que irte? ¿Has hablado con Luke sobre esto?

Niego con la cabeza, sintiéndome de repente muy pequeña.

—No puedo. ¿Y si él no siente lo mismo? ¿Y si solo he sido una distracción temporal?

Megan pone los ojos en blanco.

—Sofía, ese hombre te mira como si fueses la única mujer sobre la faz de la tierra. Tienes que hablar con él.

—Pero ¿y si me equivoco? —insisto—. ¿Y si le digo que quiero quedarme y él... él no quiere que lo haga?

Megan suspira y me toma de las manos.

—Escucha, Sofía. El amor siempre implica un riesgo. Pero ¿sabes qué es peor que el rechazo? El arrepentimiento. Créeme, lo sé.

La miro, intrigada.

—¿Qué quieres decir?

Megan sonríe, una sonrisa agridulce.

—¿Recuerdas cuando te conté sobre Ethan y yo? Casi dejo pasar mi oportunidad con él porque tenía miedo. Miedo de que no funcionara, miedo de que me rompiera el corazón. Pero ¿sabes qué? Arriesgarme fue la mejor decisión que he tomado en mi vida.

Sus palabras resuenan en mi interior, removiendo algo profundo. Tiene razón, lo sé. Pero el miedo sigue ahí, aferrándose a mi corazón como una garra fría.

—Pero Megan, no es solo Luke —confieso—. Es todo esto. El rancho, Montana, esta vida... Me siento más en casa aquí de lo que nunca me he sentido en Nueva York. Y eso me aterra.

Megan aprieta mis manos.

—¿Por qué te asusta sentirte en casa?

Me tomo un momento para reflexionar, buscando las palabras adecuadas.

—Porque... porque nunca he tenido un hogar de verdad. Siempre he sido la chica de la gran ciudad, la escritora en ascenso. Es lo que me define. Si lo dejo ir, ¿quién soy?

—Eres Sofía —dice Megan con firmeza—. Escritora, amiga, mujer valiente que no tiene miedo de seguir su corazón. Eso no cambia, estés donde estés.

Antes de que pueda responder, mi teléfono suena. Es mi agente. Con un suspiro, contesto.

—Sofía, cariño, ¡felicidades por terminar la novela! —la voz de Tom suena demasiado alegre para mi estado de ánimo actual—. Acabo de leer los primeros capítulos y son brillantes. No sabía que este retiro en Montana fuese a ser tan bueno para tu escritura.

—Gracias, Tom —respondo, sintiendo una punzada de culpa. Si él supiera...

—Ahora, necesito que recojas tus cosas —continúa Tom, sin notar mi falta de entusiasmo—. Tienes que volver a Nueva York lo antes posible. Tenemos entrevistas, eventos de promoción, reuniones con los editores... El libro tiene que ir a corregirse en pocas semanas y a imprenta porque has estirado demasiado la fecha de entrega.

Siento cómo la sangre se me hiela en las venas. La realidad de Nueva York, de mi vida anterior, se siente como un intruso en este momento.

—No —digo, sorprendiéndome a mí misma con la firmeza de mi voz.

—¿Cómo que no? —la confusión en la voz de Tom es palpable—. Sofía, esto no es negociable. Tu carrera...

—He dicho que no, Tom —repito, más fuerte esta vez—. No voy a volver a Nueva York. Me quedo en Montana.

—¿Te has vuelto loca? —exclama Tom—. Sofía, piensa en todo por lo que has trabajado. No puedes tirarlo por la borda por un capricho...

—No es un capricho, Tom —lo interrumpo—. Es mi vida. Y por primera vez en mucho tiempo, sé lo que quiero.

Y antes de que pueda decir nada más, cuelgo. El teléfono empieza a sonar de nuevo casi inmediatamente, pero lo ignoro.

Megan me mira con una mezcla de orgullo y preocupación.

—¿Estás segura de esto?

Asiento, sintiendo una extraña calma apoderarse de mí.

—Nunca he estado más segura de nada en mi vida.

—¿Y qué hay de tu carrera? —pregunta Megan suavemente.

Me tomo un momento para considerar su pregunta.

—Mi carrera es importante para mí, pero no a costa de mi felicidad. Además, soy escritora. Puedo escribir desde cualquier lugar.

Megan sonríe.

—Bueno, si alguien puede hacer que funcione, esa eres tú. Ahora, ¿qué vas a hacer con Luke?

El pánico vuelve a apoderarse de mí.

—No lo sé. Tenemos una cena esta noche para celebrar que terminé la novela y yo...

—Vas a decirle cómo te sientes —dice Megan con firmeza.

—Pero...

—Sin peros —me interrumpe—. Sofía, te has enfrentado a tu agente y has decidido cambiar toda tu vida. Puedes decirle a un vaquero *sexy* que estás enamorada de él.

No puedo evitar reír ante su descripción de Luke.

—Está bien, está bien. Lo intentaré.

Megan me da un abrazo.

—Esa es mi chica. Ahora ve a prepararte para tu cena. Y recuerda, pase lo que pase, estoy aquí para ti.

Salgo de la casa de Megan sintiéndome más ligera, pero aún nerviosa. El sol comienza a ponerse, tiñendo el cielo de tonos rosados y dorados. Es hermoso, como todo en este lugar. Como Luke.

De vuelta en la casa, me dirijo a mi habitación para prepararme. Mientras me ducho y me visto, repaso mentalmente lo que quiero decirle a Luke. Cada escenario posible pasa por mi mente, desde el más optimista hasta el más catastrófico.

Finalmente, escucho el coche de Luke en el camino de entrada. Mi corazón se acelera. Este es el momento. Sea cual sea el resultado, esta noche cambiará todo.

Me miro una última vez en el espejo, respirando profundamente.

—Puedes hacerlo, Sofía —me digo a mí misma—. Es hora de ser valiente.

Luke entra en la casa, su uniforme de *sheriff* arrugado después de un largo día de trabajo. Sus ojos se iluminan cuando me ve.

—Hola, escritora estrella —dice con una sonrisa—. Dame unos minutos para cambiarme y empezaré con la cena.

Asiento, incapaz de confiar en mi voz. Mientras Luke sube las escaleras, me dirijo a la cocina y abro una botella de vino. Necesito algo que calme mis nervios.

La cena es perfecta. Luke ha preparado mi plato favorito y la conversación fluye fácilmente entre nosotros, como siempre. Pero hay una tensión subyacente, una electricidad en el aire que hace que mi piel hormiguee.

—Así que —dice Luke mientras servimos el postre—, ¿cómo te sientes ahora que has terminado la novela?

Es mi oportunidad. Puedo decirle cómo me siento, confesarle que no quiero irme, que quiero quedarme aquí, con él. Abro la boca, pero las palabras se niegan a salir. El miedo me paraliza.

—Estoy... contenta —digo finalmente, odiándome por mi cobardía—. Ha sido una experiencia increíble.

Luke asiente, una sombra pasando por sus ojos. ¿Es decepción lo que veo? ¿O solo estoy proyectando mis propios deseos?

El silencio cae entre nosotros, pesado y cargado de cosas no dichas. Luke me mira fijamente, como si estuviera tratando de leer mis pensamientos. Por un momento, creo que va a decir algo, pero luego sacude la cabeza y empieza a recoger los platos.

Le ayudo a limpiar, nuestros movimientos sincronizados como si lleváramos años haciéndolo juntos. Cuando terminamos, nos quedamos de pie en la cocina, demasiado cerca y a la vez demasiado lejos.

—Luke —empiezo, reuniendo todo mi coraje—. Yo...

Pero las palabras se me atorán en la garganta. El miedo me paraliza de nuevo. ¿Y si estoy malinterpretando todo? ¿Y si para él solo he sido una distracción temporal?

—¿Sí, Sofía? —pregunta Luke, sus ojos fijos en los míos.

Trago saliva, mi corazón latiendo tan fuerte que estoy segura de que él puede oírlo.

—Yo... quería agradecerte —digo finalmente, odiándome por mi cobardía—. Por todo. Por la cena, por tu apoyo... por todo.

Luke sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos.

—No tienes que agradecerme nada, Sofía. Ha sido un placer.

Nos quedamos allí, mirándonos, el aire entre nosotros cargado de palabras no dichas y sentimientos no expresados. Quiero dar un paso adelante, cerrar la distancia entre nosotros, decirle todo lo que siento. Pero el miedo me mantiene clavada en mi lugar.

Finalmente, Luke rompe el silencio.

—Se está haciendo tarde. Deberíamos descansar.

Asiento, sintiéndome derrotada.

—Sí, tienes razón.

Subimos las escaleras en silencio, el espacio entre nosotros parece un abismo. En el pasillo, frente a nuestras habitaciones, nos detenemos.

—Buenas noches, Sofía —dice Luke suavemente—. Y felicidades de nuevo por terminar tu novela.

—Buenas noches, Luke —respondo, mi voz apenas un susurro.

Entro en mi habitación y cierro la puerta, apoyándome contra ella. Las lágrimas que he estado conteniendo toda la noche finalmente caen. ¿Cómo puedo sentirme tan cerca y tan lejos de alguien al mismo tiempo?

Me dejo caer en la cama, mirando al techo. Mañana, me prometo. Mañana le diré a Luke cómo me siento. Mañana seré valiente.

Pero mientras el sueño me reclama, una parte de mí se pregunta si tendré el coraje de enfrentar mis sentimientos, o si dejaré que el miedo gane una vez más.

CAPÍTULO 25

LUKE

El techo de mi habitación nunca me había parecido tan interesante. Llevo horas mirándolo fijamente, como si en sus grietas y sombras pudiera encontrar las respuestas que busco.

Sofía ha terminado su libro. La idea se repite en mi mente como un eco interminable. Debería estar feliz por ella, orgulloso. Y lo estoy. Pero ese sentimiento está enterrado bajo capas y capas de miedo y ansiedad. Porque ahora que ha terminado, ya no tiene razón para quedarse. Se irá. Volverá a Nueva York, a su vida de escritora famosa, y yo... yo volveré a ser solo el *sheriff* de un pequeño pueblo en Montana.

Me giro en la cama, buscando una posición cómoda que sé que no encontraré. Cada vez que cierro los ojos, veo su rostro. Su sonrisa, esa que ilumina toda la habitación. Sus ojos brillantes cuando habla de su novela. La forma en que arruga la nariz cuando está concentrada escribiendo. Todos esos pequeños detalles que he memorizado sin darme cuenta, que se han vuelto tan preciosos para mí.

¿Cuándo sucedió esto? ¿En qué momento pasé de ver a Sofía como una visitante temporal a no poder imaginar mi vida sin ella? Tal vez fue esa tarde en la oficina, cuando la vi investigar por primera vez, riendo a carcajadas mientras revolvía papeles. O quizás fue durante esas largas noches en la cocina, compartiendo historias sobre una taza de café. No puedo señalar un momento exacto, pero sé que en algún punto entre su llegada y ahora, me enamoré perdidamente de ella.

El pensamiento me golpea con fuerza. Amor. Es la primera vez que me permito usar esa palabra, incluso en la privacidad de mis pensamientos. Y con ella viene un miedo paralizante. Porque amar a Sofía significa arriesgarme a perderla.

Me levanto de la cama, incapaz de soportar un minuto más de quietud. Me visto en silencio y salgo de la casa antes del amanecer. Necesito aire, espacio, cualquier cosa que me ayude a aclarar mis pensamientos.

El frío de la mañana me golpea, despejando un poco la niebla de mi mente. Camino sin rumbo, viendo cómo el cielo se tiñe lentamente de rosa y naranja. Es hermoso, pero no puedo evitar pensar que preferiría estar compartiendo este amanecer con Sofía.

Cuando finalmente regreso a casa para prepararme para el trabajo, la casa está en silencio. Me muevo sigilosamente, evitando hacer ruido. No estoy listo para enfrentarme a ella, no todavía.

El día pasa en un borrón de patrullas rutinarias y papeleo. Me mantengo ocupado, evitando volver a casa. Evitando a Sofía. Sé que es cobarde, pero la idea de verla, de tener que fingir que estoy bien con la idea de su partida, me resulta insoportable.

En la comisaría, mi ayudante, me lanza miradas preocupadas.

—¿Todo bien, jefe? —pregunta finalmente después de que paso media hora mirando fijamente el mismo informe.

—Sí, sí, todo bien —respondo, forzando una sonrisa que no engaña a nadie.

Oliver asiente, claramente no convencido, pero lo deja pasar. Es una de las cosas que aprecio de él: sabe cuándo no presionar.

Las horas se arrastran. Cada vez que suena el teléfono, mi corazón da un vuelco, pensando que podría ser Sofía. Pero nunca es ella. ¿Estará también evitándome? ¿O simplemente está ocupada preparándose para irse?

Cuando finalmente no puedo posponer más mi regreso, el sol ya se ha puesto. La casa está en silencio cuando entro, moviéndome de puntillas como un ladrón en mi propio hogar.

—¿Tratando de colarte sin ser visto, Luke?

La voz de mi abuela me sobresalta. Está sentada en su sillón favorito en la sala, una taza de té en

sus manos y una mirada conocedora en sus ojos.

—Abuela, yo... no quería molestar a nadie.

Ella resopla, claramente no convencida.

—Tonterías. Has estado evitando a Sofía todo el día. ¿Cuándo vas a dejar de ser un cobarde y decirle lo que sientes?

Pillado.

—No sé de qué estás hablando.

—Oh, por favor —dice, poniendo los ojos en blanco—. ¿Te piensas que soy tonta? He visto cómo la miras. Como si fuera el sol después de un largo invierno.

Abro la boca para protestar, pero las palabras no salen. ¿Tan obvio he sido?

—Mañana —digo finalmente, sin saber si es una promesa o una excusa—. Mañana hablaré con ella.

Mi abuela asiente, una sonrisa suave en sus labios.

—Bien. Ahora ve a dormir. Y Luke... sé valiente. El amor vale la pena el riesgo.

Subo las escaleras, sus palabras resonando en mi mente. En la seguridad de mi habitación, me dejo caer en la cama, agotado, pero aún incapaz de dormir.

¿Seré capaz de decírselo mañana? ¿De abrirle mi corazón y arriesgarme al rechazo? Porque hay algo que siempre he sabido con certeza: Sofía es demasiado buena para estar aquí. Demasiado brillante, demasiado talentosa. Merece las luces de la gran ciudad, no quedarse atrapada en un pequeño pueblo de Montana por un *sheriff* con el corazón roto.

Cierro los ojos, pero las imágenes de Sofía inundan mi mente. La veo sentada en el porche, su portátil en su regazo, mordisqueando el extremo de un lápiz mientras piensa en su próxima frase. La veo riendo en la cocina, harina en su nariz después de un intento fallido de hacer pasteles. La veo dormida en el sofá, un libro abierto sobre su pecho, tan pacífica y hermosa que me quita el aliento.

Y luego la imagino recogiendo sus cosas, subiendo a un avión, desapareciendo de mi vida tan rápido como entró en ella. El pensamiento me provoca un dolor físico en el pecho.

Pero mientras el sueño finalmente comienza a reclamarme, una pequeña chispa de esperanza se enciende en mi pecho. Tal vez, solo tal vez, ella sienta lo mismo. Tal vez todos los momentos que hemos compartido, cada vez que hemos hecho el amor, esos silencios cómodos, esas conversaciones que se extendían hasta altas horas de la noche, signifiquen tanto para ella como para mí.

Mañana lo sabré. Mañana seré valiente. Mañana le diré a Sofía que la amo, que quiero que se quede, que estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para que esto funcione.

Y si ella decide irse... bueno, al menos sabré que lo intenté. Que, por una vez en mi vida, me atreví a luchar por lo que realmente quería.

Con ese pensamiento, finalmente me dejo llevar por el sueño, soñando con un futuro donde Sofía elige quedarse, donde construimos una vida juntos aquí en Montana. Un futuro que, mañana, podría convertirse en realidad.

SOFÍA

El sol de la mañana se filtra por las cortinas, despertándome suavemente. Por un momento, me quedo quieta, disfrutando de la paz del rancho. Suspiro, sabiendo que hoy tendré que atreverme. Hoy le diré a Luke cómo me siento.

Me levanto y me visto, preparándome mentalmente para la conversación que me espera. Pero cuando bajo las escaleras, mis planes se desmoronan.

Toda mi vida se desmorona.

—Buenos días, querida —me saluda la abuela Rose desde la cocina—. Hay alguien aquí que ha venido para verte.

Confundida, me dirijo a la sala. Allí, de pie junto a la ventana, está Tom, mi agente, con un

maletín en la mano y una expresión determinada en el rostro.

—¡Sofía! Por fin te encuentro —exclama al verme.

—Tom, ¿qué haces aquí? —pregunto, la sorpresa dando paso rápidamente a la ansiedad.

—He venido a llevarte de vuelta a Nueva York —dice, como si fuera lo más natural del mundo—. Ya has estado jugando a la granjera durante demasiado tiempo. Tenemos una gira de promoción que organizar, entrevistas que programar...

—Tom, ya te lo dije por teléfono. No voy a volver a Nueva York. Me quedo aquí.

Su rostro se endurece.

—Me temía que dirías eso. Sofía, no tienes opción. Estás legalmente obligada a cumplir con tus compromisos contractuales.

Siento cómo la sangre se me hiela en las venas.

—¿Qué quieres decir?

Tom saca un documento de su maletín.

—Según tu contrato, estás obligada a participar en la promoción del libro. Si no lo haces, la editorial puede demandarte por incumplimiento de contrato. Podrías perderlo todo, Sofía.

Mi mente da vueltas. ¿Cómo me he podido olvidar de esa cláusula? Cuando lo firmé parecía tan insignificante...

—Tiene que haber otra manera —digo, desesperada—. Puedo hacer entrevistas por video, puedo...

—No es suficiente —me interrumpe Tom—. La editorial quiere que estés físicamente en Nueva York. Lo siento, Sofía, pero tienes que venir conmigo.

En ese momento, escucho pasos en la escalera. Luke aparece, su rostro una mezcla de confusión y preocupación.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta, su mirada pasando de Tom a mí.

—Luke... —empiezo, pero las palabras se me atascan en la garganta. ¿Cómo le explico esto?

Tom, sin embargo, no tiene esos problemas.

—Soy Tom, el agente de Sofía. He venido a llevarla de vuelta a Nueva York. Tiene obligaciones contractuales que cumplir.

Veo cómo el rostro de Luke se endurece, su mirada volviéndose fría.

—¿Es eso cierto, Sofía?

—Sí, pero Luke, yo no quiero irme. Yo...

—¿Por qué no me lo has dicho primero? —me interrumpe, su voz llena de dolor—. ¿Por qué he tenido que enterarme así? ¿Te ibas a despedir si quiera de mí?

El dolor en su voz me desgarrar. Doy un paso hacia él, mi corazón latiendo frenéticamente.

—Luke, por favor, escúchame —digo, mi voz temblando con emoción—. Sí, tengo obligaciones en Nueva York, pero eso no cambia lo que siento. No cambia lo que quiero.

Extiendo mi mano, intentando alcanzar la suya, pero él la retira. Aun así, no me rindo. Me acerco más, hasta que puedo ver el dolor y la confusión en sus ojos.

—Luke, mírame —suplico suavemente—. Desde que llegué aquí, todo ha cambiado. Yo he cambiado. Este lugar, esta vida... tú... os habéis convertido en mi hogar.

Veo un destello de esperanza en sus ojos, rápidamente reemplazado por duda.

—Luke, te quiero —digo, las palabras saliendo en un susurro entrecortado—. Te quiero de una manera que nunca pensé posible. Y sé que parece una locura, que tal vez pienses que solo lo digo porque me siento acorralada, pero es la verdad. Te quiero, y quiero quedarme aquí, contigo.

Intento tomar su mano de nuevo, y esta vez, aunque tensa, no la retira.

—Por favor, créeme —ruego, las lágrimas amenazando con caer—. No estoy mintiendo. No te mentaría sobre esto. Nunca.

Por un momento, veo la lucha en sus ojos, el deseo de crearme luchando contra el miedo y la duda. Pero entonces, su expresión se endurece.

—No, Sofía —dice, su voz tensa—. No digas eso. No me mientas solo porque te sientes culpable. Siempre he sabido que te irías, pero pensé... pensé que al menos serías honesta conmigo.

—Luke, por favor, déjame explicarte...

Pero él ya está retrocediendo, alejándose de mí.

—No necesito explicaciones. Está claro que Nueva York es donde realmente quieres estar. Que te vaya bien, Sofía.

Y con eso, se da la vuelta y sale de casa, dejándome allí, con el corazón roto y las lágrimas corriendo por mis mejillas.

Tom carraspea incómodamente.

—Lo siento, Sofía. Sé que esto es difícil, pero...

—Déjame sola, Tom —digo, mi voz apenas un susurro—. Me iré contigo a Nueva York, pero necesito un momento.

Cuando Tom sale, me derrumbo en el sofá, sollozando. ¿Cómo ha podido todo salir tan mal? Luke cree que le he mentado, que nunca he querido quedarme. Y ahora, justo cuando finalmente había encontrado el coraje para decirle cómo me sentía, lo he perdido todo.

Siento una mano suave en mi hombro. Levanto la mirada para ver a la abuela Rose, sus ojos llenos de comprensión.

—Oh, querida —dice suavemente, sentándose a mi lado—. Los hombres pueden ser muy tontos a veces.

—Él cree que le he mentado, abuela —sollozo—. Cree que nunca he querido quedarme. Que todo es una excusa.

La abuela Rose me abraza, acariciando mi cabello como si fuera una niña pequeña.

—Luke está herido, cariño. Reacciona atacando porque tiene miedo de perderte. Dale tiempo. Se dará cuenta de su error.

—Pero me voy a Nueva York —digo, mi voz quebrándose—. ¿Y si cuando vuelva es demasiado tarde?

—Si es amor verdadero, nunca es demasiado tarde —responde la abuela con una sonrisa sabia—. Y créeme, lo que tenéis vosotros es especial. Luke lo verá, se dará cuenta.

Sus palabras me dan un pequeño rayo de esperanza. Con un suspiro tembloroso, me limpio las lágrimas.

—Gracias, abuela —digo, abrazándola con fuerza.

—Ahora, ve a hacer tus maletas —dice ella, dándome un pequeño empujón—. Cumple con tus obligaciones en Nueva York, pero recuerda: siempre tendrás un hogar aquí.

Con el corazón un poco más ligero, subo las escaleras para hacer mis maletas. Cada objeto que guardo es un recordatorio de los momentos felices que he pasado aquí, de la vida que podría haber tenido.

Mientras cierro la maleta, tomo una decisión. Volveré a Nueva York, cumpliré con mis obligaciones. Pero esto no ha terminado. Encontraré una manera de volver, de explicarle todo a Luke, de luchar por lo que tenemos.

Porque ahora lo sé con certeza: este rancho, esta vida, Luke... es todo lo que quiero. Y no voy a renunciar a ello sin pelear. Por mucho que un vaquero gruñón me lo ponga difícil.

CAPÍTULO 26

SOFÍA

El aeropuerto de Bozeman parece más pequeño y deprimente que nunca. O quizás soy yo, que estoy hecha un desastre. Megan y Ethan están a mi lado, intentando animarme, pero yo no puedo dejar de mirar hacia la entrada. Busco una cara, una silueta familiar. Busco a Luke.

—Venga, Sof, ánimo —me dice Megan, dándome un codazo cariñoso—. Seguro que está liado con algo del trabajo.

Asiento, pero sé que no es verdad. Luke no va a venir. No después de cómo acabaron las cosas entre nosotros.

—Claro, debe de ser eso —miento, forzando una sonrisa que no engaña a nadie.

Ethan me mira con una mezcla de lástima y frustración. Sé que está dividido entre la lealtad a su hermano y el cariño que me ha cogido estas semanas.

—Mi hermano es un cabezota —gruñe—. Pero se le pasará. Ya verás.

Ojalá tuviera su confianza. El altavoz anuncia mi vuelo y siento que se me encoge el estómago. Es la hora.

—Bueno, chicos, ha sido genial estar aquí —digo, abrazándolos a los dos—. Gracias por todo.

—Vuelve pronto, ¿eh? —me dice Megan, con los ojos brillantes—. Que ahora que te he recuperado, no pienso perderte de vista otra vez.

Me río, pero es una risa húmeda, mezclada con las lágrimas que ya no puedo contener.

—Prometido.

Echo una última mirada a la entrada. Nada. Con un suspiro, cojo mi maleta y me dirijo a la puerta de embarque. Cada paso que doy me aleja más de Luke, de Montana, de la vida que por un momento pensé que podría tener.

El vuelo es una tortura. No puedo dejar de pensar en Luke, en su cara cuando creyó que le había mentido. ¿Cómo pudo pensar eso? ¿Tan poco me conoce? La azafata me pregunta si estoy bien y me doy cuenta de que estoy llorando otra vez. Genial.

Nueva York me recibe con su habitual caos y ruido. Debería sentirme en casa, pero todo me parece extraño, ajeno. Mi apartamento, que antes me parecía el colmo del *glamour* neoyorquino, ahora se me antoja frío y vacío. No hay olor a café recién hecho por las mañanas, ni el sonido de botas sobre madera. No hay Luke.

Los días siguientes son una vorágine de reuniones y llamadas. Tom parece decidido a no dejarme ni un minuto para respirar. O para pensar en cierto *sheriff* de ojos verdes.

—Sofía, cariño, ¡estás radiante! —exclama Marissa, la jefa de marketing de la editorial, cuando entro en la sala de reuniones—. Montana te ha sentado de maravilla.

Sonrí, pero la sonrisa no me llega a los ojos. Si ella supiera...

—Gracias, Marissa. Ha sido... revelador.

La reunión se alarga durante horas. Discutimos fechas de lanzamiento, estrategias de promoción, posibles portadas. Yo asiento, doy mi opinión cuando me la piden, pero mi mente está a kilómetros de distancia, en un rancho bajo las montañas.

Cuando por fin salgo a la calle, el bullicio de Manhattan me golpea como una ola. Camino sin rumbo, dejándome llevar por la corriente de gente. Y entonces, lo veo. Un hombre alto, de espaldas anchas, con un sombrero de vaquero. Mi corazón da un vuelco.

—¿Luke? —susurro, abriéndome paso entre la multitud.

El hombre se gira y... no es él. Claro que no es él. ¿Cómo iba a ser Luke? Él está en Montana, probablemente odiándome en este momento. La decepción me golpea con fuerza, dejándome sin aliento.

Los días se convierten en semanas. Entre reuniones y sesiones de fotos, apenas tengo tiempo para mí misma. Pero cada noche, cuando vuelvo a mi apartamento vacío, el recuerdo de Luke me asalta con fuerza renovada.

—Sofía, cielo, ¿me estás escuchando? —la voz de Tom me devuelve a la realidad. Estamos en su despacho, rodeados de libros y contratos.

—Perdona, Tom. Estaba... distraída.

Él me mira con preocupación.

—Llevas así desde que volviste de Montana. ¿Pasó algo allí que deba saber?

Por un momento, estoy tentada de contárselo todo. De hablarle de Luke, de cómo me enamoré de él, de cómo todo se fue al traste por un malentendido estúpido. Pero me contengo. Hay cosas que son demasiado preciosas, demasiado dolorosas, para compartirlas.

—No, nada. Solo estoy cansada.

Tom no parece convencido, pero lo deja pasar. Seguimos hablando de fechas y contratos, pero yo ya no estoy allí. Estoy en Montana, cabalgando junto a Luke, riendo bajo las estrellas.

Cuando por fin tengo en mis manos el manuscrito de prueba, maquetado y listo, sé lo que tengo que hacer. Le escribo una nota:

«Luke,

Sé que probablemente no quieras saber nada de mí, pero... aquí tienes. El libro que escribí en tu rancho, inspirada por tu tierra, tu gente. Por ti.

Gracias por todo. Por los paseos a caballo, por las noches junto al fuego, por dejarme acompañarte en tu trabajo de sheriff. Conocerme ha cambiado mi vida de una manera que nunca imaginé posible.

Me enseñaste que el amor puede ser tan salvaje y hermoso como las montañas de Montana. Me mostraste una forma de vida que nunca creí que podría amar tanto.

Te echo de menos. Más de lo que nunca creí posible. Cada rincón de Nueva York me recuerda a ti, a lo que podríamos haber tenido.

No sé si alguna vez leerás esto, si alguna vez podrás perdonarme. Pero quiero que sepas que, pase lo que pase, una parte de mí siempre estará en ese rancho de Montana, junto a un sheriff de ojos verdes que me robó el corazón sin que me diera cuenta.

Sofía»

Envío el paquete y me quedo mirando por la ventana, hacia el horizonte de rascacielos. ¿Estará Luke mirando las montañas ahora mismo? ¿Pensará en mí, aunque sea un poquito?

No lo sé. Pero de lo que estoy segura es que, por mucho que lo intente, no puedo olvidarle. Luke Blackwood se ha convertido en una parte de mí, tan esencial como el aire que respiro. Y aunque ahora duela, aunque la distancia parezca insalvable, no puedo evitar albergar una pequeña esperanza.

Porque si algo me ha enseñado escribir novelas románticas es que, a veces, el amor encuentra un camino. Incluso cuando parece imposible. Incluso cuando hay todo un país de por medio.

Suspiro y vuelvo a mi escritorio. Tengo un nuevo libro que empezar. Y quizás, solo quizás, esta vez la historia tenga un final feliz. Para la protagonista... y para mí.

LUKE

El día que Sofía se fue, me escondí como un cobarde en el aeropuerto. No podía soportar la idea de despedirme, de ver cómo se marchaba de mi vida. Así que me quedé entre las sombras, observándola mientras abrazaba a Megan y Ethan. Vi cómo miraba alrededor, buscándome. El dolor en sus ojos me partió el alma, pero, aun así, no pude moverme.

Cuando subió al avión, una parte de mí se fue con ella.

Las semanas siguientes son un borrón de días grises y noches interminables. Me levanto, me visto, voy al trabajo. Patrulló las calles de Pine Ridge como un autómata, respondiendo llamadas, rellenando informes. Pero no estoy realmente ahí. Mi mente está en Nueva York, con Sofía.

Oliver, mi ayudante, me mira con preocupación.

—Jefe, ¿está bien? —me pregunta un día, después de que me quede mirando fijamente al vacío durante media hora.

—Sí, sí, todo bien —respondo, forzando una sonrisa en mi boca.

Pero no estoy bien. Nada está bien sin Sofía.

Por las noches, doy vueltas en la cama, incapaz de dormir. Cierro los ojos y la veo: su sonrisa, el brillo de sus ojos cuando hablaba de su novela, la forma en que arrugaba la nariz cuando estaba concentrada escribiendo. Recuerdo nuestras cabalgatas por el rancho, las noches junto al fuego, las conversaciones que se alargaban hasta el amanecer.

Y luego está el caso de Madame Exótica. Joder, cómo olvidarlo. Durante semanas, Sofía me acompañó en cada paso de la investigación. Su entusiasmo, su perspicacia... me dejó alucinado. Recuerdo cómo se le iluminaba la cara cada vez que descubríamos una nueva pista, cómo se quedaba hasta tarde conmigo repasando informes, cómo su mente brillante conectaba puntos que yo ni siquiera había visto.

Una noche, después de dar vueltas en la cama durante horas, no puedo más. Me levanto y, casi sin darme cuenta, mis pasos me llevan hasta la habitación de Sofía. Dudo un momento antes de entrar, pero la necesidad de sentirla cerca, aunque sea a través de su espacio, es más fuerte que yo.

Abro la puerta y su aroma me golpea como una ola. Es como si aún estuviera aquí.

Me siento en su cama, acariciando la colcha. ¿Cómo pude ser tan imbécil? ¿Cómo pude dejar que se fuera?

Los días se convierten en semanas. Intento mantener la rutina, pero cada vez me cuesta más. Empiezo a saltarme comidas, a descuidar mi aspecto. La barba crece, descontrolada. Las ojeras se vuelven permanentes.

Ethan intenta hablar conmigo, pero lo evito. No puedo soportar la lástima en sus ojos.

—Luke, tío, no puedes seguir así —me dice un día, bloqueándome el paso en la cocina.

—Estoy bien —gruño, esquivándolo para servirme otra taza de café. Es lo único que me mantiene en pie estos días.

—No, no lo estás —insiste—. Todos estamos preocupados por ti. La abuela, Megan, yo...

—He dicho que estoy bien, joder —le corto, más brusco de lo que pretendía—. Déjame en paz.

Me largo de la cocina, ignorando su mirada herida. Sé que solo quiere ayudar, pero ¿cómo le explico que me siento vacío? ¿Que cada día sin Sofía es como si me faltara el aire?

Una noche, después de otra ronda de insomnio, vuelvo a la habitación de Sofía. Me siento en su escritorio, pasando los dedos por las páginas de sus borradores. Casi puedo verla sentada aquí, mordiéndose el labio mientras buscaba la palabra perfecta. Recuerdo las noches en que me quedaba en el marco de la puerta, observándola trabajar, maravillado por su concentración, por la pasión que ponía en cada línea.

Y por primera vez desde que se fue, me permito llorar. Lloro por lo que he perdido, por lo que podríamos haber tenido, por mi maldita cobardía.

Los días siguen pasando. Intento mejorar, de verdad que sí. Me obligo a comer, a afeitarme de vez en cuando. Pero la tristeza sigue ahí, como un peso constante en mi pecho.

Una mañana, me levanto después de otra noche de insomnio y me arrastro hacia la cocina, necesitando desesperadamente un café. Pero al entrar, me encuentro con la abuela y Ethan sentados a la mesa. Por sus caras, sé que esto no va a ser una charla agradable.

—Buenos días, cielo —dice la abuela con una sonrisa forzada—. Siéntate, anda.

—¿Qué pasa? —gruño, sirviéndome una taza de café—. ¿Reunión familiar y no me he enterado? Ethan resopla.

—Venga ya, Luke. Sabes perfectamente por qué estamos aquí.

Claro que lo sé. Llevo semanas siendo un zombi, arrastrándome por la casa y el trabajo como si fuera un maldito fantasma. Pero ¿qué esperan que haga?

—Estamos preocupados por ti, cariño —dice la abuela, cogiéndome la mano—. Desde que Sofía se fue...

—No quiero hablar de Sofía —la corto, más brusco de lo que pretendía.

—Pues vas a tener que hacerlo —replica Ethan, con esa voz de hermano mayor que tanto me jode—. Porque te estás hundiendo, tío. Y nos estás hundiendo a todos contigo.

Me paso la mano por la cara, agotado. ¿Cómo les explico lo que siento? ¿Cómo les hago entender que cada día sin ella es como si me faltara una parte de mí mismo?

—La amo —confieso al fin, y decirlo en voz alta duele más de lo que esperaba—. La amo, joder. Pero... no soy suficiente para ella. No puedo darle lo que se merece.

La abuela me da un capón que me pill a por sorpresa.

—¡Ay! ¿A qué viene eso?

—A que eres un ciego idiota —dice, con esa mezcla de cariño y exasperación que solo ella sabe manejar—. ¿Que no eres suficiente? ¿Que no puedes darle lo que se merece? Luke Blackwood, esa chica quiere exactamente lo que eres tú.

—Pero ella es... y yo solo soy...

—Un cobarde —me interrumpe Ethan—. Eso es lo que eres. Te estás escudando detrás de esas tonterías porque tienes miedo.

Sus palabras me golpean como un puñetazo. ¿Tiene razón? ¿Es miedo lo que siento?

Antes de que pueda responder, suena el timbre. El repartidor. Con un paquete para mí.

—Es... es de Sofía —digo, reconociendo su letra en el remite.

Con manos temblorosas, abro el paquete. Dentro hay un libro, una prueba de su novela. Y una carta.

La leo en voz alta, la voz quebrada por la emoción.

El silencio que sigue es ensordecedor. La abuela y Ethan me miran, expectantes.

—¿Y bien? —dice Ethan al fin—. ¿Qué vas a hacer?

No respondo. No puedo. Necesito tiempo para asimilar todo esto.

Me paso el día y la noche leyendo la novela de Sofía. No puedo parar. Cada página es un recuerdo, cada escena me transporta a los momentos que compartimos. La dedicatoria me deja sin aliento: «Para Luke, que me enseñó que el amor puede ser tan salvaje y hermoso como las montañas de Montana».

Y entonces lo veo claro. Como si alguien hubiera encendido una luz en la oscuridad en la que he estado viviendo estas semanas.

La he cagado. La he cagado a lo grande.

Sofía me quiere. Me quiere tal y como soy, con mis defectos y mis miedos. Y yo la he dejado marchar por cobarde.

Pero aún no es tarde. No puede serlo.

Salgo disparado de casa. Ethan y la abuela están en el porche, como si me hubieran estado esperando.

—Me voy a Nueva York —anuncio, sin preámbulos.

La sonrisa de la abuela ilumina todo el rancho.

—Ya era hora, cielo.

Ethan me da una palmada en la espalda.

—Te llevaré al aeropuerto. Ve a hacer la maleta.

Mientras subo las escaleras de dos en dos, oigo a la abuela gritar:

—¡Y afeítate, por el amor de Dios! ¡Pareces un oso!

Sonrí por primera vez en semanas. Voy a buscar a Sofía. Voy a decirle que la amo, que soy un idiota, que quiero pasar el resto de mi vida con ella.

Y esta vez, no pienso dejarla marchar.

CAPÍTULO 27

SOFÍA

Me despierto sobresaltada, con esa ya familiar sensación de náuseas. Otra vez. Llevo así varios días y estoy empezando a preocuparme. Al principio pensé que era estrés por la presentación del libro, pero esto... esto es diferente.

Me levanto despacio, intentando no hacer movimientos bruscos. Hoy es el gran día, la presentación es a las once y necesito estar en plena forma. Me dirijo al baño, rezando para que hoy sea diferente, para que hoy pueda mantener el desayuno en el estómago.

No tengo tanta suerte.

Mientras me enjuago la boca, miro mi reflejo en el espejo. Estoy pálida, con ojeras prominentes. Esto no puede seguir así.

—Vamos, Sofía, tú puedes con esto —me digo, intentando infundirme ánimos.

Pero la verdad es que estoy asustada. ¿Y si es algo grave? ¿Y si no puedo dar la presentación? Tom confía en mí, la editorial ha invertido mucho en este evento. No puedo fallarles.

Decido que ya es hora de buscar ayuda profesional. Mientras me visto, llamo a la consulta del Dr. Ramírez. Por suerte, tienen un hueco a las ocho. Eso me dará tiempo suficiente para llegar a la presentación si todo va bien.

En el taxi de camino a la consulta, no puedo evitar pensar en Luke. ¿Qué diría él si me viera así? Probablemente me regañaría por no haber ido al médico antes. Casi puedo oír su voz: «Sofía, tienes que cuidarte». El recuerdo me provoca una punzada de nostalgia. Lo echo tanto de menos...

La sala de espera está casi vacía a esta hora. Intento distraerme hojeando una revista, pero mi mente no deja de dar vueltas. La presentación, el libro, Luke, estas náuseas... Todo se mezcla en un torbellino de ansiedad.

—Sofía Vega —me llama la enfermera.

En la consulta, le explico al Dr. Ramírez mis síntomas. Náuseas matutinas, cansancio, mareos ocasionales.

—Doctor, necesito estar bien para esta mañana —le digo, sin poder ocultar mi desesperación—. Tengo la presentación más importante de mi carrera a las once. Influencers de libros de todo el país vendrán a la presentación exclusiva de mi nueva novela. No puedo fallar.

El Dr. Ramírez me mira con esa expresión que ponen los médicos cuando creen que estás exagerando.

—Vamos a hacerte unas pruebas rápidas, ¿de acuerdo? Puede que solo sea un virus estomacal, pero es mejor asegurarse.

Asiento, impaciente. Cada minuto cuenta. Debería estar repasando mi presentación, no aquí perdiendo el tiempo.

Mientras espero los resultados, mi mente vuelve a Luke. ¿Habría leído el libro? ¿Le habrá gustado? ¿Pensará en mí tanto como yo pienso en él? Recuerdo nuestras noches juntos, las conversaciones hasta el amanecer, cómo me hacía reír incluso en los momentos más tensos del caso de Madame Exótica. Dios, cómo lo extraño.

El doctor vuelve con un papel en la mano y una expresión que no sé descifrar.

—Bueno, Sofía, ya tenemos los resultados —dice, sentándose frente a mí—. No estás enferma.

Suelto un suspiro de alivio.

—Qué bien, entonces puedo...

—Estás embarazada.

El mundo se detiene. Las palabras del doctor flotan en el aire, como si no acabaran de registrarse en mi cerebro.

—¿Cómo dice? —susurro.

—Estás embarazada —repite el doctor, con una sonrisa amable—. De unas seis semanas, diría yo.

Embarazada. Voy a tener un hijo. Un hijo de Luke.

No me lo puedo creer. Siento como si en vez de viviendo estuviera en un sueño.

Me quedo sentada en la silla, incapaz de moverme. Mi mente es un torbellino de emociones. Miedo, emoción, pánico, alegría... todo mezclado en un cóctel que amenaza con hacerme marear de nuevo.

—Sofía, ¿estás bien? —la voz del doctor me devuelve a la realidad.

—Yo... sí... no... no lo sé —balbuceo—. Es que... no me lo esperaba.

—Es normal sentirse abrumada —dice el doctor, dándome unas palmaditas en la mano—. Tómate tu tiempo para procesarlo. Y cuando estés lista, programaremos una cita para...

Miro el reloj. Es tarde. Tengo que espabilar. Tengo que irme ya si quiero llegar a tiempo.

—Lo siento, doctor. Tengo que irme. La presentación...

—Sofía, espera, deberíamos hablar sobre...

Pero ya estoy en la puerta, con la cabeza dando vueltas.

—Gracias, doctor. Ya... ya pediré cita.

Salgo de la consulta, mi mente un caos. ¿Cómo voy a decírselo a Luke? ¿Querrá saberlo siquiera? ¿Y si cree que es una treta para retenerlo? ¿Y si...?

No, no puedo pensar en eso ahora. Tengo una presentación que dar. Ya lidiaré con... esto... después.

Llego al hotel donde se celebra el evento un rato antes. Tengo una hora y media para arreglarme y calmarme. Mientras me maquillo a toda prisa en el baño, no puedo evitar mirarme al espejo, buscando algún cambio. Es una tontería, lo sé. Aún es demasiado pronto para que se note nada.

Un hijo. Voy a tener un hijo.

El pánico y la emoción se alternan en oleadas. Respiro hondo, intentando calmarme. «Concéntrate, Sofía. Ahora no es el momento».

Me miro una última vez al espejo. El maquillaje ha hecho milagros ocultando mi palidez y mis ojeras. Nadie tiene por qué saber lo que acabo de descubrir. Puedo hacer esto. Soy Sofía Vega, después de todo. He enfrentado críticas despiadadas, bloqueos de escritor y una ruptura muy pública. Puedo manejar una presentación.

Salgo del baño y me dirijo hacia el salón del evento. El murmullo de voces crece a medida que me acerco. Influencers, periodistas, representantes de la editorial... todos están aquí por mí, por mi libro.

Y entonces, justo antes de entrar, lo veo. O creo verlo. Ahí, entre la multitud, me parece distinguir a Luke. Alto, fuerte, con esa postura inconfundible... Mi corazón da un vuelco. Por un segundo, imagino correr hacia él, contarle todo, refugiarme en sus brazos.

Parpadeo y la ilusión se desvanece. No es él, claro que no. Es solo mi cerebro jugándome una mala pasada, mezclando mis deseos con la realidad.

Tom se acerca, con esa sonrisa tensa que pone cuando está nervioso.

—¡Sofía! Ya estás aquí. ¿Estás lista?

Asiento, forzando una sonrisa. Lista o no, el *show* debe continuar.

Mientras me dirijo al podio, siento como si estuviera viviendo en dos realidades paralelas. En una, soy Sofía Vega, la exitosa escritora a punto de presentar su nueva novela. En la otra, soy solo Sofía, asustada y emocionada, con un secreto creciendo dentro de mí.

Respiro hondo y comienzo mi presentación. Las palabras fluyen, hablo sobre mi libro, sobre la inspiración detrás de él. Pero una parte de mí no puede evitar pensar en Luke, en el bebé, en el futuro incierto que nos espera.

Mientras los flashes de las cámaras disparan y los influencers aplauden, una certeza se asienta en

mi corazón: pase lo que pase, este niño será amado. Y de alguna manera, encontraré la forma de decírselo a Luke.

Porque, al fin y al cabo, ¿no es eso de lo que tratan mis novelas? De amor, de segundas oportunidades, de finales felices contra todo pronóstico.

Y quizás, solo quizás, la vida real pueda ser tan maravillosa como la ficción.

LUKE

El corazón me late a mil por hora mientras entro en el hotel. Joder, qué distinto es esto de Montana. Me siento como un pez fuera del agua con tanto traje caro y tanto periodista por todos lados. Pero no me importa. Estoy aquí por Sofía, y eso es lo único que cuenta.

Me cuelo en la sala de la presentación justo cuando Sofía está subiendo al escenario. Dios mío, está preciosa. Lleva un vestido azul que le sienta de maravilla y tiene esa sonrisa que iluminaría hasta la noche más oscura. Por un momento, mira en mi dirección y creo que me ha visto, pero no, enseguida vuelve a centrarse en su discurso.

Me quedo al fondo de la sala, escuchando cada palabra. Habla con tanta pasión sobre su libro, sobre la inspiración que encontró en Montana... en mí. Cada frase me confirma que he hecho lo correcto al venir. He sido tan idiota. La he echado tantísimo de menos...

La presentación se me hace eterna. Cuando por fin termina, tengo que contenerme para no saltar al escenario. Pero no, tengo que hacerlo bien. Me quedo atrás, esperando a que atienda a los periodistas y firme algunos libros.

Finalmente, cuando la multitud empieza a dispersarse, me acerco. Sofía está de espaldas, hablando con Tom, su agente. Parece nervioso, probablemente organizando los próximos pasos de la gira. Respiro hondo. Es ahora o nunca.

—Sofía —digo, y mi voz suena más ronca de lo que esperaba.

Ella se gira y se queda paralizada. Sus ojos se abren como platos y por un momento temo que vaya a desmayarse.

—¿Luke? —susurra, como si no pudiera creer lo que ve—. ¿Qué... qué haces aquí?

Tom nos mira confundido, pero da un paso atrás, dándonos espacio. Agradezco mentalmente su discreción.

Doy un paso adelante, ignorando las miradas curiosas de la gente a nuestro alrededor.

—He venido por ti —digo sin rodeos—. Sofía, he sido un idiota. Un cobarde. Te dejé marchar y ha sido el mayor error de mi vida.

Veo cómo sus ojos se llenan de lágrimas. Dios, cómo he echado de menos esos ojos.

—Luke, yo...

—Espera, déjame terminar —la interrumpo suavemente—. Te amo, Sofía. Te amo como nunca he amado a nadie. Y si todavía me aceptas, después de haber sido tan imbécil, quiero estar contigo.

Sofía se lleva una mano a la boca, ahogando un sollozo. Yo sigo, las palabras saliendo a borbotones.

—He arreglado todo en el trabajo. Puedo quedarme aquí unas semanas, el tiempo que necesites para terminar tus compromisos. Y después... después me gustaría que volvieras conmigo al rancho. Sé que tu vida está aquí, que tienes tu carrera, pero podemos hacer que funcione. Yo te acompañaré a tus presentaciones cuando tengas que venir a Nueva York. Haremos lo que sea necesario.

Me acerco más, tomando sus manos entre las mías. Están temblando, o quizás soy yo el que tiembla.

—Te amo, Sofía Vega. Y quiero pasar el resto de mi vida demostrándotelo. ¿Qué me dices? ¿Nos damos una oportunidad?

Sofía me mira, las lágrimas corriendo libremente por sus mejillas. Por un momento terrible, temo que vaya a rechazarme. Pero entonces, con una risa entre sollozos, se lanza a mis brazos.

—Sí —susurra contra mi pecho—. Sí, sí, mil veces sí.

La abrazo con fuerza, enterrando mi cara en su pelo. Huele a casa, a futuro, a todas las cosas buenas del mundo.

De repente, nos sobresalta el sonido de aplausos. Levanto la vista y me doy cuenta de que toda la sala nos está mirando. Periodistas, fans, el personal del hotel... todos están aplaudiendo y vitoreando. Algunos incluso están llorando. Me siento un poco avergonzado, pero la felicidad es más fuerte que cualquier incomodidad.

—Parece que tenemos público —murmuro contra el oído de Sofía, haciéndola reír.

Ella se separa un poco, mirándome con esos ojos que me vuelven loco.

—Te he echado tanto de menos —dice, acariciando mi mejilla.

—Yo también te he echado de menos. Más de lo que puedas imaginar —respondo, y noto algo en su voz, una emoción contenida que no logro descifrar.

—¿Qué pasa? —pregunto, preocupado de repente—. ¿He llegado tarde? ¿Hay... hay algo que deba saber?

Ella niega con la cabeza, una sonrisa misteriosa en sus labios.

—No, no es eso. Es que... tengo algo que decirte. Algo importante.

Mi corazón da un vuelco. ¿Qué será? Pero antes de que pueda preguntar, Sofía me toma de la mano.

—Vamos a mi casa —dice, tirando de mí hacia la salida—. Allí podremos hablar tranquilamente. Tenemos mucho de qué hablar.

Asiento, intrigado y un poco nervioso. ¿Qué será eso tan importante que tiene que decirme?

Tom se acerca a nosotros, con una mezcla de confusión y alegría en su rostro.

—Sofía, ¿qué pasa con la entrevista de esta tarde? —pregunta, mirándome de reojo.

Sofía le sonríe, radiante.

—Cáncélala, Tom. De hecho, cancela todo lo que puedas. Necesito un par de días libres.

Tom parece que va a protestar, pero luego mira nuestras manos entrelazadas y asiente.

—De acuerdo. Ya nos pondremos al día.

Mientras salimos del hotel, rodeados de flashes y preguntas de periodistas, no puedo evitar sentirme un poco abrumado. Todo esto es tan diferente a mi vida en Montana... Pero cuando miro a Sofía, sé que todo valdrá la pena.

En el taxi de camino a su apartamento, Sofía se acurruca contra mí. Huele a rosas y vainilla, una combinación que solo puede ser ella.

—¿Estás seguro de esto, Luke? —pregunta en voz baja—. Tu vida está en Montana. No quiero que renuncies a todo por mí.

La abrazo más fuerte.

—Estoy más seguro que nunca. Tú eres mi hogar, Sofía. Donde tú estés, ahí quiero estar yo.

Ella levanta la vista, con una sonrisa que podría iluminar toda la ciudad.

—Te amo, Luke Blackwood.

—Y yo a ti, Sofía Vega.

Mientras el taxi avanza por las calles de Nueva York, siento que por fin todo está en su lugar. No sé qué nos depara el futuro, ni qué es eso tan importante que Sofía tiene que decirme. Pero sé que mientras estemos juntos, podremos con todo.

Porque esto, Sofía y yo, es real. Tan real y hermoso como las montañas de Montana.

Y no pienso dejarlo escapar nunca más.

CAPÍTULO 28

SOFÍA

El trayecto en taxi hasta mi apartamento es como un sueño febril. Luke está aquí, a mi lado, abrazándome como si temiera que fuera a desaparecer en cualquier momento. No puedo dejar de mirarlo, de tocar su rostro áspero por la barba incipiente, de respirar su aroma a pino y cuero que me transporta directamente a Montana. Es real. Está aquí.

—¿De verdad has venido por mí? —susurro, aún incrédula, mi corazón latiendo como un colibrí enloquecido.

Luke me mira con esos ojos verdes que me quitan el aliento, que me hacen sentir como si estuviera cayendo en un precipicio sin fondo.

—Por ti iría hasta el fin del mundo, Sofía. —Su voz grave hace que me estremezca de pies a cabeza.

Dios, cómo lo he echado de menos. Cada fibra de mi ser anhela su tacto, su calor, su presencia abrumadora que llena cada rincón de mi mundo.

Cuando por fin llegamos a mi apartamento, apenas puedo meter la llave en la cerradura. Las manos me tiemblan de emoción y anticipación, una mezcla explosiva de deseo y nervios que me recorre como electricidad. Luke está justo detrás de mí, su presencia envolviéndome como una manta cálida en una noche helada.

Siento su respiración en mi nuca, y es como si cada exhalación encendiera un fuego en mi piel. Finalmente, tras lo que parece una eternidad, la puerta se abre y entramos. Me giro para mirarlo, para decirle lo del embarazo, esa noticia que ha estado quemándome por dentro desde esta mañana. Pero antes de que pueda abrir la boca, Luke me atrae hacia él y me besa.

Y el mundo se desvanece en un estallido de fuegos artificiales.

Sus labios son suaves pero exigentes, reclamándome como si llevara una vida entera esperando este momento. Sus manos, grandes y cálidas, se aferran a mi cintura con una desesperación que refleja la mía propia. Me derrito contra él, todo pensamiento coherente evaporándose como la niebla bajo el sol abrasador de la pasión.

—Te necesito —gruñe Luke contra mi cuello, su voz ronca de deseo, y yo me estremezco de pies a cabeza, un gemido escapando de mis labios.

—Yo también te necesito —jadeo, tirando de su camisa con una urgencia que no sabía que poseía.

Nos movemos a trompicones hacia el dormitorio, dejando un rastro de ropa por el camino como migas de pan en un cuento de hadas demasiado ardiente. Una parte de mi cerebro intenta recordarme que tengo algo importante que decirle, pero esa voz se ahoga bajo la avalancha de sensaciones que Luke despierta en mí, en cada terminación nerviosa de mi cuerpo hambriento de él.

Caemos en la cama en un enredo de brazos y piernas, piel contra piel, corazón contra corazón. Luke me mira como si fuera la cosa más preciosa que ha visto jamás, como si en mis ojos pudiera ver el universo entero.

—Eres tan hermosa —murmura, acariciando mi rostro con una reverencia que me deja sin aliento.

Me arqueo contra él, desesperada por sentirlo más cerca, por fundirme con él hasta que no se sepa dónde termino yo y dónde empieza él.

—Te amo, Luke —susurro contra sus labios, saboreando cada sílaba—. Te amo tanto...

Lo que sigue es un torbellino de pasión y ternura, una tormenta perfecta de sensaciones que me arrastra sin piedad. Nuestros cuerpos se reconocen, se reencuentran, celebrando esta segunda oportunidad que nos hemos dado. Es intenso, apasionado, perfecto. Cada caricia es una promesa,

cada beso una declaración de amor más poderosa que cualquier palabra.

Luke me adora con sus manos, con sus labios, con todo su ser. Y yo le devuelvo cada toque, cada suspiro, entregándome por completo. Es como si hubiéramos estado incompletos todo este tiempo, y solo ahora, en los brazos del otro, volviéramos a estar enteros.

Después de hacer el amor yacemos entrelazados, nuestras respiraciones poco a poco volviendo a la normalidad. El corazón de Luke late fuerte bajo mi oído, un ritmo constante y reconfortante. Él traza patrones perezosos en mi espalda, y yo juego con el vello de su pecho, maravillándome de lo perfecto que es este momento.

—No puedo creer que estés aquí —digo, apoyando mi barbilla en su pecho para mirarlo—. Que quieras quedarte conmigo durante la gira.

Luke sonrío, esa sonrisa torcida que me derrite por dentro, que me hace sentir como la única mujer en el mundo.

—Debería de haber venido desde el primer día. Cariño, iría contigo hasta el fin del mundo si me lo pidieras. No pienso dejarte escapar otra vez.

Mi corazón se hincha de amor, amenazando con estallar en mi pecho. ¿Cómo he podido tener tanta suerte? No podría vivir sin este hombre ahora que lo he conocido.

Y entonces lo recuerdo. El embarazo. Tengo que decírselo. La realidad de nuestra situación cae sobre mí como un jarro de agua fría, despertándome de este sueño de pasión y reencuentro.

Me incorporo un poco, de repente nerviosa. ¿Cómo reaccionará? ¿Será demasiado? ¿Demasiado pronto?

—Luke, hay algo que tengo que decirte.

Él se tensa ligeramente bajo mi toque, una sombra de preocupación nublando sus hermosos ojos verdes.

—¿Qué pasa, Sofía? ¿Estás bien?

Tomo una respiración profunda, intentando calmar los latidos frenéticos de mi corazón. Es ahora o nunca.

—Estoy embarazada.

LUKE

—Estoy embarazada.

Las palabras de Sofía resuenan en mis oídos como un trueno, paralizándome por un instante. Embarazada. Vamos a tener un hijo. Un bebé. Nuestro bebé.

De repente, es como si todo el aire de la habitación desapareciera. Mi corazón late tan fuerte que estoy seguro de que Sofía puede oírlo. La miro fijamente, buscando en sus ojos la confirmación de que he oído bien, de que esto es real.

Y entonces, como una ola gigante, la felicidad me inunda por completo.

—¿Un bebé? —susurro, mi voz temblando de emoción—. ¿Vamos a tener un bebé?

Sofía asiente, sus ojos brillantes de lágrimas contenidas. Veo miedo en ellos, pero también esperanza. Y amor. Tanto amor que me deja sin aliento.

No puedo contenerme más. La atraigo hacia mí y la beso con toda la pasión y el amor que siento en este momento. Cuando nos separamos, ambos estamos jadeando.

—Sofía, mi amor —digo, tomando su rostro entre mis manos—. Me has dado el mejor regalo del mundo.

Veó cómo la tensión abandona su cuerpo, cómo el miedo en sus ojos es reemplazado por alivio y felicidad.

—¿De verdad? —pregunta, su voz apenas un susurro—. ¿No crees que es demasiado pronto?

Niego con la cabeza, sonriendo como un idiota.

—Es perfecto. Tú eres perfecta. Esto —digo, colocando suavemente mi mano sobre su vientre

aún plano— es perfecto.

La emoción me embarga y siento cómo las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas. No me importa. Estoy demasiado feliz para preocuparme por parecer un blandengue.

—Te amo, Sofía Vega —declaro, mirándola a los ojos—. Te amo más de lo que jamás creí posible amar a alguien. Y ahora me has dado esto... un bebé, una familia. Nuestra familia.

Sofía también está llorando ahora, pero son lágrimas de felicidad. La abrazo fuerte, como si quisiera fundirme con ella.

Esto es más de lo que jamás me había atrevido a soñar.

—No voy a dejarte escapar jamás —murmuro contra su pelo—. A ninguno de los dos.

Nos quedamos así un rato, abrazados, asimilando la noticia. Mi mente ya está dando vueltas, imaginando cómo será nuestro futuro. Un bebé en el rancho, Sofía meciendo a nuestro hijo en el porche mientras yo vuelvo de trabajar...

—¿En qué piensas? —pregunta Sofía, sacándome de mi ensoñación.

—En lo afortunado que soy —respondo, besando su frente—. En lo maravillosa que vas a ser como madre. En cómo vamos a criar a este pequeño vaquero... o vaquera.

Sofía ríe, un sonido que me llena el corazón de alegría.

—¿Ya estás planeando enseñarle a montar?

—Por supuesto —digo con una sonrisa—. Será el mejor jinete de todo Montana. O la mejor escritora de Nueva York. O lo que quiera ser.

Sofía se acurruca más contra mí, suspirando contenta.

—Te amo, Luke Blackwood —dice—. Y amo a este bebé. Y amo la vida que vamos a tener juntos.

La beso suavemente, saboreando el momento.

—Yo también os amo. A los dos. Más que a nada en este mundo.

Y mientras yacemos ahí, entrelazados, con el futuro extendiéndose brillante ante nosotros, sé con certeza que he tomado la decisión correcta al venir a Nueva York. Porque aquí, en los brazos de Sofía, con nuestro bebé creciendo en su vientre, he encontrado mi hogar.

Y no pienso dejarlo ir nunca.

CAPÍTULO 29

SOFÍA

Las semanas siguientes pasan en un torbellino de ciudades, hoteles y eventos promocionales. Con Luke a mi lado, todo parece más fácil, más divertido. Incluso las náuseas matutinas son más llevaderas cuando él me sostiene el pelo y me susurra palabras de ánimo.

—Eres la embarazada más guapa del mundo —me dice una mañana en Chicago, mientras me maquillo para una entrevista.

—Y tú el mentiroso más encantador —le respondo, pero no puedo evitar sonreír.

Es increíble cómo ha cambiado todo. Hace apenas un mes, me sentía perdida y sola. Ahora, tengo al hombre que amo conmigo y un bebé en camino. A veces me pellizco para asegurarme de que no estoy soñando.

Luke se adapta sorprendentemente bien a la vida de gira. Observa desde bambalinas durante mis presentaciones, me acompaña a las firmas de libros, e incluso ha aprendido a lidiar con los paparazzi.

—Es como perseguir a un ladrón de ganado —bromea después de esquivar hábilmente a un grupo de fotógrafos en Los Ángeles—. Solo que estos no llevan pistolas.

—No les des ideas —le advierto, riendo.

En cada ciudad, Luke encuentra algo que le recuerda a Montana. En Seattle, es el olor a pino de los parques. En Denver, las montañas en el horizonte. En Nueva Orleans, sorprendentemente, es el sentido de comunidad que encuentra en el Barrio Francés.

—Es diferente, pero de alguna manera se siente como en casa —me dice una noche, mientras paseamos por Bourbon Street—. La gente aquí se conoce, se cuida mutuamente. Como en Pine Ridge.

Y así, entre descubrimientos y nostalgia, llegamos a Las Vegas. La ciudad que nunca duerme nos recibe con su característico brillo y alboroto. Mientras nos registramos en el hotel, no puedo evitar recordar aquella misión encubierta, hace lo que parece una eternidad.

—¿En qué piensas? —me pregunta Luke, notando mi sonrisa nostálgica.

—En nuestra *boda* en Las Vegas —respondo, haciendo comillas con los dedos—. ¿Te acuerdas? Cuando tuvimos que fingir ser un matrimonio y te hirieron...

Luke se ríe, atrayéndome hacia él.

—Cómo olvidarlo. Fue la primera vez que pensé: «Joder, cómo me gustaría que esto fuera real».

Le doy un golpecito juguetón en el pecho.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no me lo dijiste entonces, vaquero?

—Porque era un cobarde —admite, besándome la frente—. Pero ya no más.

Subimos a nuestra habitación, una suite con vistas a la Strip. Es alucinante, todo luces y opulencia. Luke silba, impresionado.

—Vaya, señorita escritora famosa. Esto es muy diferente a mi rancho.

De repente, me invade la preocupación. Luke ha dejado todo por seguirme en esta gira. Su trabajo, su hogar, su vida en Montana.

—¿Lo echas de menos? —pregunto, mordiéndome el labio—. El rancho, tu trabajo, todo eso.

Luke me mira con esos ojos verdes que me derriten, y por un momento veo un atisbo de nostalgia en ellos. Luego sonrío, esa sonrisa torcida que me vuelve loca.

—Sí, lo echo de menos —admite, y siento que se me encoge el corazón—. Pero ¿sabes qué? Pronto te tendré a ti allí, y eso lo va a hacer infinitamente mejor. No querría volver a como era todo antes de conocerte, Sofía. Tú y este bebé —dice, poniendo su mano sobre mi vientre— sois lo mejor que me ha pasado nunca.

Sus palabras me llenan de una calidez que se extiende por todo mi cuerpo. Me pongo de

puntillas para besarlos, tratando de transmitirle todo el amor que siento.

—Te amo, Luke Blackwood —susurro contra sus labios.

—Y yo a ti, Sofía Vega —responde, y luego añade con una sonrisa pícaro—. Aunque no por mucho tiempo.

Me separo, confundida.

—¿Qué quieres decir?

Luke toma aire profundamente, y de repente parece nervioso. Se pasa una mano por el pelo, un gesto que he aprendido a asociar con momentos importantes.

—Bueno, verás... He estado pensando. Estamos aquí, en Las Vegas. Estamos enamorados. Vamos a tener un bebé. Y no puedo imaginar pasar un día más sin poder llamarte mi esposa.

Mi corazón se detiene por un segundo, y luego empieza a latir tan fuerte que estoy segura de que Luke puede oírlo.

—Luke, ¿qué estás diciendo?

Él se arrodilla frente a mí, tomando mis manos entre las suyas.

—Sofía Vega, ¿quieres casarte conmigo? ¿Aquí, ahora, en esta ciudad loca donde una vez fingimos habernos casado?

Las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas antes de que pueda responder. Es una locura. Es impulsivo. Es perfecto.

—Sí —susurro, y luego lo repito más fuerte—. ¡Sí! ¡Claro que sí!

Luke se levanta de un salto y me abraza, levantándose del suelo y dando vueltas conmigo. Reímos, lloramos, nos besamos. Es un momento de pura felicidad.

Las siguientes horas son un torbellino de actividad. Llamamos a Tom, mi agente, para que nos ayude a organizar todo sin que la prensa se entere.

—¿Estáis locos? —es lo primero que dice cuando le contamos nuestro plan.

—Probablemente —admito—. ¿Nos ayudarás?

Puedo oír cómo suspira al otro lado del teléfono.

—Por supuesto. Pero me debéis una grande.

Con la ayuda de Tom y el conserje del hotel, conseguimos todo lo necesario. Un vestido blanco sencillo para mí, un traje para Luke, los anillos. Incluso encontramos una capilla típica de Las Vegas que puede acogernos a última hora.

Mientras me preparo en el baño de la suite, me miro al espejo. Estoy nerviosa, sí, pero también increíblemente emocionada. Es una locura, pero se siente correcto. Como si toda mi vida hubiera estado llevándome a este momento.

Luke me espera en la habitación, guapísimo con su traje. Cuando me ve, su rostro se ilumina de una manera que me quita el aliento.

—Estás preciosa —dice, y la adoración en su voz me hace sonrojar.

—Tú tampoco estás mal, vaquero —respondo, tratando de ocultar mi nerviosismo con una broma.

Bajamos a la capilla en una limusina que Tom ha conseguido. Es todo tan surrealista que no puedo evitar reír.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunta Luke, entrelazando sus dedos con los míos.

—Todo esto. Tú, yo, a punto de casarnos en Las Vegas. Parece el argumento de una de mis novelas.

Luke sonríe, llevando mi mano a sus labios para besarla.

—Bueno, dicen que la vida imita al arte, ¿no?

La capilla es exactamente como la imaginaba: un poco cursi, muy brillante, y absolutamente perfecta. Hay parejas haciendo cola, algunas vestidas de Elvis, otras con trajes de Star Trek. Es una locura, y me encanta.

Cuando llega nuestro turno, entramos de la mano. No hay invitados, solo nosotros dos y un

Elvis que oficiará la ceremonia. Es íntimo, es nuestro, y no lo querría de ninguna otra manera.

—Queridos amigos, estamos aquí reunidos... —comienza Elvis, y no puedo evitar soltar una risita.

Luke me aprieta la mano, sus ojos brillantes de emoción y diversión.

Intercambiamos votos improvisados, llenos de promesas de amor eterno y referencias a nuestras aventuras pasadas. Luke promete amarme en las buenas y en las malas, en el rancho y en la ciudad, en las persecuciones de ladrones de ganado y en las firmas de libros. Yo prometo ser su compañera en todas las aventuras que nos depare la vida, sea en Montana o en Nueva York, con vacas o con editores.

Cuando Elvis nos declara marido y mujer, Luke me besa con tanta pasión que me deja sin aliento. Los aplausos y silbidos de las otras parejas en la capilla apenas los registro, demasiado perdida en los brazos de mi ahora esposo.

—Te amo, señora Blackwood —susurra Luke contra mis labios.

—Y yo a ti, señor Vega —respondo, haciéndolo reír.

Salimos de la capilla entre una lluvia de arroz y los buenos deseos de desconocidos. Es surrealista, es mágico, es perfecto.

De vuelta en la suite del hotel, Luke descorcha una botella de champán sin alcohol que Tom ha dejado para nosotros. Brindamos por nuestro futuro, por nuestro bebé, por esta locura que acabamos de hacer.

—¿Sabes? —me dice Luke más tarde, cuando estamos acurrucados en la cama, mirando las luces de Las Vegas a través de la ventana—. Cuando inventaste esa historia de que nos habíamos casado en Las Vegas, nunca imaginé que algún día sería verdad.

—La vida es más extraña que la ficción —respondo, jugando con el nuevo anillo en mi dedo.

—Y mucho mejor —añade, besándome suavemente.

Mientras nos quedamos dormidos, marido y mujer, con Las Vegas brillando fuera de nuestra ventana, no puedo evitar pensar en lo mucho que ha cambiado mi vida en tan poco tiempo. De escritora solitaria a esposa y futura madre. De imaginar historias de amor a vivir una.

Y no cambiaría nada de esto por nada del mundo.

La mañana siguiente nos despertamos tarde, enredados el uno en el otro. Por un momento, me pregunto si todo ha sido un sueño, pero el brillo del anillo en mi dedo me confirma que es real. Estamos casados. Luke es mi marido.

—Buenos días, esposa —murmura Luke, su voz ronca por el sueño.

—Buenos días, marido —respondo, y la palabra se siente extraña y maravillosa en mi boca.

Pasamos la mañana en la cama, alternando entre hacer planes para el futuro y simplemente disfrutando de estar juntos. Hablamos del rancho, de cómo será criar a nuestro hijo allí, de cómo compaginaremos mi carrera de escritora con la vida en Montana.

—Podemos convertir una de las habitaciones en tu estudio —sugiere Luke—. Con vistas a las montañas para que te inspires.

La idea me hace sonreír. Ya puedo imaginarme escribiendo allí, con el bebé durmiendo en su cuna junto a mí y Luke trayéndome café.

Más tarde, cuando finalmente salimos de la habitación para continuar con la gira, me siento diferente. Más completa, más feliz. Lista para enfrentar cualquier cosa que la vida nos depare.

Porque ahora tengo a Luke a mi lado. Mi marido. Mi compañero. Mi final feliz.

CAPÍTULO 30

LUKE

El sol de Montana nos recibe como un viejo amigo cuando Sofía y yo bajamos del avión. El aire fresco y limpio llena mis pulmones, y siento cómo la tensión de la gira se desvanece. Estamos en casa. El aroma a pino y hierba fresca me envuelve, trayendo consigo un aluvión de recuerdos y emociones.

—¿Lista para tu primera boda en el rancho, señora Blackwood? —le pregunto a Sofía, entrelazando nuestros dedos. La siento temblar ligeramente, una mezcla de emoción y nervios que entiendo perfectamente.

Ella me sonríe, esa sonrisa que ilumina todo mi mundo y que hace que mi corazón dé un vuelco cada vez.

—Siempre y cuando no sea la nuestra, señor Vega —bromea, recordándome que aún no le hemos contado a nadie sobre nuestra boda en Las Vegas. Su tono es ligero, pero puedo ver un atisbo de preocupación en sus ojos. Sé que teme la reacción de la familia, especialmente de la abuela.

El viaje al rancho es un torbellino de emociones. Sofía no para de señalar lugares que reconoce de su estancia anterior, su entusiasmo contagioso. Cada vez que pasamos por un sitio que compartimos durante su investigación para el libro, siento una oleada de nostalgia y gratitud. Fueron esos momentos los que nos acercaron, los que sentaron las bases de lo que ahora tenemos.

—Mira, Luke —dice Sofía, señalando un prado cubierto de flores silvestres—. ¿Te acuerdas de cuando me enseñaste a montar ahí? Estaba aterrorizada.

Río ante el recuerdo.

—Y ahora montas como toda una vaquera —le digo, besando su mano.

No puedo dejar de imaginar nuestro futuro aquí. Veo a nuestro hijo corriendo por esos mismos prados, aprendiendo a montar, creciendo rodeado del amor de nuestra familia. La idea me llena de una felicidad que casi duele.

Cuando finalmente llegamos, el rancho es un hervidero de actividad. La boda de Ethan y Megan es hoy, y todo el mundo está ocupado con los últimos preparativos. Veo guirnaldas de flores silvestres adornando la cerca, mesas dispuestas bajo un gran toldo blanco, y lo que parece ser una pista de baile improvisada cerca del granero. Es rústico y elegante a la vez, perfectamente «Ethan y Megan».

Entre el caos, diviso a la abuela y a Ethan cerca del granero, decorado con flores y luces para la ocasión. La abuela está dando órdenes a diestra y siniestra, su voz firme pero cariñosa resonando por encima del bullicio general.

—¡Luke! ¡Sofía! —exclama al vernos, sus ojos iluminándose. Nos abraza con fuerza, y siento cómo se me forma un nudo en la garganta. No me había dado cuenta de cuánto la había echado de menos hasta este momento.

Ethan se acerca, una sonrisa nerviosa en su rostro. Nos da un abrazo de oso, palmeándome la espalda con fuerza.

—Justo a tiempo, hermanito. Empezaba a temer que te perdieras mi gran día —dice, pero puedo oír el alivio en su voz. Sé lo importante que es para él que esté aquí.

—¿Y perderme la oportunidad de verte hacer el ridículo? Ni hablar —bromeo, ganándome un puñetazo amistoso en el hombro. Es nuestro modo de decir «te quiero» sin decirlo realmente.

La abuela nos mira con ojo crítico, y de repente siento como si volviera a tener diez años y me hubiera pillado robando galletas. Su mirada va de Sofía a mí, y casi puedo ver los engranajes girando en su cabeza.

—Hay algo diferente en vosotros dos —dice, entrecerrando los ojos—. Luke Blackwood, ¿qué

habéis hecho?

Miro a Sofía, buscando su aprobación. Ella asiente levemente, apretando mi mano en señal de apoyo. Es hora de la verdad. Tomo una respiración profunda, preparándome para lo que está por venir.

—Bueno, abuela... Sofía y yo nos casamos en Las Vegas.

El silencio que sigue es ensordecedor. Por un momento, temo que la abuela vaya a desmayarse. Su rostro pasa por una serie de emociones: sorpresa, confusión, y finalmente, algo que parece indignación. Pero entonces...

—¡Luke Blackwood! —exclama, dándome un capón que me pilla completamente desprevenido. Había olvidado lo fuerte que puede golpear para ser una mujer de su edad—. ¿Cómo te atreves a casarte sin tu familia presente? ¿Es que no tienes consideración? ¡Y tú! —dice, señalando a Sofía, que da un respingo—. ¡Pensaba que eras la sensata de los dos! ¿Cómo pudiste permitir esta locura?

—Lo siento, abuela —murmuro, sintiéndome de nuevo como un niño regañado. Miro de reojo a Sofía, que parece estar luchando entre la risa y el horror.

La abuela nos mira severamente por un momento más, y luego, para mi sorpresa, su expresión se suaviza. Veo lágrimas formándose en sus ojos, y mi corazón se encoge.

—Oh, venid aquí, par de tontos —dice, abrazándonos de nuevo con fuerza—. Estoy feliz por vosotros, de verdad. Pero que no se os ocurra pensar que os vais a librar de tener una boda como Dios manda aquí en el rancho. Con toda la familia presente, ¿me oís?

Sofía y yo nos miramos, aliviados y divertidos. La tensión se disipa, reemplazada por una calidez que solo el amor familiar puede proporcionar.

—No se nos ocurriría, abuela —dice Sofía, guiñándome un ojo. Su facilidad para manejar a la abuela nunca deja de asombrarme.

—Más os vale —gruñe la abuela, pero puedo ver el brillo de felicidad en sus ojos—. Y ahora, contadme todo sobre ese bebé que estáis esperando. No creáis que no me he dado cuenta de ese brillo especial en tus ojos, Sofía.

Ethan, que había estado observando todo en silencio, suelta una carcajada que rompe la tensión restante.

—Vaya, hermanito, parece que los dos tuvimos la misma idea, ¿eh? —dice, dándome un codazo que casi me tira al suelo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, confundido. No puede ser lo que estoy pensando, ¿verdad?

La sonrisa de Ethan se ensancha, y veo en sus ojos un orgullo y una felicidad que reconozco porque es la misma que siento yo.

—Megan también está embarazada.

La noticia nos deja a todos boquiabiertos por un momento, y luego estallamos en risas y felicitaciones. La abuela parece a punto de estallar de felicidad, sus ojos brillando con lágrimas no derramadas.

—Vosotros dos —dice, señalándonos a Ethan y a mí con un dedo acusador, aunque su sonrisa desmiente cualquier severidad—. Os voy a permitir vivir solo porque me habéis dado a las nietas más buenas y bonitas que podría haber pedido. Y ahora, ¡bisnietos! ¡Al mismo tiempo!

Mientras Ethan y yo bromeamos sobre cómo hemos dejado embarazadas a nuestras mujeres a la vez, comparando notas sobre náuseas matutinas y antojos extraños, veo a Sofía alejarse discretamente. La sigo con la mirada, incapaz de apartar mis ojos de ella por mucho tiempo, y la veo reunirse con Megan, que acaba de llegar.

Las dos amigas se abrazan, lágrimas de felicidad en sus ojos. Hay algo tan poderoso en esa imagen, en la forma en que se sostienen la una a la otra, compartiendo una alegría y un vínculo que va más allá de las palabras. Verlas juntas, compartiendo este momento, me llena el corazón de una alegría indescriptible. Es un recordatorio de cómo nuestras vidas están entrelazadas, de cómo el amor puede tomar muchas formas.

De repente, todo se queda en silencio. Es como si alguien hubiera bajado el volumen del mundo. Megan y Sofía están en el inicio del pasillo improvisado sobre la hierba del rancho. La tradición dicta que debería ser el padre quien acompañe a la novia, pero en su ausencia, las dos amigas han decidido ir juntas.

Es una imagen que me quita el aliento. Megan, radiante en su vestido blanco, del brazo de Sofía, que lleva un vestido de dama de honor que resalta su incipiente embarazo. Hay algo tan poderoso, tan lleno de amor y apoyo mutuo en esa imagen, que siento que se me forma un nudo en la garganta.

Miro a Ethan y veo en sus ojos el mismo asombro y amor que siento yo. Nuestras mujeres, nuestras compañeras de vida, caminando juntas hacia nosotros. Es un momento que sé que recordaré para siempre, una imagen que llevaré grabada en mi corazón.

La ceremonia es hermosa en su sencillez. El sol de la tarde baña todo en un resplandor dorado, como si la naturaleza misma quisiera bendecir esta unión. Ethan y Megan intercambian votos llenos de amor y promesas de futuro, sus voces temblando ligeramente con la emoción. Cuando hablan de los desafíos que han superado juntos, de cómo su amor ha crecido y madurado, veo a más de uno enjugarse una lágrima.

Cuando se besan, sellando su unión, no puedo evitar mirar a Sofía. Nuestras miradas se encuentran y, sin palabras, renovamos nuestras propias promesas. En sus ojos veo reflejado todo lo que siento: amor, compromiso, la emoción de la aventura que estamos emprendiendo juntos.

La fiesta que sigue es todo lo que una boda en el rancho debe ser. Hay música country sonando desde unos altavoces colocados estratégicamente, el aroma a barbacoa llena el aire, y las risas y conversaciones crean una cacofonía alegre que me llena el corazón. Veo a viejos amigos mezclándose con la gente de la ciudad que ha venido por Megan, creando nuevos vínculos y compartiendo historias.

En un momento dado, me encuentro bailando con Sofía bajo las estrellas de Montana. La sostengo cerca, maravillándome de cómo encaja perfectamente en mis brazos. La luz de las linternas colgadas alrededor de la pista de baile se refleja en sus ojos, haciéndolos brillar como estrellas.

—¿Eres feliz? —le pregunto, aunque creo conocer la respuesta. Necesito oírlo, necesito saber que ella siente esta misma plenitud que me inunda.

Ella me mira, sus ojos brillantes de amor y felicidad. Por un momento, parece buscar las palabras adecuadas.

—Más de lo que nunca creí posible —responde finalmente, poniéndose de puntillas para besarme. Es un beso suave, lleno de promesas y sueños compartidos.

Mientras bailamos, rodeados de nuestra familia y amigos, bajo el cielo estrellado de Montana, siento que todo está en su lugar. Hemos pasado por mucho para llegar aquí, Sofía y yo. Malentendidos, miedos, distancia. Hubo momentos en los que pensé que la había perdido para siempre. Pero ahora, con ella en mis brazos, nuestro bebé creciendo en su vientre, y toda una vida por delante, sé que todo ha valido la pena.

Miro alrededor y veo a Ethan y Megan, perdidos en su propio mundo mientras bailan. Veo a la abuela, sentada en una mesa cercana, observándonos a todos con una sonrisa de satisfacción. Veo a amigos y vecinos, todos celebrando el amor y la vida.

Este es nuestro comienzo, nuestro «felices para siempre». Y no puedo esperar para ver qué nos depara el futuro. Sé que habrá desafíos, días difíciles. La vida en el rancho no es fácil, y combinarla con la carrera de Sofía requerirá trabajo y compromiso. Pero también sé que juntos podemos superar cualquier obstáculo.

Porque sé que, pase lo que pase, lo enfrentaremos juntos. Sofía y yo, los Blackwood, escribiendo nuestra propia historia de amor, día a día, en este rancho que ahora es nuestro hogar. Una historia llena de aventuras, risas, tal vez algunas lágrimas, pero, sobre todo, llena de amor.

Y mientras la noche avanza y la fiesta continúa a nuestro alrededor, no puedo evitar pensar que este no es un final, sino un comienzo. El comienzo de nuestra propia historia de amor, una que

promete ser tan emocionante y hermosa como cualquiera de las novelas de Sofía.

No podría pedir un final más perfecto para esta aventura, ni un comienzo más prometedor para la siguiente. Con Sofía a mi lado, nuestro bebé en camino, y el amor de nuestra familia rodeándonos, sé que estamos listos para lo que sea que la vida nos depare.

Y no puedo esperar para vivirlo, cada precioso momento.

EPÍLOGO

CINCO AÑOS DESPUÉS

SOFÍA

El sol de Montana brilla cálido sobre el rancho mientras observo la escena frente a mí. Luke y Ethan están montando una gran mesa de picnic en el jardín, sus risas mezclándose con el suave murmullo del viento entre los árboles. Acaricio distraídamente mi vientre abultado, sintiendo las pataditas de nuestro segundo hijo.

—¡Mami, mira! —grita Emma, nuestra hija de cuatro años, corriendo hacia mí con su mejor amigo Jack, el hijo de Megan y Ethan, pisándole los talones—. ¡Encontramos mariquitas!

Megan se acerca, su vientre tan abultado como el mío.

—Estos pequeños exploradores no se cansan nunca, ¿verdad? —dice con una sonrisa cómplice.

—Nunca —respondo, riendo—. Pero no lo cambiaría por nada del mundo.

Megan asiente, su mirada suavizándose.

—Yo tampoco. ¿Quién hubiera pensado, cuando éramos compañeras de habitación en la universidad, que terminaríamos así?

Recuerdo aquellos días en la universidad, las noches de estudio, los sueños compartidos. Y luego, cuando convencí a Megan de coger ese trabajo en Montana, cambiando nuestras vidas para siempre.

—La vida tiene una forma curiosa de sorprendernos —digo, mirando a nuestras familias con cariño—. Y míranos ahora, embarazadas de nuevo al mismo tiempo.

La voz de la abuela Rose nos interrumpe.

—¡La limonada está lista! —anuncia desde el porche, sosteniendo una gran jarra—. ¿Alguien quiere ayudar a esta vieja dama a llevarla a la mesa?

—¡Yo, yo! —gritan Emma y Jack al unísono, corriendo hacia ella.

Luke y Ethan terminan de montar la mesa justo a tiempo. Todos nos reunimos, el aire lleno de conversaciones y risas. Luke se sienta a mi lado, pasando su brazo alrededor de mis hombros y besando mi sien suavemente.

—¿Todo bien, cariño? —susurra.

Asiento, incapaz de hablar por un momento, abrumada por la emoción.

—Es solo que... a veces todavía no puedo creer que esto sea real. Que estemos todos aquí, juntos.

Luke sonrío, esa sonrisa que aún hace que mi corazón se acelere.

—Yo tampoco —admite—. Cada día me siento agradecido por esto.

Miro a nuestro alrededor. Emma y Jack están ayudando a la abuela Rose a servir la limonada, sus pequeñas caras concentradas en la tarea. Ethan está contando una historia animadamente, haciendo reír a todos. Megan nos mira a Luke y a mí con una sonrisa conocedora.

Recuerdo aquellos meses difíciles, la visita sorpresa. Cómo, poco a poco, fuimos reconstruyendo lo que casi perdimos. No fue fácil, pero cada momento de duda, cada obstáculo que superamos, valió la pena por esto.

—¿En qué piensas? —pregunta Megan, notando mi mirada distante.

—En cómo llegamos aquí —respondo—. En todas las veces que casi nos rendimos.

—Pero no lo hicimos —dice Luke, apretando mi mano—. Nos elegimos, una y otra vez.

—Todos lo hicimos —añade Ethan, mirando a Megan con amor—. Encontramos nuestro hogar aquí, juntos.

La abuela Rose levanta su vaso de limonada.

—Por la familia —dice—. La que nace y la que se elige.

Todos alzamos nuestros vasos, incluso los niños, que no entienden completamente el significado, pero sienten la importancia del momento.

—Por la familia —repetimos al unísono.

Mientras el sol comienza a ponerse, tiñendo el cielo de Montana de tonos rosados y dorados, observo a nuestras familias entrelazadas. Emma y Jack corretean por el jardín, persiguiendo luciérnagas. Megan y yo nos sentamos juntas, nuestras manos sobre nuestros vientres, sintiendo los movimientos de nuestros futuros hijos. Luke y Ethan están enfrascados en una animada discusión sobre el próximo rodeo del pueblo.

Y en medio de todo, está la abuela Rose, sus ojos brillando con lágrimas de felicidad mientras observa la escena que tiene ante sí.

Me acerco a ella y tomo su mano.

—Tenías razón, abuela —digo suavemente—. Si era amor verdadero, encontraríamos el camino de vuelta.

Ella aprieta mi mano.

—El amor siempre encuentra un camino, querida. Solo hay que tener fe y ser valiente.

Asiento, sintiendo las lágrimas formarse en mis propios ojos. Este rancho, que una vez me pareció un lugar temporal, un escape de mi vida en Nueva York, se ha convertido en mi hogar en todos los sentidos. Y estas personas, esta familia que hemos formado, son todo lo que siempre soñé y más.

Mientras la noche cae suavemente sobre el rancho, sé que no importa lo que nos depare el futuro. Porque lo enfrentaremos juntos, en este lugar que hemos hecho nuestro, rodeados del amor de nuestra familia.

Este es nuestro «felices para siempre». Y es más perfecto de lo que jamás soñé.

FIN

¡Gracias por leer esta novela!

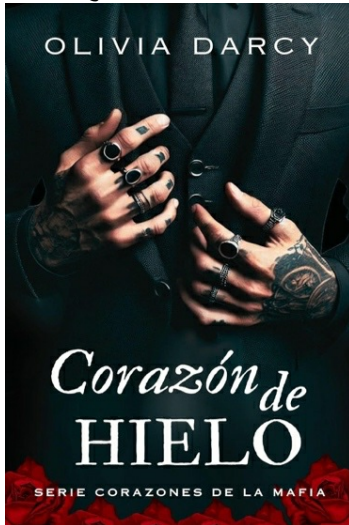
Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder
directamente a la valoración.



O pulsando [AQUI](#)

¿TE GUSTAN LOS HOMBRES SEXYS Y PELIGROSOS?



el amor y el peligro se entrelazan. ¿Te atreves a adentrarte en el mundo donde el amor y el peligro se entrelazan?

¿Podrá el amor derretir el corazón de hielo de Adriano?

Adriano Caruso, implacable capo de la mafia italiana, asesina a un poderoso don para proteger a su sobrina, desatando una guerra entre familias rivales. Su solución: un matrimonio estratégico con Elena Bianchi, la hija de su mayor enemigo.

Elena Bianchi, siempre un peón en el juego de su padre, se encuentra prometida a un hombre que debería odiar, pero que enciende en ella una pasión inesperada. Atrapados en un matrimonio forzado, Adriano y Elena navegan entre el peligro y el deseo. ¿Podrá el amor derretir el corazón de hielo de Adriano? ¿O los secretos del pasado los destruirán a ambos?

Corazón de Hielo, el primer libro de la saga Corazones de la Mafia, te sumerge en un mundo donde

CONSÍGUELO [AQUÍ](#)



SOBRE LA AUTORA

¡Hola! Me llamo Olivia Darcy y soy autora de novela romántica con hombres posesivos y peligrosos que harían lo que fuese por la mujer de la que están enamorados. Me encanta escribir como sus duros corazones se derriten por ellas.

Mis historias están llenas de amor y giros inesperados, y siempre tienen un final feliz.

Me encanta saber cosas sobre mis lectores, así que no dudes en ponerte en contacto conmigo:

Página de autor de Amazon: www.amazon.es/Olivia-Darcy

Página web: <https://oliviadarcyautora.com/>